

HARLEQUIN

Deseo

EL MAYOR REGALO

Beverly Barton

LDS

Hank Bishop había brindado a Susan Redman y su esposo el mayor regalo: el hijo que ellos no podían tener por métodos naturales. Pero poco después de que Susan se quedara por fin embarazada mediante la fecundación in vitro, enviudó repentinamente. Y Hank, el duro agente de la ley, se sentía en la obligación de ayudar a la bella esposa de su mejor amigo... Hank era el hombre al que Susan siempre había amado en secreto, el hombre que jamás sentaría la cabeza. Sin embargo, cuando el destino lo convirtió en el padre protector de su hijo, Susan comenzó a albergar sueños de felicidad eterna junto al atractivo sheriff...



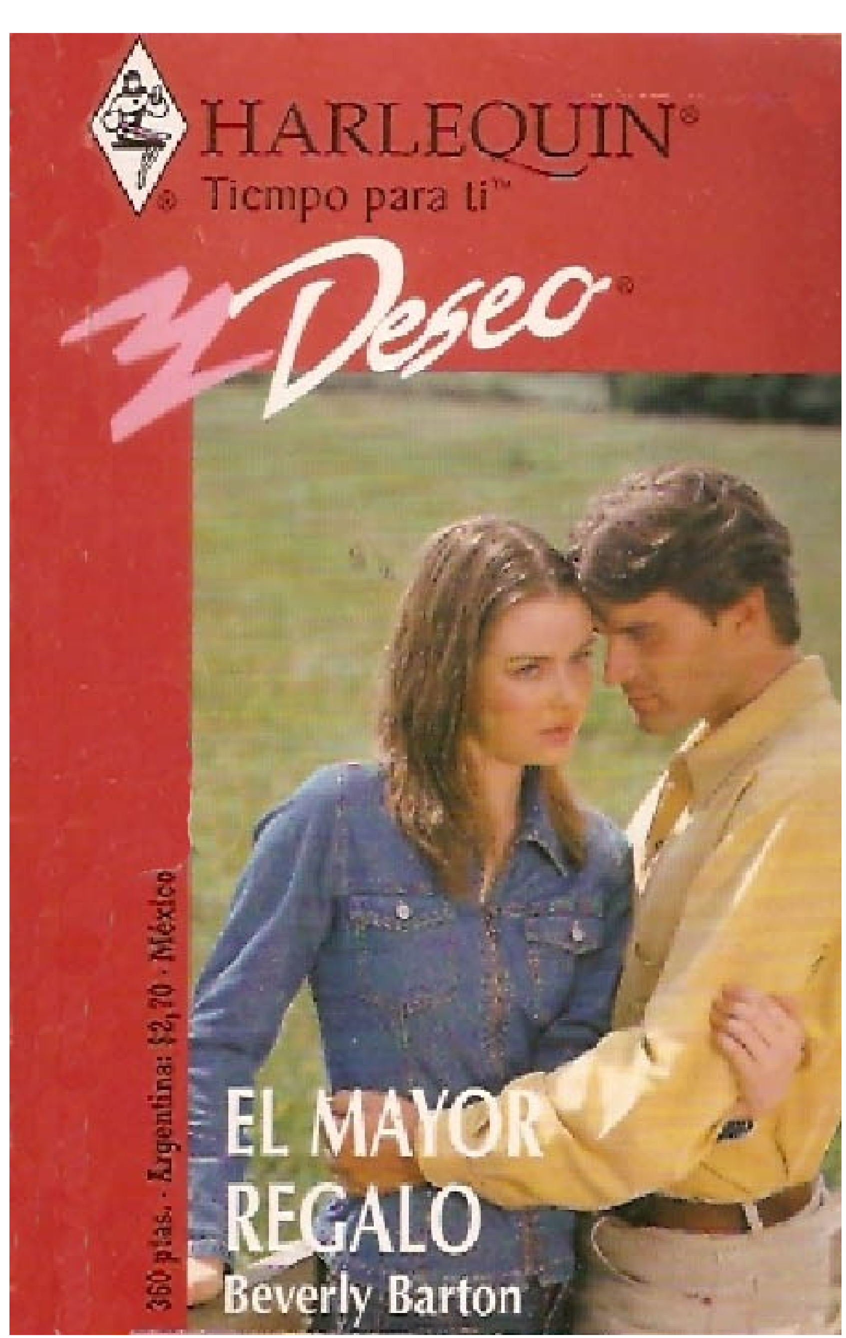
Beverly Barton

El mayor regalo

Deseo (Barnett/Bishop 05) - 897

ePub r1.0

LDS 23.01.17



El Mayor Regalo
Beverly Barton

5º Barnett/Bishop

El Mayor Regalo (1999)

Título Original: His woman, his child (1999)

Editorial: Harlequin Ibérica

Serie: 5º Barnett / Bishop

Sello / Colección: Deseo 897

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Hank Bishop y Susan Redman

Hank Bishop había brindado a Susan Redman y su esposo el mayor regalo: el hijo que ellos no podían tener por métodos naturales. Pero poco después de que Susan se quedara por fin embarazada mediante la fecundación in vitro, enviudó repentinamente. Y Hank, el duro agente de la ley, se sentía en la obligación de ayudar a la bella esposa de su mejor amigo…

Hank era el hombre al que Susan siempre había amado en secreto, el hombre que jamás sentaría la cabeza. Sin embargo, cuando el destino lo convirtió en el padre protector de su hijo, Susan comenzó a albergar sueños de felicidad eterna junto al atractivo sheriff..

Capítulo Uno

«Estoy embarazada. »

Hank oía mentalmente la voz de Susan, diciéndole lo que él no deseaba oír. Había estado tan convencido de que el primer intento no tendría éxito, que pensaba que el destino no podía ser tan cruel.

Al llegar a la funeraria, la noche anterior, se había acercado directamente a la viuda de su mejor amigo, y ella le había tomado la mano, apretándosela con fuerza.

—Te agradezco que hayas venido, Hank —dijo con voz trémula —. Lowell te quería como a un hermano.

Hank sintió una oleada de dolor cortante como un cuchillo. Pero no titubeó.

Mientras sostenía firmemente la mano de Susan, deseó poder decirle algo que mitigara su angustia. Pero no había palabras capaces de reconfortar a una mujer que acababa de perder a su marido.

—Lowell era el mejor hombre que he conocido—dijo—.Hubiera hecho cualquier cosa por él.

—Sí, lo sé.

Sus miradas se encontraron, intercambiando un mensaje silencioso sobre el secreto que ambos guardaban en lo más recóndito de sus corazones. Los dos habían querido mucho a Lowell. Los dos habían deseado darle aquello que tanto anhelaba y que no podía tener.

Susan condujo a Hank a un rincón aparte, se acercó a él y le susurró al oído:

—Estoy embarazada. Lo supimos hace un par de días. Lowell intentó llamarte varias veces.

Hank notó que sus músculos se petrificaban, y el corazón

empezó a latirle desbocadamente. Su mente gritó: «No ¡Mil veces no! ¡No ahora!». Precisamente cuando Lowell no estaría para cuidar de Susan y del niño.

—Estaba fuera, en viaje de negocios.

Antes de que pudiera hacer más comentarios, el alcalde de Crooked Oak le puso la mano en el hombro.

—Una verdadera lástima. No existía ningún hombre mejor que Lowell. Todos lo echaremos de menos

Mientras Hank permanecía con los familiares y amigos de Lowell en el cementerio, el viento de octubre azotaba los árboles cercanos, agitando las ramas medio desnudas y desprendiendo el moribundo follaje. Las coloridas hojas otoñales volaban por el camposanto cual raudas aves. Un trueno retumbó a lo lejos. y una ligera llovizna humedeció el dosel bajo el cual los más cercanos al fallecido se habían congregado para presentarle sus últimos respetos.

Hank se hallaba aturdido desde que Caleb, su hermano, le telefoneó para comunicarle que Lowell Redman había muerto, asesinado mientras cumplía con su deber como sheriff del condado de Marshall. Hank vivía fuera de Crooked Oak desde que se graduó en el instituto, pero había mantenido su gran amistad con Lowell. Incluso había sido su padrino de boda.

Y Susan. La dulce, callada y gentil Susan. Había pensado que era la mujer perfecta para Lowell. Ambos eran excelentes personas.Susan le había pedido que se sentara a su lado, pero Hank declinó el ofrecimiento con la excusa de que debían ser las mujeres quienes ocuparan los asientos disponibles. Permaneció de pie frente a ella, al otro lado del ataúd de Lowell. Susan se hallaba sentada muy rígida, con la cara pálida y las manos fuertemente cerradas en la falda. ¡Dios santo, cómo debía de estar sufriendo!

Todos sus instintos impulsaban a Hank a acudir junto a ella y estrecharla entre sus brazos. Con solarla Asegurarle que no estaba sola. Prometerle que él cuidaría de ella.

Pero, ¿cómo reaccionaría si la tocaba? Y, lo más importante, ¿cómo reaccionaría él mismo? Saber que estaba embarazada hacía que todos sus instintos protectores salieran a la superficie.

Hank conocía a Susan Redman desde siempre.

Había sido una de las mejores amigas de su hermana Tallie. Pero, en aquel entonces, sólo la había considerado una muchachita

callada y tímida que siempre se quedaba mirándolo con sus grandes ojos azules. Más tarde, varios años después, tuvo ocasión de volver a verla en la boda de Tallie, y comprendió que la muchachita tímida se había convertido en una atractiva mujer. De no haber estado Susan saliendo con Lowell, la habría invitado a salir mientras se hallaba de visita en Crooked Oak.

Volvió a verla en su boda con Lowell, y Hank recordaba haber sentido envidia de su mejor amigo, aunque no deseara caer en la trampa del matrimonio. El reverendo puso fin al sepelio con una oración La lluvia arreciaba y el viento soplaba con más fuerza. Hank observó cómo Tallie, su hermana ayudaba a Susan a levantarse, mientras Sheila, la esposa de Caleb, la tapaba con un paraguas conforme se dirigían hacia la limusina del gobernador.

Hank permaneció en el cementerio hasta que la multitud se dispersó. Los empleados de la funeraria esperaron mientras él se acercaba al ataúd de Lowell y, colocando la mano sobre el frío y húmedo metal, hacía una silenciosa promesa.

«Te prometo que cuidaré de Susan y del niño.»

Cuando se dispuso a marcharse, notó la mano de alguien en el hombro. Al girarse vio a Caleb, su hermano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó éste.

—Sí.

Los dos caminaron juntos hacia el coche alquilado de Hank. La lluvia los caló hasta los huesos.

—Iré contigo —dijo Caleb—. Creo que la limusina de Peyton va llena.

Los hermanos se subieron en el Taurus y permanecieron sentados en silencio varios minutos, hasta que los coches que tenían delante empezaron a moverse.

—Nunca pensé que el sheriff de un condado pequeño como el nuestro acabara siendo asesinado —dijo Caleb sacudiendo la cabeza.

—Tienes razón. Por estos contornos no abunda la delincuencia. Y Lowell no eran de los que buscan el peligro.

—Era tan buena persona…

—El mejor —Hank notó un nudo de emoción en el pecho. Había querido a Lowell Redman igual que a Caleb y a Jake, como si fuera un hermano más. Habían sido amigos desde la escuela primaria.

Hank siempre había sido el jefe, el instigador, el que retaba a Lowell a que asumiera los riesgos con él.

—Ojala encuentren al hijo de perra que le disparó —dijo Caleb —. ¡Maldito imbécil!

Ese Carl Bates ha sido siempre un pedazo de escoria inútil.

—Bates no podrá ocultarse eternamente —repuso Hank—. Normalmente, los tipos como él acaban regresando a su casa en busca de ayuda. Puedes estar seguro. Al cabo de unos minutos, Hank detuvo el Taurus junto a la casa de Susan, pero no paró el motor.

Caleb se giró hacia él.

—¿A no piensas entrar? Susan esperará verte allí. La mitad del pueblo acudirá a la casa antes de que anochezca. Sé que para ella significará mucho que el mejor amigo de Lowell esté a su lado.

Hank detuvo el motor.

—Tienes razón. Debo estar con Susan.

Susan sentía todo su cuerpo tan entumecido como sus emociones. Tallie y Sheila le habían sugerido que se echara un rato, pero ella insistió en quedarse para recibir a las personas que acudieran a darle el pésame. Donna, que también era viuda, era la única de sus amigas que entendía exactamente por lo que estaba pasando. Lo que menos necesitaba en aquellos momentos era estar sola en el oscuro y silencioso dormitorio que había compartido con Lowell.

Susan lo vio en cuanto entró en la habitación. Alto, esbelto, con unos hombros anchísimos bajo la cazadora color café. Su cabello, negro azabache, estaba empapado, y un mechón le caía sobre la frente.

Hank Bishop.

El mejor y más antiguo amigo de su esposo. El hombre al que ella había amado locamente en secreto durante su adolescencia. El hombre con el que había fantaseado más de una vez mientras hacía el amor con Lowell.

Susan tembló, estremecida por una oleada de culpa. No tenía ningún derecho a pensar en Hank de ese modo. Ningún derecho en absoluto. Había amado a Lowell.

¿Y quién no? Lowell Redman había sido el hombre más gentil, amable y cariñoso que había conocido. Y le había brindado una

vida estable y segura como marido.

Susan pasaba de los treinta años cuando se casaron. Y no era de esas mujeres que se arriesgaban en lo concerniente a los hombres.

Lowell había representado para ella la seguridad, la estabilidad.

Hank Bishop, en cambio, le parecía peligroso. Que en sus fantasías soñara con ser devorada y poseída por él no significaba que lo quisiera realmente en su vida.

Hank se dirigía hacia ella, buscándola entre la multitud con sus ojos negros. Susan notó un hormigueo en el estómago. El corazón se le aceleró. Deseó gritarle que se marchara y no volviera nunca. No podría soportar tenerlo tan cerca. Temía demasiado apoyarse en él. Anhelaba, más que nada, sentir sus fuertes brazos estrechándola, oírle prometer que cuidaría de ella y que todo iría bien. Pero nadie, ni siquiera Hank, podía enmendar las cosas. Su vida, segura y estable, había quedado destrozada sin remedio. El futuro junto a Lowell se había desvanecido.

Fuera como fuese, tendría que hallar fuerzas para criar a su hijo sola… El hijo que Lowell había deseado con tanta desesperación.

En el instante en que Susan se llevó la mano al vientre, en un gesto protector, notó que Hank la observaba más atentamente, trasladando la mirada de su rostro a su mano y viceversa. Aquella mirada la aterrorizó. Era protectora. Posesiva. Ansiosa.

—Ahí está Hank —dijo Sheila, pasándole el brazo alrededor de la cintura—. Quizá pueda convencerte de que comas un poco y descanses.

—Ya te he dicho que estoy bien —replicó Susan.

Inclinándose, Sheila le murmuró al oído:

—¿Sabe Hank que estás embarazada?

Susan asintió solemnemente. Mordiéndose el labio inferior, trató de mantener la calma.

—Se lo dije anoche en la funeraria.

—Bien. Tiene que estar al tanto de la situación.

—¿Qué situación? ¿Y a quién os referís? —preguntó Caleb mientras se acercaba junto a Hank.

Susan notó que las mejillas se le acaloraban y rezó por que nadie se diera cuenta.

—Hank —carraspeó para aclararse la garganta—. Hank, debes saber que quizá te ofrezcan el puesto de Lowell. Varias personas ya

han comentado que les gustaría que volvieras al pueblo y te encargaras de la investigación del asesinato de Lowell.

—¿Quieren que yo sea sheriff? —inquirió Hank.

—Sí —confirmó Caleb—. Algunos comisarios me han dicho que quieren que finalices el período de servicio de Lowell para que, de paso, entregues a su asesino a la justicia.

—Pero no puedo…

—Si aceptas el nombramiento, podrás estar cerca para cuidar de Susan y del niño…

—terció Sheila, y se interrumpió bruscamente al sentir un codazo de Susan en los riñones.

—No necesito que nadie cuide de mí —Susan se dio cuenta, demasiado tarde, de que había alzado en exceso la voz. Varias personas volvieron la cabeza para mirarla. Temiendo que Hank percibiera el miedo en sus ojos, ella retiró la mirada—.

Lo siento, supongo que estoy agotada —dijo—. Quizá Sheila tenga razón. Debería echarme un rato —pasó junto a Hank rápidamente, sin mirarlo. ¿Qué haría si se quedaba en Crooked Oak? No sería capaz de quedarse, ¿verdad? ¡No, no podía!

—Susan está trastornada —explicó Sheila a los presentes—. Todos ustedes saben cómo le ha afectado la pérdida de Lowell.

Los demás asintieron y no tardaron en volver a charlar entre ellos. El comisario Kelly alzó la mano y le hizo señas a Hank para que se acercara a su grupo.

—Prepárate —comentó Caleb—. Van a ofrecerte el puesto de Lowell.

—No puedo aceptar ese puesto No quiero ser sheriff del condado de Marshall.

—Pues tendrás que decírselo a ellos —Caleb le dio una palmadita en la espalda—.

Pero debo admitir que me extraña que no quieras volver al pueblo por un tiempo y solucionar lo de Lowell. Dejó un período de servicio inconcluso y una esposa embarazada que necesitará a alguien en quien apoyarse.

—No creía que estuvieras al corriente de su embarazo.

—Sheila me lo dijo esta mañana. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Susan me lo contó ayer en la funeraria.

—¿Ves? Te lo dijo porque sabe que va a necesitarte. Nos

necesitará a todos en los meses venideros. Conociéndote, creí que considerarías un deber hacia Lowell detener a su asesino y cuidar de su mujer y su hijo.

—Le debo a Lowell la vida —admitió Hank—. Pero no estoy seguro de que quedarme en Crooked Oak sea lo mejor para pagarle esa deuda.

Los dos hermanos se acercaron al comisario Dalton Kelly, que se hallaba acompañado de otros dos comisarios del condado. Dalton cortó un trozo de la tarta de manzana que estaba tomando y se lo llevó a la boca.

Rufus McGee estrechó la mano de Hank.

—Celebro volver a verte, Hank. Aunque lamento que sea en estas circunstancias.

Tras engullir la tarta con un sorbo de café solo, Dalton se limpió la boca con la mano y dijo:

—¿Te ha hablado Caleb de lo que queremos pedirte?

—Sí, acaba de comentármelo.

—¿Y qué te parece, muchacho? —Rufus entornó los ojos y miró a Hank directamente—. ¿Estás dispuesto a dejar por un tiempo el FBI y volver al pueblo para solucionar lo de Lowell? Te estaríamos francamente agradecidos si aceptaras.

—¿Por qué yo? —Inquirió Hank—. Creí que le ofreceríais el puesto a Richard Holman. Sé que Lowell confiaba plenamente en él.

—Richard es muy joven y no tiene suficiente experiencia —explicó Dalton—.

Además, sólo sería un año, hasta las próximas elecciones.

—Todo el pueblo espera que regreses a casa —terció Rufus—. Quieren que seas tú quien capture a Carl Bates y lo ponga a disposición de la justicia. Y también esperan que cuides de Susan. Sí, sabemos que, en teoría, su delicado estado debería mantenerse en secreto, pero… —Rufus sonrió—. Lowell se sintió tan orgulloso cuando supo lo del embarazo, que se lo comentó a unos cuantos amigos.

Y ya sabes cómo se propagan aquí las noticias.

Hank sintió un doloroso nudo en el estómago.

—Necesitaré algo de tiempo para pensarlo —respondió—. Tendré que volver a Washington, y… No estoy seguro de que sea lo correcto, pero…

—Lo es, muchacho, lo es —aseguró Dalton—. Piensa en lo que hubiera hecho Lowell de haber muerto tú en cumplimiento del deber, dejando a tu asesino suelto y a una esposa embarazada. ¿No habría hecho cualquier cosa por ti?

¡Diablos!, se dijo Hank. Estaba entre la espada y la pared. Todo el pueblo sabía de su amistad con Lowell. Más aún, todos sabían que, cuando eran adolescentes, Lowell le había salvado la vida. Habían ido a nadar al estanque de la vieja cantera, y Hank sufrió un fuerte calambre. Se habría ahogado de no ser por la rápida intervención de Lowell. Aquel suceso había sellado su amistad para siempre.

Sí, haría cualquier cosa por Lowell. ¿Acaso un año de su vida era un sacrificio excesivo? Evidentemente, no.

Decidió que, cuando la gente se fuera, hablaría en privado con Susan. La muerte de Lowell los había colocado en una situación incómoda, y lo que menos deseaba Hank era complicarse la vida o causarle a Susan un dolor innecesario.

Susan estaba sentada en la cama, en el cuarto que había compartido con Lowell durante dos años. No estaba segura de poder dormir de nuevo en aquel dormitorio.

Todo le recordaba a su marido. El olor de su colonia aún impregnaba las sábanas.

Su ropa aún ocupaba el lado izquierdo del armario. Su foto de boda se alzaba, como un centinela, en la mesita de noche.

Si tan sólo pudiera llorar…

«Dios del cielo» rogó en silencio, «permíteme llorar.»

Pero estaba más allá del llanto. El dolor era demasiado intenso, aunque atemperado por el bendito entumecimiento que la envolvía.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Ricky la miraba con sus negros y grandes ojos de Terrier, como interrogándola. Susan le rascó las orejas y susurró:

—Estaré bien. No te preocupes por mí.

Al ver que su ama prestaba atención a Ricky, Fred atravesó el dormitorio, se subió en la cama de un salto y situó su cuerpo regordete de Bull Dog junto a Rick.

—Oh, así que estás celoso, ¿eh? —Susan frotó las orejas del otro perro, y entonces oyó un suave ronroneo. Sentadas al pie de la cama, las gatas Lucy y Ethel reclamaban sus atenciones.

De los labios de Susan escapó un suspiro de alivio. Al menos, algo seguía siendo normal en su vida. Sus animales eran ahora, como lo habían sido siempre, una fuente de compañía y de consuelo. Se colocó ambos perros en el regazo y los abrazó con ternura. Una única lágrima le brotó de los ojos y se deslizó por su mejilla. Luego siguió otra. Sentía los pulmones hinchados. El pecho le dolía. Le costaba respirar. Sus hombros empezaron a temblar. Y, por fin, las lágrimas afluyeron a raudales, llenando sus ojos, empapando sus mejillas.

Susan no sabía cuánto tiempo estuvo llorando, si fueron minutos u horas. Nadie invadió su intimidad, ni siquiera cuando lloró en voz alta, con fuertes sollozos que estremecieron su cuerpo.

Alzó la cabeza al oír que llamaban suavemente a la puerta.

—Somos nosotras —contestó Sheila—. Tallie, Donna y yo. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto —Susan se enjugó las lágrimas y se sentó en el borde de la cama.

Sus tres mejores amigas entraron en el cuarto y rápidamente formaron un semicírculo en torno a ella. Susan les dirigió una trémula sonrisa.

—Se han ido casi todos —dijo Tallie.

—Hank, Caleb y Peyton siguen aquí, naturalmente —añadió Sheila.

—¿Seguro que no quieres que me quede a pasar la noche contigo? —preguntó Tallie.

—No, de verdad. Estaré bien —echó una ojeada a la enorme cama en la que estaba sentada—. No dormiré aquí. Anoche dormí arriba, en la vieja habitación de tía Alice.

—Me gustaría quedarme contigo unos días

—Donna se sentó al lado de Susan—. Créeme, sé lo difíciles que van a ser para ti los próximos meses.

Susan le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

—Sé que lo comprendes mejor que nadie. Pero…

—Insisto. A diferencia de Tallie y Sheila, yo no tengo marido e hijos en casa.

—Gracias —Susan asintió—. Será agradable tenerte aquí por unos días. Hasta que… —el llanto le obturó la garganta—. Hasta que… —un nuevo torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Donna abrazó a Susan, consolándola, mientras Sheila y Tallie permanecían lo más cerca posible. Las tres intentaron valientemente no llorar, pero fueron incapaces de evitarlo.

—Me quedaré hasta que vuelvas —dijo Hank a Donna Fields.

—Gracias. No creo que deba quedarse sola

—Donna le dio una palmadita en el hombro—. Va a necesitar a todos sus amigos y a los de Lowell para superar esto.

Hank abrió la portezuela del Corvette de Donna y esperó a que el coche se perdiera de vista antes de entrar de nuevo.

Una silenciosa quietud parecía envolver la casa.

—¿Te apetece una taza de café? —le preguntó Susan.

Hank se giró bruscamente para mirarla. No la había visto allí de pie, en el vestíbulo.

Pensaba que seguía refugiada en su cuarto.

—No, gracias —contestó.

—¿Y un té? Voy a prepararme uno.

—No me gusta el té.

—Oh. De acuerdo.

¡Maldición! De repente, Hank comprendió que Susan se sentía tan incómoda corno él. Estaban los dos solos en su casa. La casa que había compartido con Lowell durante dos años.

Pero tenían que afrontar los hechos. Lowell había muerto, y ninguno podía deshacer lo sucedido Lo sucedido cuando Lowell fue emboscado por Carl Bates dos días antes. Ni lo sucedido en la consulta del médico cuatro semanas antes, cuando Susan había sido inseminada artificialmente.

—Tenemos que hablar —dijo mientras la seguía a la cocina.

—Sí. Supongo que sí —Susan llenó la tetera de agua y la colocó en el fuego.

—Me han pedido que ocupe el puesto de Lowell hasta las próximas elecciones.

Mordiéndose el labio inferior, Susan sacó del armario una taza de porcelana y luego buscó una bolsita de té.

—¿Piensas aceptar? —la mano le temblaba ligeramente mientras introducía la bolsita en la taza.

—Sí —¿por qué Susan no se volvía para mirarlo?—. Creo que se lo debo a Lowell. El hubiera querido que te cuidase mientras dure el embarazo.

A Susan se le llenaron los ojos de lágrimas. La tetera comenzó a silbar. Los hombros de Susan se estremecieron, y las manos empezaron a temblarle. La taza se rompió al estrellarse en el suelo de madera.

—¿Susan? —Hank se acercó presuroso a ella, deteniéndola mientras se disponía a agacharse para recoger los fragmentos de porcelana—. Déjalo. Yo lo recogeré.

Susan lloraba con un llanto bajo y lastimero.

Maldición, se dijo Hank. ¿Qué se suponía que debía hacer? Deseaba tocarla, pero,

¿se atrevería? Tenía que estrecharla entre sus brazos. ¡Tenía que hacerlo! Se estaba derrumbando delante de él.

En el momento en que la tocó, tomándola entre sus brazos, Susan se fundió con él.

Hank sintió que todos los nervios de su cuerpo gritaban.

—Todo va bien, Susie —le dijo, utilizando el apodo que le había puesto de niña—.

Llora, desahógate y suéltalo todo. Yo estaré aquí contigo. No me iré a ningún sitio.

Susan se aferró a él. Sollozando. Temblando. Gimiendo. Y Hank la abrazó tan tiernamente como pudo.

Por fin, ella alzó la cabeza de su pecho y vio miró con los ojos enrojecidos.

—Estaré bien —se retiró de su abrazo y dio un tembloroso paso atrás. Cuando Hank alargó la mano para sostenerla, ella lo rehuyó.

—Comprendo que deseas hacer lo posible por detener al asesino de Lowell —hizo una pausa, tomó aliento y prosiguió—: Si vuelves a Crooked Oak…

—Cuando vuelva a Crooked Oak —corrigió él.

—Sí. Cuando vuelvas, estoy segura de que nos veremos de vez en cuando durante el próximo año. No podremos evitarlo. La gente espera que nos… nos…

—Que nos hagamos amigos.

—Sí. Y yo lo deseo. Deseo que seamos amigos. Lowell lo habría querido así… Si te necesito, te llamaré. Pero tengo amigos que me ayudarán. Y, lo más importante, tengo a mi hijo.

—También es hijo mío.

—No —protestó Susan—. Es hijo de Lowell.

—Comprendo que pienses así, pero ambos sabemos que yo soy el padre biológico de esa criatura —Hank colocó la mano sobre el vientre de Susan. Ella se quedó paralizada.

—El acuerdo consistió en que donases tu esperma porque Lowell no quería que un desconocido engendrase a nuestro hijo —se quitó del vientre la mano de Hank—.

Lowell confiaba en que guardarías el secreto.

—Y si Lowell viviese, yo jamás faltaría a mi palabra. Pero ha muerto. No puede ser el padre de tu hijo.

—Sí, Lowell… ha… —las lágrimas empaparon las mejillas de Susan.

Hank la agarró por los hombros.

—El hijo que llevas dentro es mío. Y, te guste o no, tengo la responsabilidad de cuidar de ti.

Capítulo Dos

Habían transcurrido diez días desde la muerte de Lowell. Los diez peores días de la vida de Susan. Todos sus planes de futuro habían muerto con él… la feliz vida familiar que habían previsto para cuando naciera su hijo. Un hijo que Lowell había deseado casi desesperadamente.

Cuando los médicos les comunicaron que era improbable, si no imposible, que Lowell la dejara embarazada, fue su marido el primero que acarició la idea de la inseminación artificial. Susan se había mostrado reacia a que un desconocido engendrara a su hijo, y todavía más cuando Lowell sugirió la posibilidad de pedir a Hank Bishop que donara su esperma.

—Hank ha comentado más de una vez que no es de lo que se casan —le había dicho Lowell—. No desea tener esposa ni hijos.

—¿Por qué crees que Hank accederá a… a donar su esperma para que nosotros podamos ser padres?

—Porque piensa que está en deuda conmigo desde que le salvé la vida, siendo unos críos. Además, es inteligente y el mejor amigo que he tenido nunca.

Al principio, ella se negó a considerar siquiera la idea de que Hank fuese el donante, pero poco a poco Lowell consiguió vencer su resistencia.

«Lowell y tus estúpidos sueños de juventud!», le dijo burlona una voz interior.

—¿Necesita ayuda aquí, señora Redman? —pregunta la agente Nancy Steele asomando la cabeza por la puerta.

—No, gracias, Nancy. Ya casi lo tengo todo empaquetado.

—Bien. Cuando esté lista para colocar los bultos en la furgoneta, avíseme.

—De acuerdo. Muchas gracias.

—De nada.

—Ah, Nancy…

—¿Así?

—Me gustaría dejarte un recado para Hank Bishop.

—Faltaría más. Esperamos que llegue esta tarde. ¿Quiere dejarle un mensaje escrito, o…?

—Verbal. Por favor, dile que le deseo lo mejor y que le agradezco… —la voz de Susan se quebró. ¿Qué le agradecía? ¿Que pasase en Crooked Oak el año venidero?

¿Que le hubiese prometido cuidar de ella y del niño?

—Comprendo, señora Redman —Nancy miró a Susan con ojos apenados—. Pero seguro que el señor Bishop… es decir, el sheriff Bishop… se pasará por su casa para ver cómo está.

«Dios santo, eso es lo que más temo». Se dijo Susan. «Nadie sabe que el niño que llevo en las entrañas no es hijo biológico de Lowell; nadie salvo los médicos de Nashville, Hank Bishop y Sheila.»

¿Creería la gente del pueblo que las atenciones de Hank hacia ella sólo obedecían a su deseo de cuidar de la viuda de su mejor amigo?

—Sí, creo que tienes razón. Al fin y al cabo, Hank era el mejor amigo de Lowell. Es natural que vele por mí…

—Todos lamentamos mucho lo de Lowell. Era la mejor persona que he conocido.

Pero usted lleva dentro a su hijo, y eso debería ser un consuelo.

—Sí, lo es —Susan casi se atragantó al mentir. «No es hijo de Lowell» quiso gritar.

«Ese es el problema, ¿no lo comprendes?»

—Me iré para que pueda terminar. Avíseme cuando esté lista para marcharse—

Nancy salió del despacho y cerró la puerta.

Susan se sentó en la enorme silla giratoria de Lowell y paseó la mirada por su oficina. No, va no era la oficina de Lowell. Hank Bishop juraría el cargo de sheriff del condado de Marshall al día siguiente.

Debió haberse llevado las cosas de su marido un día antes, pero no había sido capaz de ponerse a ello. Vaciar la mesa, descolgar sus títulos y sus cuadros de las paredes, quitar sus libros y sus revistas

de la pequeña repisa del rincón…

Susan alzó el marco de plata que yacía sobre una de las cajas aún abiertas. Una pareja sonriente la miraba desde la fotografía. Su foto de boda. Habían sido muy felices aquel día, el primero de su vida de casados. Lowell la había amado profundamente y se había consagrado a ella por completo. Había sido el más gentil y considerado de los amantes, y la noche de bodas había constituido el preludio de otras muchas sesiones de sereno amor.

Susan acarició la imagen de Lowell con la yema de los dedos.

—Ay, mi dulce esposo. ¿Qué voy a hacer sin ti? Eras mi protector. Me dabas seguridad y estabilidad. Mientras te tuviera, no debía sentir miedo de…

No podía decirlo en voz alta. No podía expresar abiertamente cuál era su mayor temor. Pero el secreto que había mantenido sepultado en su corazón durante tanto tiempo no podía seguir siendo ignorado. Lowell ya no podía salvarla de sí misma.

No podía salvarla de la pasión, salvaje e ilógica, que siempre había sentido por Hank Bishop.

Aferró la fotografía con ambas manos, apoyó en ella la frente y rompió a llorar.

Al cabo de unos minutos, Hank Bishop la encontró aún llorando al abrir la puerta del despacho. Había salido temprano y llegado a Crooked Oak antes del mediodía.

Cuando la agente Steele le dijo que Susan estaba vaciando la oficina de Lowell, entró enseguida con la esperanza de ofrecerle su ayuda.

Hank permaneció en la puerta y la observó mientras lloraba. Deseó acercarse y abrazarla.

Maldición, ¿acaso Susan Redman era la única mujer de la Tierra que le afectaba de ese modo? Siempre le habían gustado las mujeres, aunque no era tan mujeriego como sus hermanos, Caleb y Jake. Y él solía gustarles a ellas. Siempre alababan su trato caballeroso, antes y después de cada romance. Pero sólo la viuda de su mejor amigo despertaba todos los instintos protectores, posesivos y cariñosos que albergaba en su interior.

«Es porque lleva a tu hijo en sus entrañas.»

¡Maldición! Había sido estúpido al acceder a la petición de Lowell. Pero se lo debía.

Además, cuando aceptó donar su esperma para la inseminación artificial nunca consideró la posibilidad de que su amigo pudiera desaparecer.

Lowell hubiera sido un magnífico padre para el crío. El mejor padre del mundo. A diferencia de Hank, Lowell había crecido en el seno de una familia normal de clase media, y había heredado los maravillosos instintos paternales de su padre. El, por el contrario, sería un padre pésimo. Tan pésimo como lo fue el suyo antes de morir.

Hank siempre había sabido que no estaba hecho para ser esposo ni padre.

Así que, ¿cómo demonios se las arreglaría para ser el padre del niño que Susan iba a tener? Asumir tal responsabilidad era lo que menos deseaba… pero la asumiría.

Hank Bishop no rehuía sus obligaciones. Nunca lo había hecho y nunca lo haría.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con voz queda y serena.

Susan alzó bruscamente la cabeza y se quedó mirándolo.

—Hank

—Lo siento. No quería sobresaltarte.

—Pensaba que llegarías por la tarde —tras levantarse con piernas temblorosas, Susan se alisó los pliegues de la falda y miró nerviosamente a Hank—. Quería llevármelo todo antes de que llegaras.

—No hace falta que te des tanta prisa —respondió él, echando una ojeada a las tres cajas situadas encima de la mesa—. Parece que casi has terminado.

—Sí, casi. Me disponía a cargar las cosas en la furgoneta.

En cuanto Susan hizo ademán de levantar una de las cajas, Hank se acercó rápidamente y se la quitó de las manos. Ella lo miró con ojos redondos de asombro.

—No debes levantar objetos pesados —Hank lanzó una mirada cargada de intención a su vientre, aún liso—. Estás embarazada.

Susan se llevó la mano al abdomen instintivamente.

—Las cajas no pesan tanto.

—Da igual —repuso él—. Yo las llevaré a la furgoneta.

—Gracias. La verdad es que debo irme ya —Susan echó una nueva ojeada a la habitación—. Estar en la oficina de Lowell me

entristece. Pensar en el hecho de que nunca volverá a… —tragó saliva para reprimir un sollozo.

—Sí, lo sé —con la caja bajo el brazo, Hank abrió la puerta y se apartó para dejarla salir—. Te prometo que detendremos a Carl Bates y que será juzgado por lo que hizo.

Susan pasó junto a Hank, acelerando el paso para no estar cerca de él más de lo necesario. El la siguió hasta la furgoneta, abrió la puerta trasera y depositó la caja en el interior.

—Iré por las otras dos cajas —dijo—. Súbete en la furgoneta y resguárdate del frío.

Susan asintió, montó en el vehículo y aguardó. Una vez cargadas las otras dos cajas con las pertenencias de Lowell, Hank dio unos golpecitos en la ventanilla. Ella bajó el cristal y lo miró directamente.

—Te seguiré hasta tu casa para ayudarte a descargar las cajas.

—No será necesario. Puedo…

—Tenemos que hablar, Susan —Hank examinó la acera, comprobando que algunos transeúntes habían aminorado el paso y los miraban—. En privado.

—Sí, supongo que tienes razón.

Hank se sentó al volante de su Lexus, dio marcha atrás para salir del aparcamiento y siguió a la furgoneta gris de Susan por Main Street, hasta la autovía que llevaba fuera del pueblo.

Había meditado largo y tendido sobre lo que deseaba decirle, y esperaba que ella atendiera a razones y aceptara la ayuda que pretendía brindarle. Nadie del pueblo tenía por qué saber que el hijo era suyo, pero estaba decidido a garantizar que el niño o la niña disfrutara de los cuidados necesarios. Una vez concluido el período de servicio de Lowell, regresaría al FBI y reanudaría su carrera. Pero se ocuparía de su hijo, aunque fuese desde muy lejos. Visitaría Crooked Oak regularmente, y cuando el niño creciera podría pasar algunas temporadas con él en Alexandria de vez en cuando.

Hank aparcó detrás de Susan, se apeó del coche y la ayudó a salir de la furgoneta.

—¿Por qué no entras? Yo llevaré las cajas.

—Quiero guardar la mayoría de las cosas en el sótano —explicó ella—. Ya he vaciado una de las estanterías.

Diez minutos más tarde, Hank subió del sótano y encontró a Susan en la cocina.

Había permanecido arriba mientras él guardaba las pertenencias de Lowell. Hank sospechaba que no podía soportar ver dichas pertenencias relegadas al destierro entre aquellas cuatro paredes. Lo único que había extraído de las cajas era la foto de boda que Lowell había tenido en su mesa.

Hank recordaba bien el día de la boda. Un precioso día de otoño. Una ceremonia sencilla con amigos y familiares. Un novio increíblemente feliz. Una novia tímida, encantadora. Y un padrino que había pensado, más de una vez, en secuestrar a aquella novia inocente.

—He hecho café, aunque me temo que es descafeinado —dijo Susan—. Te gusta tomarlo solo, ¿verdad? Sin azúcar.

—Sí, así es. Gracias —Hank retiró una silla de la mesa y se sentó, aguardando mientras ella le servía el café en una taza roja de cerámica.

Después de llenar su propia taza, le añadió café y se sentó frente a él.

—Te agradezco que me hayas ayudado con las cajas. Me preguntaba si podrías hacerme otro favor, ya que estás aquí…

—Lo que sea. No tienes más que pedirlo.

—Se trata de la ropa de Lowell —Susan respiró hondo—. No creo que pueda soportar…

—Cómo no. Dime qué quieres que haga con ella.

—Al albergue de beneficencia de Marshallton le irá bien —Susan probó el café.

—La llevaré personalmente.

—No sé qué hacer con sus uniformes —Susan echó un vistazo al voluminoso cuerpo de Hank—. Son demasiado pequeños para ti.

—¿Quieres que me los lleve también?

—Sí. Por favor. Todo. Incluso su ropa interior y sus calcetines… Lowell hubiera deseado que los recibieran otras personas que puedan utilizarlos.

—Lowell era un hombre bondadoso.

—Tuve mucha suerte al tenerlo como marido.

«Te deseaba a ti» quiso decirle. «Pero te tenía demasiado miedo. Sabía instintivamente que no era lo bastante fuerte para

relacionarme con un hombre como tú, que me devorarías sin piedad. Me conformé con un hombre más dócil, más seguro. Un hombre que me adoraba. Tú nunca me habrías amado como me amaba Lowell. Y yo no podía esperar eternamente a un Príncipe Azul.»

—Más de una vez me dijo lo afortunado que se sentía al haberse casado contigo —

Hank colocó las manos en la mesa, con las palmas abiertas.

«Y cada vez que me hablaba de lo maravillosa que eras, yo te deseaba todavía más.»

—Lo amaba —dijo Susan con voz baja y suave.

—Estoy seguro de que sí. Y sin duda sabrás cómo te amaba él.

—Intenté ser una buena esposa.

—Lo fuiste.

—Lowell deseaba ser el marido perfecto —prosiguió ella—. Casi murió del disgusto cuando los médicos nos dijeron que… era estéril.

—Quería darte un hijo. Por eso acudió a mí.

Susan alzó la cabeza y miró a Hank directamente a los ojos.

—No le dirás a nadie que mi hijo no es de Lowell, ¿verdad?

—No quieres que se sepa que el niño es mío, ¿me equivoco?

Ella movió la cabeza.

—No. ¿Qué pensaría la gente si se supiera? Como amigo de Lowell que eras, podemos tener una relación de amistad y podrás ser el tío favorito de mi hijo. Pero si la gente descubriera que tú eres el padre, nos vigilarían y nos criticarían…

—Voy a decírselo a Caleb —dijo Hank—. A nadie más.

—¿Lo prometes?

Hank tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no alargar los brazos por encima de la mesa y tomar sus manos pequeñas y delicadas.

—Susan, ¿por qué me tienes tanto miedo? ¿No sabes que yo jamás te haría daño?

—veía miedo en sus ojos cada vez que lo miraba. ¿Acaso había algo más en aquel miedo que el deseo de que nadie supiera la verdad sobre su hijo? Y, en tal caso,

¿qué era ese algo?

—Pero puedes hacerme daño —replicó ella, con la vista clavada en su regazo y los ojos ensombrecidos por sus largas pestañas—. Si

no guardas mi secreto. Nuestro secreto. Mío, tuyo y de Lowell.

—Quiero decírselo a mi hermano, pero te prometo que nadie más se enterará.

Susan tragó saliva y asintió afirmativamente.

—Muy bien. Díselo a Caleb. Sheila ha sido mi única confidente, así que…

—Yo tampoco quería que las cosas acabaran así—Hank apartó la taza de café, intacta, retiró la silla y se levantó—. Jamás pensé en ser padre. Lo que menos necesito en mi vida es un hijo. El plan consistía en que ese niño fuera tuyo y de Lowell. No mío.

—No te he pedido que te hagas responsable del niño —contestó Susan, con las mejillas enrojecidas por la emoción—. No espero que seas el padre de…

Hank se golpeó la palma de la mano con el puño. Susan dio un salto.

—Maldita sea, ¿no lo comprendes? Sin Lowell, ese niño no tendrá padre a menos que yo torne parte y haga lo correcto.

—Y qué es «lo correcto», Hank? —Susan lo observó mientras se paseaba por la cocina. Su voluminoso y esbelto cuerpo avanzaba y retrocedía como un animal que intentase escapar de una trampa. Y así debía de verlos a ella y a su hijo… como una amenaza a su preciada libertad.

—No lo sé.

«Sí, silo sabes», le instó una voz interior.

Lo correcto sería casarse con Susan y criar juntos al niño como una familia unida.

Pero, que el cielo le ayudase, no estaba dispuesto a meter la cabeza en esa soga…

por muy atractiva que le resultara Susan. Por muy decidido que estuviera a no abandonar a su hijo.

—Lo correcto es que haga cuanto esté en mi mano para cuidarte durante el embarazo, y que luego me haga económicamente responsable de mi hijo.

—Comprendo —Susan retiró la silla, se levantó y se situó frente a Hank—. Sin duda, has pensado mucho sobre ello.

—Míralo desde el punto de vista lógico. Eres una viuda embarazada, sin padres ni hermanos que te ayuden. Al ser el mejor amigo de Lowell, nadie se extrañará de que quiera ser custodio o

padrino del niño.

—Sí, tienes razón. Y sé que debería agradecerte que renuncies a un año de tu vida y hayas pedido un período de excedencia del FBI…

—No quiero tu gratitud —repuso él—, sino tu cooperación.

A Susan la ponía furiosa su fría lógica. Se mostraba tan tranquilo y sereno… Tan inmutable… Estaba segura de que no había derramado ni una sola lágrima por Lowell. Hank no era de los que lloraban. Jamás por mucho que sufriera.

Tallie le comentó una vez que, de sus tres hermanos, Hank era el más amargado y resentido por haberse criado en la pobreza, sin padres. Mientras que Tallie no se acordaba de sus padres, y Caleb sólo conservaba recuerdos vagos, Hank y Jake los recordaban perfectamente. Su padre había sido borracho y jugador, y varias veces fue expulsado de distintos pueblos por las autoridades locales. Después de que sus padres murieran en un accidente, los cuatro hermanos Bishop se trasladaron a Crooked Oak a vivir con su abuelo paterno.

«Hank nunca se casará ni tendrá hijos —le había dicho Tallie—. Jamás correrá el riesgo de no ser tan perfecto como padre como lo es en todo lo demás.»

Susan suspiró, recordando las palabras de su amiga.

—De acuerdo, Hank. Cooperaré —extendió la mano, fingiendo sentirse tan serena y tranquila como él—. Cuidarás de mí hasta que nazca el niño y luego serás su padrino. Pero nadie, aparte de Sheila y Caleb, ha de saber que Lowell no es el padre de mi hijo.

Lo que más deseaba Hank en aquellos momentos era tomar la mano de Susan y atraerla hacia sí. Pero era lo último que debía hacer. Se quedó mirando la mano que ella le había ofrecido para sellar el trato.

Susan esperó, apoyándose incómodamente en un pie y en otro, hasta que él alargó la mano y estrechó la suya. En el instante en que sintió el roce de la piel de Hank, ella notó una suerte de descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Cerró los ojos un momento y pidió a Dios las fuerzas necesarias para no sucumbir al deseo que sentía hacia aquel hombre. ¿Cómo podía albergar pensamientos tan lascivos?

Lowell no llevaba muerto ni dos semanas.

Hank sostuvo su mano y contempló sus grandes ojos azules. Debería condenarse al infierno por lo que estaba pensando… y sintiendo. Si se dejaba llevar por el deseo que lo embargaba, aterrorizaría a Susan y la ofendería tan gravemente que ella jamás lo perdonaría.

Le soltó la mano y retrocedió.

—Esta noche volveré para recoger la ropa de Lowell.

—Muy bien. Gracias.

—Si me necesitas, estaré en la oficina del sheriff esta tarde, y luego iré a casa de Caleb y Sheila. Me quedaré con ellos temporalmente, hasta que encuentre un sitio donde vivir —Hank se dio media vuelta, y ella lo siguió. No se detuvo hasta que hubo salido al porche. Luego se giró para mirarla brevemente, le sonrió y se despidió inclinando la cabeza.

Susan permaneció de pie en el porche, observándolo mientras se alejaba por la carretera. Unas cuantas lágrimas brotaron de sus ojos, humedeciendo sus mejillas conforme caían.

La vida era injusta. Terriblemente injusta.

Había tomado todas las precauciones posibles para que su amor por Hank Bishop no se convirtiera en una obsesión. Lo había amado desde lejos cuando era una adolescente, había fantaseado con él del mismo modo que otras jovencitas fantaseaban con los cantantes de rock. Pero él jamás se dio cuenta y, en el fondo, Susan había tenido la certeza de que era mejor así. Por mucho que adorara a Hank, tenía miedo de la intensidad de sus sentimientos por él.

Tía Alice siempre había insistido en que fuese una perfecta señorita. Nada de comportamientos vulgares. Nada de pensamientos o sentimientos inmorales. La palabra «sexo» estaba prohibida en casa de su tía. Lo que sentía por Hank debía de ser, pues, malo y pecaminoso. Y, desde luego, la aterrorizaba.

De manera que había optado por salir con chicos «seguros»… que no provocaban un revoloteo de mariposas en su estómago ni un hormigueo en las partes más íntimas de su cuerpo.

Luego, Hank se había marchado de Crooked Oak y ella había rezado por que apareciera un Príncipe Azul que la dejara sin aliento, que la enamorase y le brindase una vida de dicha.

Finalmente, a los treinta años, había abandonado la esperanza de encontrar a dicho Príncipe Azul, y se había conformado con el

dulce y protector Lowell Redman.

Había amado a Lowell, sí. Pero sus sentimientos por él nunca la habían aterrorizado. Nunca la habían consumido hasta el extremo de la locura.

No, aquellos otros sentimientos los había reservado para Hank Bishop.

El hombre cuyo hijo crecía ahora en sus entrañas.

Capítulo Tres

—Ésa era la última caja —dijo Hank al tiempo que cerraba el maletero del coche—.

Mañana las llevaré al albergue de Marshallton.

Susan se hallaba de pie en el porche. Los rayos del sol tardío teñían de dorado su cabello castaño claro. Parecía tan pequeña, frágil y sola como un alma que errara en busca de un paraíso seguro. Hank sintió deseos de abrir los brazos y decirle que se acercara, que podía encontrar refugio allí, con él. ¿Sí, podía ofrecerle dicho refugio, pero, lo aceptaría?

Hank titubeó junto al coche, observándola mientras lo esperaba, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo. Las dos gatas merodeaban por entre sus tobillos y los dos perros montaban guardia a su lado. La dulce Susan, con un corazón tan grande como el cielo de Crooked Oak. Hank nunca había conocido a nadie que amase a los animales tanto como ella.

¿Cómo iba a estar cerca de aquella mujer amable, tierna y cariñosa, sin hacerle el amor?

Hank había evitado deliberadamente las relaciones duraderas y a las mujeres que esperaban más de lo que él podía darles. Le gustaban las mujeres… Diablos, las adoraba. Y ellas parecían sentirse atraídas hacia él como las abejas a la miel. Jake le había comentado una vez que Caleb atraía al bello sexo por su atractivo y su condición de estrella del béisbol. Y que Hank atraía a las mujeres por su carácter chapado a la antigua, de caballero sureño, teñido de cierto atisbo de peligro que picaba su interés.

Susan Redman era diferente. No se parecía en absoluto a las mujeres con las que había salido. Era callada, tímida y algo ingenua. Y despertaba en él un deseo cuya intensidad lo

desconcertaba. Hank se enorgullecía de dominar todos sus actos y sus emociones. Pero la atracción que sentía hacia Susan empezaba a minar su voluntad de hierro.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó, reacio a marcharse.

Ella alzó la cabeza y fijó en él la mirada. Incluso desde lejos, Hank pudo ver la humedad de las lágrimas que empañaban sus ojos.

«Por Dios, cariño, no llores» quiso decirle. «Lowell no hubiera querido que sufrieras tanto. Y yo no soporto verte así.»

—No, ya no queda nada más que hacer. Hoy, al menos —Susan esbozó una débil sonrisa.

—Bueno, entonces me voy ya.

«No permitas que me vaya» rogó Hank en silencio. «Pídeme que me quede. Piensa en un motivo para retenerme aquí».

Se dio media vuelta.

—Espera —Susan dio unos pasos vacilantes al frente, y luego se detuvo en el filo del porche.

El giró rápidamente la cabeza y avanzó hacia el sendero de ladrillo.

—¿Qué sucede?

—Necesito, necesito hablar contigo —Susan entrelazó las manos ante sí, como si se esforzara por no alargar los brazos hacia él.

—Claro, cómo no —Hank subió los escalones y se detuvo justo delante de ella. Tan sólo unos centímetros los separaban—. ¿De qué quieres hablar? —su mirada siguió la de ella, y se percató de que la señora Dobson, que vivía en la casa de enfrente, estaba barriendo el porche. Los pueblos pequeños estaban llenos de gente curiosa incapaz de no meter la nariz en los asuntos de los demás. Sin duda, la señora Dobson repararía en su presencia e informaría a sus amigas y sus vecinas.

Personalmente, a Hank le importaba un rábano lo que los demás dijeran o pensaran, pero era consciente de que a Susan sí le preocupaba. Al fin y al cabo, ella tenía que seguir viviendo y trabajando en Crooked Oak, y criaría a su hijo en el pueblo.

—Entremos —Susan retrocedió y abrió la puerta principal.

El la siguió, pero antes de entrar se giró e hizo una señal de saludo a la señora Dobson, quien le correspondió con una sonrisa.

—¿Cómo está usted, señora Dobson? —le preguntó en voz alta.

La mujer de cabello blanco se sonrojó, pero esbozó una sonrisa afectuosa.

—Muy bien, Hank. Celebro ver que cuidas de Susan.

—A partir de ahora, me verá mucho por aquí.

—Me alegra saberlo —respondió la señora Dobson.

Hank entró en el vestíbulo, donde Susan lo esperaba con la cabeza gacha y los ojos tímidamente alzados.

—No he podido quitarme a las vecinas de encima desde que Lowell murió. Son algo pesadas, pero tienen buen corazón.

—Sí, lo sé. Crecí en el pueblo, ¿recuerdas?

—Cierra la puerta, por favor.

Hank así lo hizo.

—Quieres hablar de algo en concreto?

Ella se frotó las manos repetida y nerviosamente.

—Mientras estés en Crooked Oak, finalizando el período de servicio de Lowell, necesitarás un sitio donde vivir.

—Es cierto —¿por qué lo decía? ¿Qué intentaba insinuar?—. Pienso llamar a una inmobiliaria mañana. Sheila me ha dicho que me quede en su casa todo el tiempo que necesite, pero necesito un hogar propio.

Susan lo miró insegura.

—Hank, yo… yo… —se retiró de él. Sus pequeños hombros empezaron a temblar.

Con el corazón latiéndole en los oídos, Hank se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—No estás sola, Susan —le susurró acercando los labios a su oído—. Sé lo difícil que será para ti vivir sin Lowell, pero te prometo que me tendrás a tu lado durante todo el embarazo. Quiero ayudarte en todo lo que pueda.

Ella asintió.

—Lo sé.

Hank siguió abrazándola con suave firmeza, y rezó por que su cuerpo no reaccionara al rozarse con la esbelta mujer que tenía abrazada.

—Los dos queríamos a Lowell y los dos lo echaremos de menos. Tengo la intención de velar por sus asuntos, y eso incluye garantizar que a su esposa no le falte de nada.

—Necesito que me prometas que no le dirás a nadie que tú

eres… que Lowell no es… La gente no lo entendería.

—Creí haber dejado perfectamente claro que no voy a decirle nada a nadie —Hank le posó un beso en la sien, y luego le frotó la mejilla con la suya. El cabello de Susan olía a sol y a flores. Notó que su cuerpo se tensaba. Dejó de abrazarla y retrocedió. Lo último que necesitaba Susan era sentir el contacto de su erección. La agarró por los hombros y le dio media vuelta para que lo mirase a la cara.

—Quiero ayudarte, hacer que todo te resulte más fácil. Nadie tiene por qué saber nada.

Susan inspiró profundamente. El temblor de cuerpo cesó, y por fin sonrió a Hank.

—No debemos olvidar que tu estancia en Crooked Oak será sólo temporal. Tienes un trabajo y una vida hecha en otro sitio, mientras que yo lo tengo todo aquí.

Nuestro único vínculo es un hijo —alzó las manos y las posó en el pecho de Hank, sobre la suave y fría tela de su gabán—. Sé que, al haber muerto Lowell, te sientes responsable de mi hijo, pero comprendo que no puedo esperar que seas un padre para él. Lowell me dijo que no querías casarte ni tener hijos.

—No, no quiero casarme ni tener hijos —Hank le pasó las manos por los brazos, acariciándola tiernamente—. Pero tienes razón. Me siento responsable de tu hijo —

la soltó bruscamente—. Jamás tuve en cuenta esta posibilidad cuando Lowell me pidió que donara mi esperma para que pudierais ser padres.

—Lo siento, Hank —Susan le tocó el brazo.

«No me toques» quiso gritar él. «Y no me mires con esos grandes ojos azules que me piden tanto…»

—Sí, yo también lo siento. El destino nos ha jugado una mala pasada, y tendremos que sobrellevarlo como sea.

—Quisiera poder decirte que no te necesito, pero mentiría. Te necesitaré durante los próximos meses. Si pudieras… si aceptaras…

—Dilo. Haré cualquier cosa que necesites de mí.

—Sé mi amigo. Sé el padrino de mi hijo.

—Por supuesto. Claro que sí. ¿Algo más?

—Encuentra al asesino de Lowell y entrégalo a la justicia.

—Esa será mi principal prioridad como sheriff.

—Ten cuidado, Hank —Susan le apretó el brazo—. No podría soportar que te pasara algo.

Las palabras de Susan golpearon a Hank en el bajo vientre con la fuerza de un martillo. Tendría que ser ciego y estúpido para no darse cuenta de que se preocupaba por él. Pero, ¿había algo más que simple preocupación por el mejor amigo de Lowell? ¿Por el padre biológico de su hijo?

Susan se hallaba sentada en la silenciosa quietud del estudio mientras la oscuridad del anochecer comenzaba a proyectarse en la habitación. Lucy y Ethel permanecían acurrucadas en el respaldo del sofá, mientras que Ricky gruñía suavemente hecho un ovillo delante de la chimenea. Y Fred se había acomodado al lado de Susan.

Necesitaba recuperar el rumbo de su vida, hallar el modo de seguir adelante sin Lowell. Por el bien de su hijo y de su propia cordura. Necesitaba volver al trabajo.

Sólo Scooter Bellamy, su ayudante, se ocupaba del refugio para animales, y su labor era a todas luces insuficiente. Estar de nuevo con los animales, brindarles cariño y ayudarlos a encontrar nuevos hogares, ocuparía su tiempo y la distraería.

Cuanto menos pensara en la situación, tanto mejor.

Hank Bishop formaría parte de su vida durante el año siguiente. Más le valía aceptar el hecho y verlo del mejor modo posible. Le gustase o no, necesitaba a Hank.

Alargó la mano y descolgó el auricular del teléfono. Fred gruñó, acomodó su cuerpo regordete y enterró el hocico en la pierna de Susan.

—¿Diga? —respondió Sheila Bishop.

—Sheila, soy Susan. ¿Está Hank ahí?

—Sí. Acabamos de cenar. ¿Quieres hablar con él?

—Sí, por favor.

—¿Va todo bien? —Inquirió Sheila—. Te noto un poco rara.

—Todo va bien. Simplemente, necesito hablar con Hank.

—Muy bien.

Susan esperó, con el corazón martillándole el pecho, las palmas de las manos sudorosas y la boca seca. ¿Y si estaba cometiendo un error? ¿Y si luego lamentaba haber dado un paso tan atrevido?

«Deja de darle tantas vueltas. Por una vez en tu insulsa vida, haz

lo que deseas hacer.»

—¿Sí? —dijo Hank.

—Hank, soy Susan. Te he encontrado un sitio donde vivir.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el apartamento que hay encima de mi garaje —Susan contuvo el aliento, aguardando su reacción.

—Creía que ya estaba ocupado.

—No, está vacío. La inquilina se casó el mes pasado y lo dejó libre. Aún no he tenido ocasión de volver a alquilarlo.

—¿Estás segura? —Hank soltó una risita—. No habrá peligro de que los vecinos murmuren, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Todo Crooked Oak ha rezado por que volvieras y solucionaras lo de Lowell. No creo que nadie se extrañe si te mudas cerca de su viuda embarazada para velar por ella. Dijiste que es eso lo que deseas hacer, ¿verdad?

—Sí, Susan, quiero cuidar de ti… por Lowell.

—Entonces, ¿te instalarás en el apartamento?

—Desde luego. ¿Por qué no? Eso facilitará las cosas. Me tendrás cerca siempre que me necesites. ¿Cuándo quieres que me traslade?

—¿Te parece bien mañana? Está amueblado. Sólo tendrás que llevarte el equipaje que hayas traído de Virginia.

—Hablaremos sobre el importe del alquiler, y…

—Es gratis —dijo Susan.

—Lo siento, pero no puedo aceptar.

—En ese caso, podrás pagármelo haciendo algún que otro trabajo en la casa…

—¿Como cortar el césped o limpiar las persianas?

—Por ejemplo.

—Muy bien. Nos veremos mañana por la tarde —Hank hizo una pausa y luego agregó—: ¿Qué te parece si mañana cenamos fuera? Podríamos ir a Marshallton.

—¿Y si cenamos aquí, en casa?

—De acuerdo. Iré a cenar y después podrás enseñarme el apartamento. ¿Te parece bien a las seis?

—Sí. Perfecto.

Susan subió las escaleras de madera que conducían al apartamento de encima del garaje. Una por una, fue cerrando las ventanas que había abierto esa misma mañana para airear el interior, y encendió rápidamente los calentadores. Inhaló profundamente y sonrió. Todo olía a fresco y a limpio. Había barrido, pasado la aspiradora y limpiado el polvo antes de ir a Marshallton a su primera cita con el médico.

Entró en el dormitorio con las sábanas limpias y las colocó primorosamente. Tras hacer la cama, retrocedió e inspeccionó su trabajo. Aquél iba a ser el dormitorio de Hank durante el siguiente año. Iba a dormir en aquella cama todas las noches… tan cerca de ella y, al mismo tiempo, tan lejos.

Podía imaginarlo en aquella habitación, echado en la cama. ¿Dormiría en ropa interior? ¿Con pijama? ¿Desnudo? El pensamiento de Hank desnudo en la cama le produjo escalofríos. Era alto y musculoso, aunque tenía las caderas y el vientre perfectamente lisos. Recordó el aspecto que solía tener de adolescente, con nada puesto salvo un par de tejanos cortos, cuando lavaba el coche o cortaba el césped.

Ya entonces poseía un cuerpo increíblemente atractivo. ¿Cuántas veces se había quedado mirándolo durante tanto tiempo, que Sheila y Tallie habían tenido que sacarla de su ensueño? Conforme crecía, fue resultándole más fácil ocultar su obsesión por Hank, hasta el punto de que, con el tiempo, pudo verlo y hablar con él sin evidenciar el menor atisbo de interés.

Tía Alice le había advertido que los hombres como Hank Bishop no se casaban nunca. Los chicos inteligentes, guapos y ambiciosos como Hank usaban a las mujeres y luego las tiraban. Tía Alice lo sabía por propia experiencia. Había entregado su corazón a un hombre, y él se lo había devuelto hecho mil pedazos.

—No confíes en la pasión, Susan —le había dicho Alice Williams más de una vez—.

Cuando un hombre hace que estés dispuesta a vender tu alma para estar a su lado, aléjate de él. Al final te partirá el corazón y te dejará como si fueras basura.

Susan había combatido sus sentimientos por Hank Bishop desde que podía recordar. Se había apartado de él, sabiendo que su tía tenía razón. Aunque hubiera podido conseguir que Hank se fijara en

ella y la deseara, jamás hubiera podido esperar de él la vida que quería vivir… Una vida de felicidad junto a un marido y unos hijos. Con Hank podría haber conocido la pasión; podría haber volado a lo más alto entre sus brazos, pero, ¿a qué precio?

Susan no había estado dispuesta a arriesgarlo todo por un romance con él. Casarse con Lowell había sido lo mejor… o, al menos, eso había pensado.

En realidad, no había conseguido olvidar a Hank Bishop. Cada vez que Lowell le hacía el amor, ella deseaba estar con Hank. Había privado al hombre más gentil y cariñoso del mundo del legítimo lugar que le correspondía en su corazón. Y se había sentido culpable durante los dos años que estuvieron casados.

Pero la culpa era una emoción inútil. Las cosas eran así y no podían cambiarse.

Lo curioso era que Lowell hubiese deseado que ella fuese feliz. Y si Hank Bishop era el hombre que podía darle la felicidad, Lowell hubiera aprobado la unión de ambos.

¿Qué unión?, se preguntó. No estaba casada con Hank ni era probable que lo estuviese nunca. Ya empezaba a hablar la Susan tímida y cobarde, se dijo. Sabía que no debía escucharla. Estaba harta de hacerlo. Al fin y al cabo, estaba embarazada de Hank. Del hombre al que amaba. Al que siempre había amado. ¿No iba siendo hora de que fuese valiente y aprovechase la oportunidad?

Quizá no fuese la mujer más guapa y excitante que él había conocido. Quizá fuera cierto que no deseaba casarse ni tener hijos. Pero ella podía hacerle cambiar de opinión. Podía lograr que la amase. Podía…

Susan se enjugó las lágrimas que empezaban a deslizarse por sus mejillas. Se sentó en el borde de la cama, se llevó ambas manos al vientre y se concentró en su hijo aún no nacido.

—Si no tengo valor para hacerlo por mí, tendré que hallar la valentía necesaria para hacerlo por ti, cariño mío. Mereces tener un padre. Lowell Redman hubiera sido un padre maravilloso para ti. Pero ya no está con nosotros. Sólo nos queda Hank Bishop. Con suerte, serás niño y te parecerás a él. Y todos sabrán que es tu padre.

Susan se levantó de un salto, puso apresuradamente toallas limpias en el cuarto de baño y, por fin, echó un último vistazo al

salón y a la pequeña cocina. Nada del otro mundo. Pero estaba limpio y resultaba acogedor.

Tras consultar el reloj, exhaló un suspiro de alivio. Aún tendría tiempo de preparar la cena, poner la mesa y tomar un relajante y largo baño de burbujas. Esa noche daría el primer paso en su plan de conquistar el corazón de Hank Bishop.

Normalmente, Hank llevaba vino cuando alguna mujer lo invitaba a cenar en su casa. Pero Susan estaba embarazada, de modo que el alcohol quedaba descartado.

Además, recordaba que Susan siempre había sido abstemia. Tras echar una ojeada a su aspecto en el espejo retrovisor del coche, se ajustó la corbata y se retiró un mechón de cabello de la frente.

¿Por qué diablos estaba tan nervioso? Parecía un quinceañero en su primera cita. Y no se trataba de una cita, se dijo, sino de una cena con una amiga.

«Una amiga que, casualmente, está embarazada de ti.»

No podía desterrar de su mente aquel hecho, por mucho que lo intentara. Susan Redman estaba embarazada. Y nadie era culpable de la situación. Ni él, ni Susan, ni siquiera Lowell. Ninguno de ellos podía haber previsto el futuro.

Hank alargó el brazo por encima del asiento, tomó el ramo de flores que había adquirido en la única floristería de Crooked Oak, y luego abrió la portezuela.

La luz del porche resplandecía como un faro de bienvenida. El viento otoñal lo azotó conforme se aproximaba a la puerta.

Si lograba superar la cena con Susan sin ceder a sus más bajos instintos, aún tendría esperanza de pasar los siguientes doce meses sin aprovecharse de la viuda de su mejor amigo. Susan necesitaba su amistad y su apoyo durante el período de embarazo. Pero nada más.

Hank llamó al timbre. Sus instintos le dijeron que huyera. Que huyera rápidamente.

Susan abrió la puerta, flanqueada por sus dos perros.

—Pasa. Hace fresco, ¿verdad? Dicen que esta noche caerá otra helada.

El permaneció inmóvil, mirándola, con la mandíbula tensa y los ojos abiertos como platos.

Estaba encantadora. Absolutamente encantadora. Radiante,

delicada y femenina con su falda rosa de pana y su jersey a juego. El largo pelo castaño le caía suelto sobre la espalda y sobre un hombro.

—¿Sucede algo? —preguntó Susan.

—No, no pasa nada —Hank entró en el vestíbulo, cerró la puerta y alzó el ramo de flores.

—¿Son para mí?

—Lowell me dijo una vez que las lilas son tus flores favoritas —Hank se aclaró la garganta—. Recuerdo que llevabas lilas en tu boda. Tú y las damas de honor.

Susan se acercó el ramo de lilas rosas y blancas al pecho.

—Son preciosas. Gracias. Me sorprende que te fijaras en las flores que llevaba en mi boda.

—Soy muy observador. Me han enseñado a fijarme en los detalles.

«Como, por ejemplo, en lo nerviosa que estás, aunque no lo aparentes. O en que abriste la puerta en cuanto llamé, lo que significa que me estabas esperando ansiosamente.»

—Por favor, acompáñame a la cocina. No veo razón para que cenemos en el salón.

Al fin y al cabo, esto no es una cita. Sólo somos dos amigos que cenan juntos.

«A quién intentas convencer, cariño? ¿A mí o a ti misma?»

—Mmm, huele estupendamente —dijo Hank al entrar en la cocina.

—Estofado de pollo —informó Susan mientras vertía la comida en dos enormes tazones—. He hecho pan de maíz para acompañarlo, pero si prefieres pan de molde…

—¿Pan de maíz? —Hank se relamió—. Aún recuerdo el pan de maíz que hacía tu tía Alice.

—Sí, utilizo su receta —Susan colocó los tazones en la mesa, sirvió dos tazas de café y luego puso la bandeja con rebanadas de pan. A continuación introdujo las lilas en un jarrón y las colocó en el centro de la mesa. Hank le retiró la silla para que se sentara. Ella le sonrió, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no tomar su rostro con ambas manos y besarla hasta dejarla sin aliento.

¿Tenía idea de lo dulce y vulnerable que le resultaba? ¿De lo tentado que se sentía de borrar aquella inocencia casi virginal de

sus ojos? ¿Y cómo era posible que una mujer que había estado dos años casada aún proyectara semejante aura de inexperiencia?

—Te acuerdas de la tarta de manzana de tía Alice? —preguntó Susan.

—¿Bromeas? La tarta de manzana de Alice Williams era famosa en todo el condado de Marshall —Hank contempló la embriagadora sonrisa de Su-san—. No estarás sugiriendo que has preparado una tarta.

—He pensado que puedes llevarte la mitad al apartamento y tomarla con café por la mañana.

—No suelo desayunar mucho, pero en este caso haré una excepción.

La comida de Susan estaba deliciosa, y Hank comió hasta sentirte repleto. No podía recordar cuándo fue la última vez que comió tanto. Pero, claro, tampoco recordaba cuál fue la última mujer que le preparó una comida.

En cuanto Susan empezó a quitar la mesa, él se levantó de un salto y le quitó los platos de las manos.

—Espera, deja que te ayude.

—Déjalos en el fregadero —indicó ella—. Yo los pondré en el lavavajillas. Me imagino que querrás ver el apartamento. ¿Has traído tus cosas?

Hank amontonó los platos en el fregadero, se secó las manos en un paño y luego se giró hacia la mujer que lo observaba con ojos ávidos.

«No me mires así, cariño», quiso decirle. Pero no estaba seguro de que ella supiera lo fácil que le resultaba interpretar su tórrida mirada.

—Sí, me gustaría verlo. Y sí, he traído mis cosas.

—Entonces, vamos. Te enseñaré tu nueva casa

—Susan se volvió y señaló con el índice a sus dos perros, que los habían seguido entusiasmados hasta la puerta trasera—. No, Fred. Ricky y tú no podéis acompañarnos. Os quedaréis aquí.

—¿Fred y Ricky? —Hank dejó escapar una risita mientras observaba a los animales

—Unos nombres curiosos.

Tras subir las escaleras del apartamento, Susan abrió la puerta, entró y encendió la luz.

Hank inspeccionó toda la habitación con una sola mirada. Acogedor. Limpio.

Pequeño. Su apartamento de Alexandria era tres veces mayor. Probablemente se sentiría constreñido al principio, pero acabaría habituándose.

—Es bonito.

—Ya sé que es pequeño. Pero tiene un dormitorio aparte y un bonito aseo con ducha. Además, la entrada es independiente.

—¿ay algún motivo para que creas que deseo una entrada independiente?

—Pues no, la verdad es que no —Susan se sonrojó levemente—. Lo decía por si alguna vez decides traer compañía…

—¿Compañía femenina, quieres decir?

—Sí, compañía femenina. Vas a vivir en Crooked Oak un año entero, así que imagino que saldrás de vez en cuando.

—De vez en cuando —repitió él. Luego cruzó los brazos y miró directamente a Susan—. ¿Te importaría, como mi casera, claro, que trajera mujeres al apartamento?

Al parecer, la pregunta la pilló desprevenida. Abrió la boca para responder, pero luego la cerró y se aclaró la garganta.

—No es asunto mío si decides traer aquí a las mujeres con las que salgas.

—¿A pasar la noche? —Hank sabía que debía avergonzarse del placer que sentía al fustigar así a Susan. Parecía verdaderamente apurada.

—Hank, yo… yo…

—Seré muy discreto.

—Gracias. Te lo agradecería.

—Si quieres puedo llevar a la mujer en cuestión a tu casa para que le eches un vistazo. Si la apruebas, se quedará a pasar la noche. Si no, la llevaré a su casa.

Susan se quedó mirándolo, sin habla, durante varios segundos antes de echarse a reír.

—¡Hank Bishop, debería despellejarte vivo! ¡Me estabas tomando el pelo! —

riéndose como una colegiala, avanzó hacia él y le dio una palmadita en cada brazo.

El prorrumpió en carcajadas y la abrazó. En ese momento,

bruscamente, las risas cesaron, y Hank se percató de lo íntimamente que la estaba abrazando, de lo quieta que ella se había quedado de pronto.

Bajó la mirada para ver sus ojos en el mismo instante en que Susan alzaba la cabeza para mirarlo a él. Sólo pudo percibir el deseo que se reflejaba en aquellos hermosos ojos azules, la tentación que constituían aquellos labios suaves y rosados.

Ella deseaba besarlo, ¿verdad? Si no, ¿por qué lo miraba de aquel modo?

Sería lo más fácil del mundo tomarla en brazos y llevarla al dormitorio. Pero un hombre no se acostaba con Susan a menos que estuviera dispuesto a ofrecerle un compromiso. El compromiso de una vida junta.

Hank le posó un beso suave en la frente y a continuación la soltó.

—Será mejor que vaya por el equipaje. Aparte de la maleta, he traído un par de cajas llenas de trastos.

—¿Necesitas ayuda?

—No quiero que levantes peso —dijo él—. Aunque aún no se te note, estás embarazada.

—El doctor Farr dice que estoy sana como un caballo.

—¿Quién es el doctor Farr?

—Mi ginecólogo.

—¿Y cuándo lo has visitado?

—Hoy ha sido la primera vez. Tengo otra cita dentro de un mes. Y, alrededor del quinto mes, me dirán si es niño o niña.

—De modo que el doctor Farr dice que estáis bien. Tanto tú como el niño.

—Perfectamente.

—¿Qué prefieres que sea, niño o niña? —preguntó Hank.

—Lo cierto es que no me importa. Lowell y yo nos alegramos tanto con la noticia del embarazo…

—Un pesado silencio se cernió entre ambos durante varios segundos. Por fin Susan sonrió y siguió diciendo—: Cuando quieras acompañarme a una de las citas con el médico, serás bienvenido. Bueno, será mejor que te deje para que puedas subir tus cosas. Ha sido un día muy largo y estoy agotada. ¿Hasta mañana, pues?

—Espera, te acompañaré…

—No será necesario. Conozco el camino.

Hank permaneció en lo alto de las escaleras y la observó hasta que hubo entrado en la casa.

¿En qué diablos se había metido? No había previsto los sentimientos que le inspiraría Susan… ni el abrasador deseo que le provocaría…

Hank decidió que lo primero que haría tras instalarse sería buscarse a una mujer dispuesta. Sólo conseguiría mantenerse apartado de la viuda de Lowell mitigando su deseo… con otra persona.

Capítulo Cuatro

Hank llevaba ya dos semanas viviendo en el apartamento y empezaba a habituarse a la rutina del trabajo. Todas las mañanas todas las noches se acercaba a casa de Susan para verla, e incluso habían comido juntos un par de veces. Por lo demás, prefirió guardar las distancias. Todo el mundo en el pueblo esperaba que ocupase el lugar de Lowell, tanto personal como profesionalmente. Bien sabía Dios que deseaba capturar a su asesino. Y hacer su trabajo. Pero cuidar de la viuda de Lowell era una tarea harto complicada.

Si no la deseara tanto… Pero la deseaba. Y ahí estaba el problema.

Localizar al asesino de Lowell era la prioridad principal del departamento del sheriff.

Carl Bates parecía haberse desvanecido de la faz de la Tierra, pero Hank sabía que era sólo cuestión de tiempo que las pistas existentes acabaran revelando el paradero del traficante de drogas. Una vez que lo hubieran detenido, todo sería fácil. Dos agentes habían presenciado el asesinato de Lowell. Ningún jurado del mundo lo declararía otra cosa que culpable.

Aunque los deberes profesionales de Hank estaban claros, no sucedía lo mismo con sus obligaciones personales. Tenía la responsabilidad de velar por Susan. De protegerla, no de llevársela a la cama. Pero el hecho de verla a diario, aunque fuese brevemente, estaba haciendo estragos en su libido.

Mientras reunía los aparejos de caza y los cargaba en el Jeep que había adquirido de segunda mano, se planteó seriamente marcharse esa mañana sin ver a Susan.

Quizá ni siquiera se hubiese levantado aún. Sin embargo, una

ojeada a la casa le bastó para saber que ya estaba despierta. Las luces de la cocina estaban encendidas. Quizá pudiera tomarse una taza de café con ella y luego reunirse con Caleb para ir de caza. Así, al menos, no se sentiría culpable.

Hank llamó a la puerta trasera. Nadie contestó. Volvió a llamar. Nada. Luego oyó unos fuertes y repentinos ladridos, obviamente emitidos por Ricky y Fred. Se asomó por el recuadro de cristal de la puerta e inspeccionó la habitación. Estaba vacía, salvo por los dos perros que miraban hacia la puerta trasera con aire receloso.

Quizá Susan había vuelto a acostarse y había olvidado apagar la luz. Se llegaría a verla por la noche, cuando regresara.

Hank se dio media vuelta y se dirigió hacia el Jeep, sintiéndose un tanto aliviado. Si no la veía esa mañana, quizá pudiera pasar el día sin pensar en ella. No le gustaba la maldita obsesión que tenía con la viuda de Lowell. Jamás había permitido que nada ni nadie influyeran en su manera de vivir.

¡Diablos! ¿A quién trataba de engañar? Susan no se estaba mostrando exigente en ningún aspecto. Todo lo contrario. Parecía percibir su reticencia, sus reservas, y jamás le pedía nada.

Era él quien tenía el problema, no Susan.

—¿Hank?

Al oír su voz, él se giró rápidamente y miró hacia la puerta abierta de la cocina.

Vestida sólo con un camisón, Susan permanecía tras la jamba, con la cara pálida y el cabello despeinado. Ricky y Fred salieron al porche para protegerla, lanzando a Hank una advertencia en forma de gruñido.

—Buenos días. Lamento haberte despertado —Hank no se movió. Apenas podía respirar. No podía entrar a tomar un café con una mujer en camisón. Al menos, no con aquella mujer.

—Ya llevo un rato despierta —Susan se agarró al marco de la puerta y cerró los ojos—. Estoy llevando muy mal lo de las náuseas matutinas. Estaba en el aseo cuando llegaste.

¿Náuseas matutinas? Sí, claro, las mujeres embarazadas solían vomitar a menudo durante los primeros meses. Aunque Hank tenía limitados conocimientos acerca del embarazo, recordaba haber oído que comer galletas de soda ayudaba a combatir las nauseas.

—¿Has tomado galletas de soda? —preguntó.

—Sí, pero no me ha servido de nada —Susan abrió los ojos lentamente e intentó sonreír.

—¿Por qué no llamas al médico para que te recete algo?

—Tendré que hacerlo si la cosa empeora.

—¿Puedo ayudarte en algo? —inquirió Hank, esperando que ella dijese que no.

—No. Gracias —Susan se fijó en la escopeta y en los arreos de caza cargados en el Jeep—. ¿Vas de caza?

—Sí. Caleb y yo hemos pensado que será una buena manera de pasar algo de tiempo juntos. Volveré esta noche. Si no llego demasiado tarde, vendré a verte.

—No tienes por qué. Estaré perfectamente… —Susan dio una boqueada, se tapó la boca con la mano y entró corriendo en la casa. Ricky y Fred la siguieron.

Demonios Otra vez se había puesto mala.

«Se recuperará» se dijo Hank. «Ella misma lo ha dicho. No necesita que te quedes y hagas de enfermera. Vete de una vez.»

Hank se subió en el Jeep, introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor.

Permaneció allí sentado durante un par de minutos, mientras el sol de la mañana extendía su manto de luz e iluminaba el nuevo día.

«A qué esperas? Márchate, maldita sea. ¡Márchate! ».

Detuvo el motor, se guardó las llaves en el bolsillo y se apeó del Jeep. A continuación subió al porche.

«Eres un idiota, Bishop.»

Después de entrar en la cocina, cerró la puerta y salió al pasillo.

—¿Susan?

Ella no contestó, sino que emitió un gemido.

Hank prefería vérselas con una manada de lobos antes que entrar en el cuarto de baño. Al verla de rodillas delante del inodoro, se detuvo bruscamente en la puerta.

Maldición, parecía tan vulnerable…

—¿Susan?

Ricky y Fred le olfatearon las piernas. Hank los rebasó con cuidado.

Susan alzó la cabeza y lo miró con ojos lagrimosos. Un fuerte nudo se le formó en la boca del estómago. Ella abrió la boca para

hablar, pero se giró de repente y vomitó otra vez.

—¿Qué puedo hacer, cariño? —inquirió Hank.

Susan tomó un pañuelo de papel y lo utilizó para limpiarse la boca. Luego lo arrojó al inodoro y tiró de la cadena.

—¿Puedes darme una toalla húmeda?

—Desde luego —a desgana, Hank entró en el espacioso cuarto de baño y buscó en el armario. Tras hallar una toalla en el lado derecho, la humedeció en el lavabo y echó una nueva ojeada a Susan. El sudor penaba su pálido semblante y empapaba el camisón. Tenía una mirada suave y suplicante en los ojos.

Hank se arrodilló a su lado, le tendió la toalla y resistió la tentación de limpiarle la cara él mismo.

—Gracias —tras limpiarse, Susan puso la toalla en el lavabo y se rodeó el vientre con los brazos.

—¿Sigues sintiéndote mal?

Ella asintió.

—Tengo calambres.

—¿Y eso es normal?

—Que yo sepa, no —Susan le tendió la mano—. Ayúdame a levantarme, por favor.

Será mejor que llame al doctor Farr.

—¿Crees que algo va mal?

—Aparte de los calambres, no dejo de vomitar, Oh, Hank, estoy muy preocupada.

El la levantó y la abrazó.

—Todo irá bien, cariño. Acuéstate. Yo llamaré al doctor Farr.

—El número está junto al teléfono de la mesita de noche —dijo Susan—. Tendrás que dejarle el recado en el contestador.

Hank la llevó a la cama, se sentó y descolgó el auricular del teléfono. Seguidamente abrió la libreta situada en la mesita y marcó el número del ginecólogo. Mientras sonaban los tonos de la llamada, miró por encima del hombro a Susan.

—Tienes calambres y vomitas sin cesar. ¿Algo más?

—No, creo que eso es todo.

En cuanto se activó el contestador automático,

Hank explicó la situación y pidió al médico que devolviera la llamada inmediatamente.

Susan levantó la cabeza y la apoyó en el brazo de Hank. El dio

un salto.

—Gracias. Si quieres seguir con tus planes e irte con Caleb, por mí está bien.

Seguro que el doctor Farr llamará enseguida.

—Oh, demonios, me había olvidado de Caleb. Tengo que llamarlo para decirle que… ¿Tienes conectado el servicio de llamada en espera?

—Sí.

Hank se quitó del brazo la mano de Susan y le dio un apretón suave y tranquilizador.

—No me iré hasta que esté seguro de que te encuentras bien —dijo mientras marcaba el número de su hermano.

—¿Sí? —respondió Caleb.

—Soy yo —dijo Hank—. No puedo ir. Susan se ha puesto enferma. Estamos esperando a que el médico nos llame.

—¿Qué le pasa?

—Tiene calambres. Y vomita continuamente.

—¿Quieres que Sheila y yo vayamos? —preguntó Caleb.

—No, gracias. Creo que podremos arreglárnoslas. Te llamaré luego.

—Claro.

Susan se deslizó hasta el borde de la cama e intentó levantarse. Hank colgó el auricular rápidamente y luego la agarró del brazo.

—Otra vez me siento mal —explicó ella.

—Ten ánimo, cariño —Hank la tomó en brazos y la llevó al cuarto de baño. En cuanto la dejó en el suelo, Susan se inclinó sobre el inodoro y yació su estómago.

—Dios mío, Hank —boqueó intentando inhalar aire—. Me siento tan mal…

Sosteniéndola por la cintura con un brazo, Hank alargó el otro y abrió el grifo del lavabo para humedecer la toalla. Tras limpiarle la cara y la barbilla, volvió a dejar la toalla en el lavabo.

—No voy a esperar a que el médico nos llame. Te llevaré a urgencias ahora mismo.

Ella asintió, pero muy levemente, Como si el movimiento le causara dolor.

—Me parece una buena idea —se aferró a la camisa de Hank—. Tengo miedo. Temo que le pase algo al niño. ¿Y si…? —Tragó

saliva para contener las lagrimas—. ¿Y si aborto?

—Nos vamos al hospital. Llamaré de nuevo al doctor Farr para pedirle que se reúna allí con nosotros —Hank llevó a Susan hasta el tocador y la entró—. Quédate aquí.

Iré a buscarte un abrigo y unos zapatos. No te muevas. Luego te llevaré en brazos al coche.

Mientras iban camino del hospital, Hank no dejó de pensar en la posibilidad de que Susan pudiera abortar. Luego, los interminables minutos en la sala de espera se le antojaron horas. ¿Por qué diablos tardaban tanto?

—Ya puede pasar, sheriff Bishop —anunció por fin la enfermera —. El doctor Farr ha terminado de examinar a la señora Redman, ella pregunta por usted.

Hank titubeó un momento. ¿Y si había perdido el bebé? Sin pérdida de tiempo, abrió la puerta y vio a Susan sentada en el borde de una camilla. Ella alzó los ojos y le sonrió. Eso sólo podía significar una cosa. Hank sintió como si le propinaran un golpe en el vientre con un puño de acero.

«No ha perdido el bebé, gracias a Dios!»

—El niño se encuentra bien —dijo Susan.

—¿Y tú? —quiso saber Hank.

—Susan se recuperará sin problemas —declaró el doctor Farr—. Ha pillado un virus estomacal que le ha producido calambres y vómitos ininterrumpidos. No hay nada que temer. Le hemos puesto una inyección que mitigará los síntomas del virus.

Deberá tomar mucho líquido y descansar —el doctor Farr se volvió hacia Susan—.

Si por la tarde no se siente mejor, iré a casa a visitarla.

—Si promete algo así, es que está muy seguro de que me pondré bien —bromeó ella entre risas.

El doctor Farr le dio a Hank una palmadita en el hombro mientras lo acompañaba a la puerta.

—Me alegra que esté cuidando de Susan. Necesitará la ayuda de un buen hombre durante los próximos siete meses.

Hank asintió con una sonrisa forzada.

—Ese ha hecho demasiado tarde para que vayas de caza con Caleb —preguntó Susan—. Me siento fatal por haber impedido que disfrutéis de un día en el campo.

Hank entornó los ojos.

—Había olvidado que no eres partidaria de la caza.

—Bueno, cualquiera que desee matar pobres e indefensos animales tiene derecho a hacerlo. Lo que no entiendo es cómo la gente puede disfrutar con ello.

Hank descolgó el abrigo de Susan de la percha y se lo echó sobre los hombros.

—Vamos, futura madre. Volvamos a casa.

Hank abrió dos latas de comida de gato y las vació en los pequeños cuencos de cerámica con los nombres de Lucy y Ethel. Las gatas de Susan observaron y aguardaron sin acercarse a los cuencos hasta que Hank se retiró para sacar el saco de pienso de la despensa. Fred y Rick yacían echados en la alfombra situada junto a la mesa de la coma, observando atentamente los inmaculados platos de metal con sus nombres.

Mientras la acostaba un rato antes, Susan le había pedido que les echara de comer a los animales alrededor de las seis.

Hank se lavó las manos y seguidamente se sirvió una taza de café recién hecho.

Tras regresar al salón se relajó en la enorme butaca y subió el volumen del televisor para oír las noticias.

Había pasado la tarde viendo un partido de fútbol y echando una ojeada a Susan de vez en cuando.

—¿Hank?

Dio un salto al oír su voz. El corazón se le aceleró. Se levantó y corrió por el pasillo.

Tras abrir ligeramente la puerta, se asomó al dormitorio. Susan estaba sentada en la cama, apoyada en las almohadas. Había recuperado el color y sonreía.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Hank.

—Mucho mejor, gracias.

—Tienes buen aspecto —Hank abrió del todo la puerta, pero no entró en la habitación—. ¿Necesitas algo?

—¿Has estado aquí todo el día?

—Sí.

—No tenías por qué haberte quedado.

—Pero preferí hacerlo —reconoció él—. Por si me necesitabas. Al fin y al cabo, por eso, entre otros motivos, estoy en Crooked Oak.

Para cuidar de ti.

—¿Qué has hecho para matar el tiempo?

—He visto un partido de fútbol —por qué diablos tenía que tener tan buen aspecto?

Con el cabello desarreglado y sin una gota de maquillaje en la cara, parecía sumamente dulce y sexy. Sí, por eso era… Por eso la encontraba tan atractiva. Por aquella combinación contradictoria de dulzura, inocencia y tentadora sensualidad.

Probablemente no tenía idea de lo atractiva que era. Ni de lo mucho que él la deseaba—. Ah, sí. Y le he echado de comer al zoo.

—¿Al zoo? —Susan emitió una risita—. ¿Llamas zoo a dos perros y dos gatos? Si de verdad quieres ver un zoológico, pásate por el refugio alguna vez.

—Trabajar con tantos animales no te acarreará ningún problema, ¿verdad? Quiero decir, al estar embarazada. He oído que algunos transmiten enfermedades, sobre todo los gatos.

—Es cierto. Pero ahora Scooter hace la mayor parte del trabajo en el refugio. De todos modos, agradezco que te preocupes por mí.

—Pues claro que me preocupo. Eres la mujer de Lowell y una de las mejores amigas de Tallie.

«Eso es, Bishop. Déjale bien claro que no sientes nada personal por ella.»

—Sí, soy la viuda de Lowell —dijo Susan con voz serena—. Siento mucho que mi embarazo te haya complicado la vida, Hank.

—No es culpa tuya. Ninguno de nosotros sabía que Lowell sería asesinado —

maldición, la conversación empezaba a resultarle incómoda—. Aunque no hubieras estado embarazada, probablemente habría accedido a regresar al pueblo para finalizar el trabajo de Lowell. Deseo que su asesino sea detenido y castigado —

Hank se metió las manos en los bolsillos y se meció sobre sus talones—. Bueno,

¿necesitas algo?

—Tengo hambre.

—¿Hambre?

—¿Puedes prepararme un puré de patatas? Siempre que enfermaba de niña, tía Alice me preparaba puré.

—No soy buen cocinero, pero si eso es lo que te apetece, lo

intentaré.

—Gracias.

Hank deseó que Susan no lo mirase agradecida con aquellos enormes ojos azules.

No deseaba prerar1e una comida… sino hacerle el amor.

—Tardaré un rato —dijo—. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias. Creo que podré ir al lavabo sola

—Susan retiró la sábana y se levantó apoyándose n ambas manos en el borde de la cama. El camizon cayó hasta sus tobillos, cubriendo el suave satén de su piel desnuda. Hank sintió que su miembro viril se tornaba rígido y pesado. Se giró rápidamente y salió del dormitorio.

—Volveré con el puré en cuanto pueda —gritó desde el pasillo.

Susan sacudió la cabeza, sintiendo una mezcla de tristeza y de diversión. ¡Hank Bishop le tenía miedo! La revelación la sorprendió. Le tenía el mismo miedo que ella siempre le había tenido a él. Pero, ¿por qué? ¿Qué peligro representaba ella para Hank?

«No desea ser padre» le recordó una voz interior. «Y tú estás embarazada de él.»

—No desea amar a este hijo —se dio una palmadita en el vientre conforme se dirigía al cuarto de baño—. Teme encariñarse conmigo o con el bebé.

Justo mientras acababa de utilizar el aseo, Susan oyó el Jeep de Hank. ¿Adónde iría? No había dicho que pensara marcharse.

Se echó un vistazo en el espejo e hizo una mueca de disgusto.

«Necesito darme un baño»

Pero se sentía débil como un gatito. ¿Y si se caía en la ducha?

Tras asearse rápidamente en el lavabo con una esponja, Susan se cepilló los dientes, se peinó y se cambió de camisón. Cuando se hubo sentado en la mecedora situada junto a la ventana del dormitorio, oyó de nuevo el Jeep. Fred y Ricky ladraron un par de veces, y Hank les regañó.

Susan esbozó una sonrisa. Su voz era dura y masculina, pero ella sabía por propia experiencia que, al igual que Fred y Ricky, era perro más ladrador que mordedor.

Quizá aún no la quisiera ni a ella ni a su hijo, pero en aquellos momentos estaba en la cocina, preparándole algo de comer. Confortándola. Cuidándola. Dudaba que alguna vez hubiera hecho

algo semejante por otra mujer.

Susan volvió a sonreír. Era una sonrisa de satisfacción. Roma no se construyó en un día, se dijo. Vencer sus propios temores y los de Hank llevaría algún tiempo, pero era necesario, por el bien del hijo que llevaba en su interior.

Oyó que llamaban suavemente a la puerta del cuarto.

—¿Sí?

—El puré de patatas está listo —comunicó Hank.

—Estupendo. Me muero de hambre. Pasa.

—Es precocinado —confesó él—. Fui a los ultramarinos de la esquina a comprarlo.

He seguido las instrucciones al pie de la letra, pero creo que ha quedado algo grumoso.

—Seguro que está delicioso —dijo ella consiguiendo no echarse a reír. Alzó la cuchara, y el puré permaneció pegado a la superficie del utensilio Susan se quedó mirando el amasijo de patata.

—¿Le pasa algo?

—Oh, no. Está estupendo —Susan se acercó la cuchara a la boca y lamió la espesa y blanquecina masa. Aparte de los grumos, lo cierto era que no había mal. Claro que estaba muerta de hambre…

Hank permaneció de pie a su lado, observándola mientras engullía varios bocados, y por fin se relajó.

Hombres, se dijo Susan. Quizá ni él mismo era consciente de hasta qué punto deseaba complacerla. De lo importante que era para él su aprobación.

Comió la mitad del puré precocinado y luego le pasó el tazón a Hank.

—Estaba delicioso, pero creo que mi estómago no admite ni una cucharada más.

Gracias por ser tan bueno conmigo, Hank.

¿Acaso era rubor lo que teñía de pronto sus mejillas?, se preguntó Susan. ¡Sí, lo era! Había conseguido que se sintiera apurado.

Sonrió, apenas incapaz de reprimir la risa que pugnaba por salir al exterior.

Al darle el tazón, Susan permitió deliberadamente que sus manos se rozaran. Un contacto electrizante, estremecedor. Hank la miró a los ojos y, por un efímero instante, ella pensó que la besaría.

Pero se limitó a tomar el tazón y a retroceder rápidamente.

—Arreglaré la cocina y después me iré a…

—¿Hank?

—¿Sí? —Él interrumpió su brusca retirada.

—Sé que sería una especie de imposición, pero… bueno, ¿te importaría quedarte aquí a pasar la noche? Hay cuatro dormitorios arriba. Puedes escoger el que quieras.

—¿De veras necesitas que me quede? Estamos prácticamente puerta con puerta.

Podrías llamarme…

—Es cierto. Olvídalo. Supongo que sólo estoy nerviosa tras el susto de hoy.

—Puedo quedarme un rato más, si así te sientes mejor.

—De acuerdo. Gracias. Y lamento mucho haberte pedido que te quedes a pasar la noche. Me hice la promesa de no constituir una carga para ti. Y mírame.

Embarazada de tan sólo dos meses y ya empiezo a exigirte cosas…

—Pedirme que me quede a pasar la noche no es ninguna exigencia —dijo Hank de espaldas a ella—. Si así te sientes más tranquila, me quedaré.

—No tienes por qué hacerlo. De verdad.

—Decidido. Me quedo —dicho esto, Hank salió del dormitorio.

Fin de la discusión. Susan sonrió y se rodeó el vientre con los brazos.

—Tu papá va a pasar la noche con nosotros, cariñito mío.

Capítulo Cinco

Lo mejor para quitarse a una mujer de la cabeza era otra mujer, se dijo Hank.

Estaba permitiendo que Susan se acercara demasiado a él. Pensar en ella ocupaba gran parte de su tiempo, y eso era peligroso. Si no ponía algo de distancia entre ambos, no sabía lo que podría ocurrir.

Por eso permitió que Richard Holman, su ayudante, le concertara una cita a ciegas.

Hank se echó a reír. ¡Dios santo, sí que debía de estar desesperado! Jamás había acudido a una cita a ciegas, ni siquiera en el instituto. Pero un hombre siempre hacía lo que era preciso.

Afortunadamente, Kendra Camp resultó ser una mujer increíblemente atractiva.

Alta y de piernas esbeltas. Ni demasiado mayor ni demasiado joven. De unos treinta años, calculó Hank. Divorciada y sin hijos.

La había llevado a Marshallton a cenar y a bailar. Y fue ella la que sugirió que la invitara a su casa. Al llegar, Hank introdujo la llave para abrir la puerta. Kendra le sonrió y lo besó. El la atrajo hacia sí para profundizar el beso.

Ella se retiró por fin.

—Quizá sea mejor que entremos.

—Sí, será lo mejor.

Hank encendió las luces, se guardó las llaves en el bolsillo y luego ayudó a Kendra a quitarse el abrigo. Mientras lo dejaba, junto al suyo, en una si ha cercana, ella se despojó de los zapatos y se arrellanó en el sofá.

—¿Quieres algo de beber? —Preguntó Hank—. ¿Cerveza o whisky?

—Cerveza, por favor —Kendra paseó la mirada por el apartamento—. ¿No te agobias en un sitio tan pequeño?

Hank abrió el frigorífico, extrajo dos botellas de cerveza y les quitó las chapas.

—¿Quieres tomarla en vaso? —vio que ella negaba con la cabeza y formaba con los labios un «no»—. Es la mitad de grande que mi apartamento de Alexandria, pero me conviene vivir cerca de Susan. Así puedo verla a diario y me tiene al lado si me necesita.

—Susan es la viuda de Lowell Redman, ¿verdad? He oído decir que está embarazada. Debe de haber sido muy duro para ella perder así a su marido —

Kendra tomó la cerveza que le ofrecía Hank.

El se sentó a su lado, se acercó la botella a los labios y tomó un generoso trago.

¿Por qué demonios había mencionado a Susan? La cita con Kendra debía servir, en teoría, para ayudarle a quitarse de la cabeza a la tentadora señora Redman

—Tiene muchos amigos —dijo Hank—. Mucha gente que la quiere. Ella y el niño estarán bien.

—Desde luego, es afortunada al tenerte a ti —Kendra dejó la cerveza en la mesa, se acercó a Hank, le echó el brazo por los hombros y esbozó una sonrisa seductora —. Y, por lo que he oído, también el condado de Marshall ha tenido suerte. Pocos hombres aceptarían dejar temporalmente el FBI para venirse a un pueblucho como éste a cuidar a la viuda de su mejor amigo.

—Lowell y yo fuimos amigos inseparables desde niños. Incluso me salvó la vida una vez cuando éramos adolescentes. Hubiera hecho cualquier cosa por él.

Kendra se pegó aún más a Hank, apretándose contra su cuerpo, ladeando la cabeza de modo que casi le rozaba los labios con los suyos.

—Bueno, yo al menos me alegro de que hayas vuelto a Tennessee. Creo que voy a disfrutar teniéndote cerca.

Hank soltó la cerveza junto a la de ella. Más que preparado para aceptar lo que Kendra le ofrecía, la estrechó entre sus brazos. Conforme reclamaba sus labios, la tumbó sobre los almohadones de plumas del sofá. En ese momento, oyó unos golpes leves en la puerta y una voz femenina que pronunciaba su nombre; pero antes

de que Hank pudiera separarse de Kendra, Susan abrió la puerta y entró en la habitación.

—Oí el ruido del coche se me ha ocurrido venir para preguntarte si quieres… —

Susan se detuvo, petrificada, después de haber avanzado unos cuantos pasos. Las mejillas se le tiñeron de un rojo intenso. Comenzó a retroceder hacia la puerta—.

Oh, lo siento mucho. No sabía que estuvieras con… Por favor, disculpad que os haya molestado —se dio media vuelta y huyó.

Hank prácticamente tiró a Kendra al suelo al saltar del sofá para ir tras Susan.

Kendra emitió un fuerte chillido mientras se aferraba a los brazos del sofá para levantarse. Sin embargo, cuando Hank llegó a las escaleras, Susan ya había desaparecido. El ruido de la puerta trasera de la casa al cerrarse resonó en sus oídos.

¡Maldición! Hank permaneció allí de pie unos segundos, tratando de decidir qué hacer. Las dos mujeres estarían probablemente furiosas con él, no se les podía reprochar. Debió haber avisado a Susan de que tenía una cita esa noche. ¡Y debió haber cerrado con llave la maldita puerta! En fin, tendría que disculparse con Kendra por haberla dejado sola tan bruscamente. Había actuado por puro instinto cuando echó a correr tras Susan.

Al entrar de nuevo en el apartamento, vio que Kendra se estaba poniendo el abrigo.

¡Infiernos, había metido la pata hasta el fondo! Poniendo su mejor cara de disculpa, la miró y sintió cierto alivio al ver que ella le sonreía.

—Lo siento —dio un par de pasos vacilantes hacia ella—. No tienes por qué marcharte.

—Desde luego que sí —Kendra alargó la mano y le acarició la mejilla—. Me gustas, Hank, pero tengo por norma no salir con hombres que ya están involucrados sentimentalmente con alguien.

—Eh, espera un momento —protestó él—. No estoy involucrado sentimentalmente con…

Kendra lo silenció posándole el dedo índice en los labios.

—Sí que lo estás. Quizá aún no te hayas dado cuenta. Pero para mí es evidente.

Susan Redman sintió algo más que apuro al encontrarnos

besándonos en el sofá.

Estaba enojada y celosa. Créeme, las mujeres percibimos esas cosas.

—Te equivocas. Susan no me…

Kendra se echó a reír.

—Sí. Igual que tú a ella. De lo contrario, no me habrías dejado de lado para seguirla.

—Me preocupaba que pudiera sentirse disgustada —explicó Hank con voz poco convincente—. Está en estado, y…

Kendra le dio un rápido beso.

—Vamos. Llévame a casa. Cuando vuelvas, se habrá tranquilizado y podrás hablar con ella.

—No tengo por qué explicarle a Susan mis actos —Hank se coló el abrigo—. Soy dueño de mi vida —siguió a Kendra al exterior, cerró la puerta y bajó las escaleras detrás de ella—, Sor libre de hacer lo que quiera con quiera —ayudó a Kendra a subirse en el Lexus, rodeó el capó se sentó al volante—. Ella no tenía derecho a irrumpir de ese modo.

—Vá Claro —lo único que dijo Kendra mientras él arrancaba el coche y daba marcha atrás.

Media hora más tarde, tras dejar a Kendra en la puerta de su casa, Hank aparcó el coche y permaneció un rato sentado tras el volante, mirando hacia las ventanas traseras de Susan.

¿Por qué debía importarle lo que ella pensara? No era asunto suyo si decidía tontear con todas las mujeres del condado de Marshall. Y había sido ella quien había entrado en el apartamento, sin avisar y sin ser invitada.

Susan se había ido corriendo porque se sintió avergonzada, simple y llanamente.

Kendra se equivocaba al pensar que había sentido celos. La sola idea era ridícula.

¿O no?

Si él deseaba a Susan, ¿era impensable que ella lo deseara a él? ¡Pero era la mujer de Lowell, por el amor de Dios! La viuda de Lowell, se corrigió inmediatamente.

Pero seguía amándolo. De eso estaba seguro.

«Y qué más da que siga amando» a Lowell le susurró una voz interior. «Eso no significa que no tenga necesidades. Que no te

desee tanto como tú la deseas a ella.»

«No entres ahí. Bishop» se advirtió a sí mismo. «Se trata de Susan Redman. Si te la llevas a la cama, esperará de ti un compromiso. Y Hank Bishop no es hombre de compromisos.»

Se apeó del Lexus y se dirigió hacia el garaje. Entonces se detuvo bruscamente al oír abrirse la puerta trasera de Susan y pasos en el porche. «No te vuelvas» se dijo.

«Sigue andando. Finge que no has oído nada.»

—Hank.

¡Maldición!

—¿Sí? —dijo él sin volverse.

—Lamento mucho lo sucedido. No sabía que estabas acompañado.

—Debí haberte avisado.

—Espero que le explicaras a tu amiga quién soy y cuál es nuestra relación. No quisiera que malinterpretase el motivo por el cual entré en tu apartamento de ese modo.

Hank se giró lentamente y la miró. Susan había dejado apagada la luz del porche, y sólo la luz de la cocina iluminaba su cuerpo. Llevaba puesta una bata de seda y el pelo suelto sobre los hombros.

El cuerpo de Hank se tensó.

¿Cómo diablos había podido meterse en semejante situación?, se preguntó por enésima vez. No podía irse y dejarla allí con la palabra en la boca.

—Siento no haber tenido ocasión de presentaros —dijo—. Se llama Kendra Camp.

Es enfermera. Trabaja con la mujer de Richard Holman. Richard y su esposa arreglaron la cita.

—Ha sido muy amable por su parte —Susan se abrazó a sí misma y se pasó las palmas de las manos por los brazos.

—Sí, desde luego —Hank dio un paso vacilante hacia ella—. ¿Tienes frío? Quizá deberías entrar, antes de que…

—¿Por qué no me dijiste esta mañana que hoy tenías una cita?

—Supongo que se me pasó.

«Mentiroso» Se lo ocultaste deliberadamente.» Pero, ¿por qué? Diablos, no lo sabía! No estaba acostumbrado a reflexionar sobre la naturaleza de sus actos ni a justificarlos ante nadie.

—De haberlo sabido, no hubiera… no hubiera irrumpido de esa

manera —Susan tiritó levemente.

Hank salvó la distancia que los separaba, le echó el brazo por los hombros y la guió hacia la puerta.

—Entremos, cariño. Vas a congelarte aquí fuera.

Susan se sentía como una completa estúpida. Había invadido la intimidad de Hank como si tuviera derecho a hacerlo. Y los había interrumpido a él y a su amiga mientras se besaban apasionadamente en el sofá. Al recordarlo, la ira y los celos que había experimentado volvieron a avivarse en su interior.

Pero no tenía ningún derecho sobre Hank. Al fin y al cabo, no era su marido ni su amante.

Susan dejó que Hank la metiera en la casa y la sentara a la mesa de la cocina. El le retiró un mechón de cabello que le tapaba el ojo izquierdo. Ella respiro hondo. El retiró la mano. Ella alzó la vista para mirarlo, pero antes de que puchera leer la expresión de sus ojos negrosél se alejó.

—¿Y si nos tomamos un chocolate caliente? —sugirió Hank.

—Prepararé un par de tazas.

—Tú quédate ahí, futura madre. Sé dónde está todo.

Mientras Hank se atareaba preparando el chocolate, Susan se quitó la bata y la terció en el respaldo de la silla. Debajo llevaba un cálido camisón de manga larga.

Nada sexv ni provocativo.

No quería parecerle sexy ni provocativa a Hank Bishop en absoluto.

«Mentirosa» se burló su conciencia. «Aunque la idea de ganarte la atención de Hank te sigue aterrando, no puedes negar el hecho de que lo deseas… ahora más que nunca.»

Y él seguía siendo tan peligroso como siempre.

¿Tendría ella el valor necesario para arriesgarse a perder su corazón y su orgullo por aquel hombre? ¿Podía, siendo una mujer adulta, ignorar los consejos de tía Alice y aceptar sus sentimientos? ¿Podía perseguir lo que siempre había deseado y dejar que la pasión predominara sobre su sentido común?

—Aquí tienes. Un chocolate caliente —Hank le colocó el tazón delante, en la mesa.

—¿Qué? —La voz de él la sacó de la brumosa neblina de sus pensamientos—. Ah, sí. Gracias, Hank —forzando una sonrisa, tomó

el tazón con ambas manos.

Hank retiró una silla, se sentó, cruzó las piernas y se llevó su tazón a los labios.

Tomó unos cuantos sorbos mientras observaba a Susan por encima del borde de cerámica.

—Pruébalo —le dijo.

Ella probó el chocolate. De inmediato sintió un agradable calor en la boca y en el estómago.

—Hank, quisiera pedirte disculpas otra vez. Espero que la señorita Camp no se marchase por mi culpa. Le explicaste cuál es la naturaleza de nuestra relación,

¿verdad?

Hank dejó el tazón en la mesa con más fuerza de lo que había pretendido. El oscuro y cremoso líquido se derramó por el borde.

—¿Y cuál es la naturaleza de nuestra relación? ¿Qué debí decirle a mi amiguita?

«Oh, no prestes atención al modo en que Susan ha salido corriendo del apartamento al vernos besándonos en el sofá. La viuda de Lowell y yo sólo somos amigos. No debes malinterpretar su reacción. No estaba celosa. No tiene motivos para estarlo. Verás, aunque Susan esté esperando un hijo mío… ¡nunca hemos tenido el más leve contacto sexual!»

Susan no pudo sino permanecer sentada, boquiabierta, mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Dios santo, Hank lo sabía. Sabía que había sentido celos al verlo abrazado a otra mujer. Y la tal Kendra Camp lo sabía también.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Lo que pensó ella? Que me puse celosa… —Susan dejó escapar una risotada fingida—. Sentí apuro, nada más…

Hank se levantó de la silla y rodeó la mesa con tal rapidez que Susan se quedó sin respiración. Se situó sobre ella, con el rostro tenso y la mandíbula apretada. Por un leve momento, Susan sintió miedo de él. Miedo de la furia que percibía en sus ojos negros.

—No me mientas —dijo Hank apretando los dientes.

Estaba enojado con ella. Pero, ¿por qué? ¿Porque se había sentido celosa? ¿Porque su reacción había ahuyentado a su amiga? ¿O porque intentaba ocultar lo que verdaderamente sentía?

—¿Qué quieres que diga? —inquirió Susan, con el corazón

latiéndole desenfrenadamente.

—Quiero que me digas la verdad —respondió él—. ¿No crees que va siendo hora de que ambos afrontemos la verdad y dejemos de fingir que no hay nada entre nosotros?

—Pero es que no hay nada —dijo ella moviendo la cabeza.

—Esperas un hijo mío. Creo que eso constituye…

—Un hijo que no debía ser tuyo —Susan se aferró al borde de la mesa con tanta fuerza, que los nudillos se le pusieron blancos—. Tú no deseas este hijo. Crees que le debes a Lowell el velar por mí hasta que mi niño haya nacido. Estás aquí porque intentas actuar de forma responsable.

Hank la tomó de la cintura con ambas manos y la obligó a levantarse. Ella se resistió momentáneamente, y luego se quedó inmóvil por completo.

—Todo lo que has dicho es cierto —dijo Hank sujetándole el rostro para obligarla a mirarlo—. Pero yo no hablaba del niño ni de Lowell. Hablaba de lo que ha habido entre nosotros desde que volví a Crooked Oak.

—No ha habido nada…

Hank le pasó el pulgar por los labios.

—He fingido que ese algo no existía. He luchado por negarlo. Pero negándolo no conseguiremos que desaparezca.

—Por favor —los ojos de Susan se habían llenado de lágrimas—. Por favor, no hagas esto.

El le besó la frente.

—¿Crees que deseo sentir lo que siento? —le besó una mejilla y a continuación la otra. Besos tiernos, dulces. Ella tembló de la cabeza a los pies—. ¿Crees que me resulta fácil admitir que deseo a la viuda de mi mejor amigo? ¿Que cada vez que te tengo cerca me excito pensando en hacerte el amor?

Susan abrió la boca para hablar, pero sólo consiguió emitir un jadeo ahogado. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y humedecieron las manos de Hank.

—Tú también me deseas, ¿no es así, cariño? Me deseas con tanta avidez como yo a ti.

—No puedo… no puedo… —antes de que Susan pudiera articular más palabras, los labios de Hank cubrieron su boca con un beso que no admitía negativas. Tórrido, salvaje, exigente. Le

presionó la nuca con una mano y con la otra la apretó contra sí, para que sintiera la dureza de su erección. Ella trató de resistirse, intentó valientemente rechazarlo, pero su cuerpo la traicionó. Su débil cuerpo hambriento de sexo se rindió por completo.

Había pasado una vida soñando con estar en los brazos de Hank Bishop. Lo había deseado desde adolescente. Había sentido envidia de las mujeres a las que acariciaba y besaba.

Lo había amado desde lejos, desde una distancia segura, preguntándose a qué sabrían sus labios, cómo olería su cuerpo, cómo sería tenerlo cerca.

Ahora lo sabía. Y la realidad excedía todas sus expectativas.

El beso se tomó más profundo e intenso, hasta que Susan pensó que se moriría de placer. Alzó los brazos y se aferró a Hank. Apretó los senos contra su duro pecho.

Permitió que él la alzara y le frotara la entrepierna con su rígido miembro.

Apenas reconoció el ronco y áspero sonido del jadeo que escapó de sus propios labios. Cuando él le cubrió un seno con la palma de la mano y lo apretó, Susan gimió de placer. La sensación la inflamó a pesar de la tela del camisón.

Estaba perdiendo rápidamente el control, al igual que Hank. Si no ponía fin a lo que sucedía, no habría vuelta atrás.

Hank iba a hacerle el amor.

Una guerra empezó a librarse en el interior de Susan, Una guerra entre el deseo y el sentido común.

«Él no te ama» se recordó a sí misma. «Sólo te desea. No puedes permitir que posea tu cuerpo. Que sea tu amante y luego te abandone.»

Cuando Hank empezó a recorrerle el cuello con los labios, acercándose más y más a los primeros botones del camisón, Susan comprendió que tenía que hacer algo para detenerlo. Nada le había resultado nunca tan difícil.

Lo apartó de sí y dijo:

—No, por favor. No puedo. No podemos. Lowell… Lowell sólo lleva dos meses muerto.

Sabía que mencionar a Lowell tendría en Hank un efecto inmediato. Y doloroso.

El la miró con furia, con los ojos empañados por la pasión.

Respirando con dificultad, se retiró de ella.

Luego, sin decir una sola palabra, se dio media vuelta, atravesó la cocina y salió por la puerta.

Susan se dejó caer en la silla antes de que las piernas le fallasen. Cruzó los brazos encima de la mesa y descansó en ellos la cabeza. Cuando comprendió lo cerca que había estado de cumplir su sueño de poseer a Hank Bishop, sollozó.

No sabía cuánto tiempo permaneció así, sentada y llorando a mares, pero por fin reparó en Lucy y Ethel, que ronroneaban a sus pies. Alargó la mano para acariciarlas y vio que Fred y Ricky permanecían sentados muy cerca, mirándola atentamente. A pesar de la presencia de sus animales, jamás se había sentido tan sola.

Se acarició el vientre. No, no estaba sola. Hank jamás le pertenecería, jamás la amaría, pero una parte de él sería suya para siempre. Su hijo.

Al día siguiente, Susan se hallaba sentada a la mesa de la cocina, tomando un tazón de cereales, cuando Hank llamó a la puerta. Susan no había esperado que se acercara a verla aquella mañana.

—Pasa —dijo—. Está abierta.

Hank abrió la puerta, pero no entró.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Sí, estoy bien.

—Sólo quería decirte que voy a buscarme otro apartamento —anunció él con la mirada fija en el suelo.

—Comprendo.

—He pensado que, después de lo de anoche, será mejor que no vivamos tan cerca

—Hank alzó la vista y la miró directamente—. ¿Estás de acuerdo?

—No… no lo sé —iba a perderlo del todo. Por haber tenido miedo de entregarse a él. Por haber utilizado a Lowell como excusa para no sucumbir a sus caricias.

Susan no soportaba la idea de que la abandonara.

«Mejor ahora que más adelante» se dijo. «Ahora sufrirás, pero más adelante, si os hacéis amantes y te abandona, quedarás completamente destrozada.»

—¿Estás sugiriendo que deseas que me quede? —inquirió Hank.

—Sí… No… —Susan se volvió para que él no pudiera verle los ojos—. Tienes razón.

Deberías buscar otro apartamento.

—Empezaré a buscar enseguida —dijo Hank—. Llamaré a la inmobiliaria para ver cuáles hay disponibles.

—La gente se preguntará por qué te trasladas.

—Habrá más rumores si me quedo, ¿no te parece?

—Sí —fue lo único que Susan alcanzó a decir.

—Si me necesitas…

—Te llamaré.

Hank se marchó rápidamente, dejándola sola. Susan deseó salir corriendo tras él, suplicarle que volviera, que no la abandonara. Pero no se movió. No movió ni un solo músculo. Apenas podía respirar.

«Es mejor así» se dijo. «Ya lo verás. Todo será más fácil cuando se haya ido»

Capítulo Seis

—¿Has metido los gatos en la jaula? —Preguntó Susan—. El señor Heffernan vendrá a recogerlos a las diez y media.

—Ya están listos —apoyándose en el palo de la escoba, Scooter Bellarny miró a Susan a través de los gruesos cristales de sus gafas —. El señor Heffernan tiene una granja muy grande, ¿verdad? Y un enorme cobertizo donde los gatos podrán resguardarse del frío y de la lluvia.

—Así es —le aseguró Susan—. Ya sabes que nunca dejaría a los gatos con alguien que no los tratara bien.

—Sí, lo sé —dijo Scooter—. Ah, le he dado al cachorro de cocker un baño. Así estará limpio cuando esa niñita venga a recogerlo hoy

—Gracias, Scooter. Ese cachorro es el regalo de cumpleaños de Carne Johnson. Su madre la traerá esta tarde, antes de la fiesta.

Susan se sentía afortunada al tener de ayudante a Scooter Bellamy. La gente solía decir que no era muy inteligente, y algunos incluso se mofaban de él. Pero Susan lo adoraba porque tenía un gran corazón. Y amaba a los animales tanto o más que ella. Tenía cuarenta años, era soltero y aún vivía con su madre viuda.

—Estaré en la oficina un rato —dijo Susan—. Tengo un montón de papeleo que poner al día—abrió las ventanas para permitir que la luz del sol caldeara el despacho. Después de colgar el abrigo de lana beige en la percha de la puerta, se sentó tras la mesa, sacó del cajón un rimero de cartas las colocó sobre el papel secante.

Había estado tan ocupada organizando la jornada de puertas abiertas de Navidad en el refugio, que había desatendido los demás asuntos. Pero la jornada de puertas abiertas se había convertido en un acontecimiento anual, y contribuía a encontrar hogares para los animales.

Susan agradeció a Dios el hecho de tener algo que la mantuviera ocupada… y la ayudase a no pensar en Hank Bishop. Aunque había compartido con la familia Bishop la cena de Acción de Gracias en casa del gobernador, Hank se mantuvo apartado de ella desde el incidente ocurrido en la cocina dos semanas antes. De hecho, la llamaba a diario en lugar de visitarla para comprobar su estado.

Susan a menudo lo observaba desde la puerta trasera del porche cuando se iba a trabajar por las mañanas, pero casi siempre estaba acostada cuando regresaba por la noche.

Ignoraba a dónde iba a Hank o con quién pasaba las tardes, y evitaba a propósito preguntarle a Sheila o Donna si habían oído que estuviera saliendo con alguna mujer.

Aquel día aún no la había llamado. Pero Susan sabía que lo haría. El día anterior Hank le comentó que la inmobiliaria le había encontrado por fin un apartamento, pero no pensaba mudarse hasta principios de enero.

Justo cuando Susan retiraba la gomilla del montón de cartas, se oyeron unos golpes suaves en la puerta.

—Adelante, por favor —dijo.

La puerta se abrió y Donna Fields, ataviada con un elegante abrigo morado, entró en la oficina, dejó el bolso de piel sobre la mesa y se desabotonó el abrigo.

—¿Tienes unos minutos? —preguntó—. Necesito hablar contigo —colgó el abrigo junto al de Susan y, dándose media vuelta, exhaló un largo suspiro.

—Claro, cómo no —Susan se levantó y rodeó la mesa—. ¿Sucede algo? —señaló el sofá—. ¿Quieres sentarte?

—No, gracias —respondió Donna, y empezó a pasearse por el despacho, con sus tacones color morado repiqueteando en el suelo de madera—. Después de hablar contigo, iré al taller a ver a Sheila.

Susan la agarró del brazo e interrumpió su frenético paseo.

—¿Qué diablos te ocurre? —jamás había visto nerviosa a su amiga, por lo general sofisticada y tranquila de carácter.

Donna colocó la mano sobre la de Susan y le dio una palmadita. Luego esbozó una sonrisa triste.

—¿Recuerdas cuando el pasado agosto Joannie Richardson y yo nos enrolamos en la expedición arqueológica en el Oeste?

—Sí —Susan miró perpleja a su elegante amiga, cuyo exquisito

buen gusto siempre había envidiado.

—Bueno, conocí a un hombre. Un hombre muy interesante. Pasé unos cuantos días con él.

—¿En serio? —Susan sonrió, alegre de que Donna hubiera encontrado por fin a alguien que le hiciera olvidar su devoción hacia la memoria de su difunto marido—.

Eso es maravilloso.

—Fue maravilloso, sí. Por poco tiempo. Nos casamos…

Susan jadeó asombrada.

—¿Que os casasteis? ¿Cuándo?

—En agosto. Apenas nos lo pensamos. Pero, al cabo de unos días, comprendí que había cometido un error, y… Bueno, volví a casa y conseguimos que el matrimonio se anulase.

—Comprendo —en realidad, Susan no comprendía nada. ¿Por qué le estaba contando Donna aquello? ¿Por qué no se lo contó meses antes?—. Lamento que las cosas no acabaran bien.

—El caso es que… verás, estoy embarazada.

—¿Embarazada?

—De cuatro meses. Pronto empezará a notárseme, de modo que tengo que contárselo a mis amigos y mis familiares.

—¿Y él lo sabe? Tu marido, quiero decir… —Susan se percató de que su amiga se ponía colorada como un tomate y agachaba la mirada. Donna jamás se sonrojaba.

Ni evitaba mirar directamente a los ojos. Algo iba muy mal.

—No, no lo sabe, ni tengo intención de avisarlo. No deseo volver a verlo mientras viva.

—No deseas verlo, pero vas a tener un hijo suyo. Donna se quedó mirándola, boquiabierta.

—Yo… bueno, es mi hijo. No lo considero hijo suyo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Susan, que empezaba a sospechar cuál era el problema.

Donna se derrumbó en el sofá, suspiró profundamente y dijo:

—J.B.

—J.B. ¿Qué más?

Donna se tapó el rostro con las manos.

—No lo sé. Sólo J.B.

Susan se sentó a su lado y le echó el brazo por los hombros para consolarla.

—Tuviste una aventura con un tipo en México. Y ahora estás embarazada e intentas inventar alguna explicación que la gente pueda considerar verosímil. ¿Es eso?

—Sí —Donna miró a Susan directamente—. Pero si no he podido convencerte a ti, no convenceré a nadie. Eres la persona en quien más confió. Si tú no me has creído…

—Sheila y yo apoyaremos tu historia —dijo Susan—. Diremos que nos lo contaste todo en cuanto regresaste del viaje en agosto.

—Gracias a Dios que tengo amigas dispuestas a ayudarme —Donna hizo una breve pausa—. El… quiero decir, J.B., tomó precauciones. Supongo que alguno de los preservativos sería defectuoso, ¡Dios mío, Susan, jamás había hecho algo tan estúpido en toda mi vida! Ron fue mi único amante, y yo era virgen cuando nos casamos.

—Deseas realmente tener ese hijo, ¿verdad?

—Sí —admitió Donna—. A pesar de las circunstancias de su concepción, deseo tenerlo. Sé que quizá tú no lo entiendas. Tienes suerte de que el hijo que esperas sea de Lowell.

—Ay, Donna, si supieras… —Susan suspiró.

—¿Qué quieres decir?

—No eres la única que ha cometido una estupidez y ahora sufre las consecuencias.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Donna.

—Nadie lo sabe —dijo Susan—. Aparte de los médicos, Sheila y Caleb, claro.

—¿Qué es lo que sólo saben Sheila y Caleb?

—Lowell el era estéril. Este hijo… —Susan se llevó la mano al vientre—. Fue concebido mediante inseminación artificial.

Donna emitió un jadeo de asombro.

—¿Me tomas el pelo? ¿Estás diciendo que accediste a quedar embarazada con el esperma de un donante anónimo?

—No exactamente.

—¿Sabes quién es el donante?

—Sí —Susan comprendió que debió habérselo contado todo a Donna cuando se lo confió a Sheila. Pero Sheila y ella habían sido amigas desde la infancia, en aquel entonces creyó conveniente que lo supieran el menor número posible de personas.

Lowell le pidió a Hank Bishop que… donara su esperma.

—Hank Bishop ¡Oh, Dios mío! ¿El que está viviendo encima de tu garaje? ¿El mismo del que estabas locamente enamorada cuando eras una adolescente?

—Sí, ese Hank Bishop.

Donna soltó una risita. Y luego otra. Y por fin prorrumpió en fuertes carcajadas. Se rió hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas. Durante unos segundos, Susan permaneció inmóvil, observando a su amiga. Luego también ella estalló en carcajadas.

Y así las encontró Sheila Bishop al entrar corno una exhalación en la oficina. Susan se enjugó las lágrimas de los ojos y sonrió a Sheila, pero al ver la expresión solemne de su amiga comprendió que sucedía algo malo.

—¿Qué ocurre? —Inquirió Susan—. ¿Qué ha pasado?

—Es Hank —explicó Sheila—. Él y sus agentes detuvieron a Carl Bates esta mañana. Bates había regresado al condado de Marshall y se ocultaba en una cabaña en el bosque Kingsley. Hubo mmm tiroteo, y…

Susan saltó del sofá, agarró a Sheila por los hombros y le preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Hank se encuentra bien?

—Recibió un disparo —dijo Sheila.

—Oh, Dios mío —exclamó Susan cuando la golpeó la dolorosa realidad—. ¿Está…

está…?

—Está vivo. Eso es lo único que sé. Lo llevaron directamente al hospital del condado. En cuanto nos enteramos, Caleb salió hacia el hospital y yo vine a decírtelo.

—No puede morir —musitó Susan—. No puedo perder también a Hank.

El agente Holman se reunió con ellas en la puerta de la sección de urgencias. A Susan le pareció como si aquel hombre hubiese estado en el infierno y acabase de salir de él. Tenía el uniforme manchado de sangre seca, el cabello revuelto y el rostro transido de preocupación.

—Caleb me ha pedido que las espere aquí abajo —explicó Richard Holman.

—Dónde está Hank? —preguntó Susan.

—Lo están interviniendo, señora Redman —dijo Richard—.

Caleb está arriba, en la sala de espera. Acompáñenme y las llevaré con él.

Las tres mujeres siguieron al agente hasta los ascensores.

—Es muy grave la herida que ha recibido Hank? —preguntó Susan mientras las puertas del ascensor se cerraban tras ellos.

—Recibió un tiro en el costado —contestó Richard—. Uno de los pulmones resultó afectado.

—Oh, no —Susan se derrumbó al fallarle repentinamente las piernas.

Sheila y Donna la sostuvieron, agarrándola por los codos. Sheila lanzó al agente una feroz mirada de reproche.

Richard se aclaró la garganta y dijo:

—Pero los médicos dicen que se recuperará. De verdad, señora Redman. No tiene que preocuparse por el sheriff Bishop.

Susan luchó por ser fuerte. No se había derrumbado cuando asesinaron a Lowell, y no iba a derrumbarse ahora. Hank no había muerto. Había recibido un disparo, pero lo estaban operando y todo saldría bien. Seguramente Dios no sería capaz de arrebatarles a los dos hombres a los que había amado. Ningún Dios compasivo podía ser tan cruel ¿Verdad?

En el instante en que llegaron a la sala de espera, Caleb Bishop dejó de pasearse, se giró y le abrió los brazos a Susan. Ella acudió gustosa a recibir el reconfortante abrazo.

—Se pondrá bien —dijo Caleb—. Hablé con él antes de que lo metieran en el quirófano.

—¿Estaba consciente? —preguntó Susan, separándose de Caleb.

—Ya lo creo. Y, más que por sí mismo, estaba preocupado por ti. Por cómo reaccionarías cuando te enteraras de que le habían disparado. Ya sabes cómo es.

Además, le preocupaba el bebé.

A Susan se le llenaron los ojos de lágrimas. Caleb la condujo a un sofá situado en un rincón. Sheila y Donna se sentaron junto a ellos.

—Has podido llamar a Tallie? —preguntó Sheila.

—Sí, la llamé hace unos minutos —dijo Caleb—. Peyton y ella llegarán en un par de horas.

El tiempo transcurrió con una lentitud casi agónica. Los segundos se tornaron minutos, y los minutos horas. Tallie y su

esposo, el gobernador Peyton Rand, llegaron por fin y se unieron a la vigilia. La esposa de Richard, que era enfermera y trabajaba en el hospital, se acercaba cada cierto tiempo, al igual que Kendra Carnp, que trabajaba en la sección de maternidad. Numerosos vecinos hicieron acto de presencia. Todo el condado exhaló un suspiro colectivo de alivio al saber que Carl Bates, el asesino de Lowell, había sido detenido por fin, y todos sabían a quién debían dar las gracias.

—¿Familia Bishop? —dijo el médico entrando en la sala.

Todos saltaron al unísono. Caleb se acercó al médico, seguido de Tallie. Susan atravesó la sala lentamente y se unió a los hermanos de Hank.

—La operación ha ido bien —comunicó el doctor Hall, y a continuación explicó el estado de Hank sucintamente—. Si no hay complicaciones, podrá volver a casa a finales de semana.

—¿Cuándo podremos verlo? —inquirió Caleb.

—Un par de familiares podrán entrar a verlo dentro de unos minutos —dijo el doctor Hall, y luego desapareció por el pasillo.

—Me sentiré mucho mejor cuando vea personalmente que sigue vivo —dijo Tallie abrazando a Caleb.

Caleb miró a Susan.

—Creo que deberías entrar con Tallie a verlo.

—No, no me importa si… —empezó a decir Susan.

Tallie los miró a ambos con ojos inquisitivos.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo que yo no sepa?

—Nada, listilla —contestó Caleb—. Nada en absoluto.

—Caleb sabe lo mucho que me he apoyado en Hank desde que Lowell murió —

explicó Susan—. Me ha pedido que entre contigo a verlo por pura cortesía.

Sheila y Donna se acercaron poco a poco a Susan, y ésta notó que sus dos amigas intercambiaban una mirada de extrañeza.

Estupendo. Sencillamente estupendo. Sin duda, Sheila ya se había dado cuenta de que Donna estaba al tanto de todo. De modo que Susan decidió que sería injusto seguir ocultándole la verdad a Tallie. Al fin y al cabo, la hermana de Hank llevaba siendo amiga suya tanto tiempo como Sheila.

Cuando Tallie agarró a Susan del brazo y la condujo a un rincón,

Sheila y Donna las siguieron.

—¿Qué hay entre Hank y tú? —Inquirió Tallie—. Y no me digas que no hay nada.

Recuerda que sé lo enamorada que estabas de él cuando eras una adolescente.

Jamás ocultaste tus sentimientos.

Tranquila y serenamente, Susan explicó a Tallie los porqués y las consecuencias de la concepción de su hijo. Nadie dijo una palabra hasta que hubo terminado de hablar.

—¿Pero en qué demonios pensabas? —Exclamó entonces Tallie —. ¿Y en qué pensaba Hank? Estás embarazada de mi hermano. Y todos sabemos que a ese gran zoquete le da un miedo terrible la paternidad. Hank se acuerda de cómo nos fue con nuestro padre. Y aunque es el hombre más honorable y responsable del mundo, terne que la condición de mal padre sea hereditaria.

—Todos creen que el hijo es de Lowell —dijo Susan—. Hank será el padrino del niño, simplemente.

—Sí, claro —Tallie puso los ojos en blanco—. Eso díselo a alguien que no conozca a Hank como lo conozco yo.

—¿Animaos, queréis? —Donna le echó a Susan el brazo por los hombros—. ¿No crees que Susan va ha pasado bastante si que tú hagas que se sienta culpable?

—No trato de hacer que se sienta culpable —protestó Tallie—. Sólo intento…

—En ese caso, deberías brindarle tu apoyo y mostrarte menos crítica —dijo Sheila.

—No me estoy mostrando… —empezó a decir Tallie, pero su hermano la interrumpió.

—Susan y tú ya podéis entrar a ver a Hank, Tallie —anunció Caleb.

—¿Sí? —Tallie salió corriendo hacia la puerta. Entonces se detuvo bruscamente y miró por encima del hombro a Susan—. Vamos.

Cinco minutos más tarde, cuando Susan se hallaba junto a un Hank inconsciente, con los ojos llenos de lágrimas mientras sostenía su lánguida mano, Tallie le tomó la mano libre y le dio un afectuoso apretón.

—Sigues estando loca por él, ¿verdad? —susurró.

—Sí —respondió Susan suavemente.

Alrededor de las ocho, cuando hubieron trasladado a Hank a otra habitación, la familia formó un círculo a su alrededor mientras volvía en sí.

—Ya le dije a esta pandilla de lloronas que eres demasiado duro para morir —

bromeó Caleb.

—¿Me dais un poco de agua? —pidió Hank.

Todos hicieron ademán de dirigirse hacia laj arra de agua situada en la mesita, pero, uno por uno, se detuvieron y observaron cómo Susan tomaba una taza de plástico, la llenaba de agua y le añadía una pajita. Con una mano sostuvo la taza y con la otra acercó la pajita a los labios de Hank. El sorbió el líquido lentamente, sin apartar los ojos de Susan.

—Gracias —dijo cuando se hubo sentido satisfecho.

Susan no se retiró de su lado. Nadie intentó usurpar su posición.

—Estaba… tan preocupada por ti.

—Estoy bien, cariño —Hank recorrió con la mirada a los presentes, viendo cómo todos los miraban a él y a Susan, y comprendió que alguien les había dicho a Tallie, Peyton y Donna Fields la verdad sobre el hijo de Susan. Y que todos eran conscientes del vínculo que los unía. Un vínculo que iba más allá del hijo común que esperaban.

—Nadie fuera de esta habitación necesita saber la verdad —dijo Hank—. Así es corno Susan y yo deseamos manejar la situación. De cara a los demás, ese niño es de Lowell.

Un denso silencio se cernió en la habitación. Caleb acercó una silla a la cama, y luego le dio a Susan un afectuoso codazo.

Ella no protestó.

Después de sentarse, miró a los presentes y dijo:

—Hank y yo no os pedimos vuestra aprobación, pero sí vuestro apoyo.

Hank alzó la mano izquierda y la alargó hacia Susan. Ella la tomó. El intentó darle un apretón, pero no tenía fuerzas para ello. La cabeza el costado le dolían. Y sentía el estómago algo revuelto.

—Creo que es hora de que dejemos a Hank descansar —dijo Peyton Rand—. No olvidemos que recibió un disparo hace menos de doce horas.

—Peyton tiene razón —convino Caleb—. Vamos nos. Podemos volver mañana.

—Sí —dijo Tallie—. Y más pronto o más tarde, Hank Bishop, tú y yo tendremos una pequeña charla.

—Como me temía —bromeó Hank.

—Vamos, Susan —dijo Sheila—. Os llevaré a Donna y a ti al refugio para que recojáis vuestros coches.

—Id vosotras —dijo Susan—. Yo me quedo.

—¡ De eso nada! —Hank le soltó la mano y la miró con severidad—. No necesito que te quedes. Todas las enfermeras del hospital están a mi disposición. Debes irte a casa a descansar.

Susan miró directamente a Sheila.

—Marchaos vosotras. Puedo llamar a un taxi si decido irme antes de que amanezca.

Sheila asintió, y salió junto a Donna sin decir ni una palabra más.

Susan giró bruscamente la cabeza y dijo:

—No estás en condiciones de obligarme a marcharme, así que cállate Me quedo.

—¿Por qué demonios no quieres irte?

—Porque… Por favor, Hank, no me pidas que me vaya.

—No te necesito. Vuelve a casa.

—No, me quedo.

El tensó fuertemente la mandíbula. Maldita y terca mujer. No comprendía que, si se quedaba a pasar la noche allí, la gente sospecharía.

—¿Por qué te empeñas en quedarte?

—Porque… no puedo dejarte —Susan pronunció aquellas palabras tan suave y quedamente, que por un segundo Hank no estuvo seguro de haberla oído bien.

Pero le bastó mirar sus ojos empañados de lágrimas para saberlo.

Maldición, ¿cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía Susan conmoverlo de aquel modo?

—Si estás decidida a quedarte, pídele a la enfermera que te prepare una cama plegable —dijo suavemente—. Estás embarazada, por el amor de Dios. No debes pasar toda la noche sentada en una silla.

Ella se enjugó las lágrimas y le sonrió.

—De acuerdo. Iré a pedir una cama plegable —se levantó, atravesó la habitación y se detuvo un momento antes de abrir la puerta—. Ah, por cierto, señor Bishop. Me da igual que la gente sospeche que me preocupo por usted hasta el punto de pasar aquí la noche —sin mirar atrás, salió de la habitación.

Capítulo Siete

Todas las personas del condado de Marshall a las que Hank conocía pensaban que la devoción de Susan hacia él era admirable. El modo en que permaneció a su lado la noche posterior a la operación. El modo en que iba todas las mañanas, todas las tardes y todas las noches para ver cómo seguía. Su insistencia en que regresara a casa con ella para poder cuidarlo personalmente mientras se recuperaba.

Nadie, excepto la familia, parecía sospechar que hubiese algo entre Susan y él.

Nada más allá del vínculo formado por el cariño común que sentían por Lowell Redman. Y, sin duda, dicho vínculo era de por sí muy fuerte. Al igual que el vínculo creado por el hijo que ella esperaba.

Pero lo que en realidad los unía, y los mantenía separados al mismo tiempo, era el deseo. Hank no podía abordar sexualmente a Susan sabiendo lo vulnerable que era.

Y él no se aprovechaba de las mujeres. En particular, de una mujer que no se merecía menos que un compromiso para toda la vida.

Con una cerveza fría en una mano y el mando a distancia en la otra, Hank se sentó en la butaca de la salita a ver un programa de caza. Hacía tres días que le habían dado de alta y se aburría como una ostra. El costado aún le dolía un poco. La cicatriz de la operación empezaba a picarle. Y la cabeza le palpitaba. Prácticamente todos los vecinos del pueblo lo habían llamado esa misma mañana, expresándole su preocupación y su cariño. Al final, Hank acabó desactivando el teléfono después de que Susan lo llamase por cuarta vez en lo que iba de día. ¿Por qué demonios no

podía dejarlo en paz?

Su familia había acudido a casa de Susan a recibirlo tres días antes, y Tallie incluso amenazó con llevárselo a Nashville si no se comportaba debidamente. Tuvo que discutir con toda la familia para hacer valer su derecho de volver a vivir solo en el apartamento. Susan, en cambio, le había suplicado que se quedara con ella en la casa y permitiera que lo cuidase. Lo que menos necesitaba era tenerla cerca, mirándolo con aquellos grandes ojos azules, tocándolo con aquellas manos tan suaves. Y no era un hombre que corriera riesgos innecesarios cuando sabía que llevaba las de perder.

Si lograba sobrevivir hasta el martes, podría reincorporarse al trabajo y el aburrimiento se acabaría. Y, pasadas las Navidades, se trasladaría al nuevo apartamento. Quizá estando a varios kilómetros de Susan su deseo se aplacaría. No podía seguir viéndola a diario sin traicionar la memoria de Lowell, la confianza de Susan y sus propios principios.

Los repentinos y suaves golpes en la puerta apenas resultaban audibles por encima del sonido del televisor, y Hank fingió no oírlos. Intuyó que era Susan. Otra vez. Le había llevado el almuerzo en una bandeja. Al cabo de una hora, había vuelto para recogerla. Sin duda, ahora le llevaba la cena. Aquellas visitas a la hora de las comidas se habían convertido en una rutina desde que salió del hospital.

Los golpes se hicieron más fuertes. Hank gruñó.

«i Vete y déjame en paz!», deseó gritarle. Pero ella no le haría caso. No se iría. Sus constantes atenciones estaban empezando a volverlo loco. ¿Acaso Susan no entendía que él no deseaba su compasión, su preocupación, sus malditos estofados de pollo?

La deseaba a ella. Desnuda. Entre sus brazos. Jadeando su nombre mientras la poseía.

—Hank? ¿Te encuentras bien, Hank? —preguntó Susan a través de la puerta cerrada—. Por favor, Hank, contéstame.

El se levantó dando un respingo. Un dolor agudo le taladró la sien derecha. Gimió para sus adentros mientras se dirigía como una exhalación hacia la puerta, la abría y miraba con furia a Susan.

—Hola —dijo ella con aquella vocecita suave y sexy que lo solía estremecer—. Te traigo la cena. Chuletas de cerdo, escalopes de

patata, magdalenas de maíz y tarta de limón helada —alzó la enorme bandeja cubierta con unos paños a rayas.

—Susan, no es necesario que hagas esto, ya lo sabes —Hank se apoyó en el marco de la puerta con aire casual—. Debes de estar destrozada. Y me encuentro perfectamente. Puedes dejar de preocuparte.

Ella le rozó cariñosamente el pecho con la bandeja.

—Debes comerte todo esto antes de que se enfríe.

Hank se apartó para dejarla pasar. Susan se dirigió hacia la pequeña mesa situada junto a la ventana. Tras soltar la bandeja, le quitó el paño y retiró una silla.

—Siéntate y come. Mientras prepararé café.

El la agarró de la muñeca mientras se dirigía hacia el armario donde estaba guardada la cafetera. Susan se volvió y le sonrió.

—Puedo hacer café si me apetece —dijo Hank—. Y soy perfectamente capaz de prepararme un bocadillo o abrir una lata de sopa.

—Por supuesto que sí —Susan le acarició la mejilla con la mano libre—. Pero tengo que cocinar para mí, de todos modos, así que no me molesta preparar comida para dos.

La mandíbula de Hank se tensó al sentir su caricia. ¿Por qué diablos tenía que acariciarlo? ¿No sabía el efecto que eso le producía?

—Susan, no quiero que sigas trayéndome la comida todos los días. ¿Comprendes?

—No, me temo que no comprendo —la sonrisa se desvaneció de sus labios. Se miró la muñeca, presa en la enorme mano de Hank—. ¿Qué intentas decirme?

Él la soltó y retrocedió.

—Intento decirte que no necesitas tomarte tantas molestias…

—Y yo acabo de decirte que no es molestia ninguna. Al contrario, lo hago con mucho gusto.

No dejaba de mirarlo, suave, femenina y tentadora.

El enfoque sutil no iba a servir con Susan. ¿Por qué le hacía aquello? ¿Por qué no podía desaparecer y dejarlo en paz?

La frustración empezó a imperar sobre el sentido común de Hank. Agarró a Susan por los hombros y la sacudió un par de veces… cuidadosamente, pero con la fuerza suficiente para captar

su atención.

—Estoy cansado y harto de verte deambular a mi alrededor. No soy tu marido. Ni tu amante. Puede que haya aceptado el puesto de Lowell temporalmente, pero no pienso asumir su papel como hombre de tu vida.

—Nunca… nunca he pensado que asumieras…

—Si crees que demostrándome lo dulce y atenta que eres como esposa vas a conseguir que me quede y sea la clase de marido que era Lowell, te equivocas del todo, cariño. No quiero ocupar el lugar de Lowell corno tu esposo. Y jamás he querido ser padre.

Susan lo miró con rabia unos segundos, luego alzó la mano y le propinó una sonora bofetada. Los ojos se le habían llenado de lágrimas. Respiró honda y dolorosamente, y luego se dio media vuelta y salió corriendo.

Hank permaneció allí inmóvil, aturdido por su ataque físico. Se frotó la mejilla. De acuerdo, sí. Había sido brutalmente cruel con Susan. Pero ella tenía la culpa. Ella lo había obligado a hablar con semejante franqueza.

Se quedó mirando la puerta abierta. Escuchó los pasos de Susan conforme bajaba las escaleras de madera.

«No vayas tras ella, idiota. ¡No te atrevas a seguirla!

Echó a correr hacia el rellano de la escalera.

—Susan —gritó.

Ella entró en la casa y cerró dando un portazo.

—Susan, maldita sea—Hank bajó las escaleras a toda prisa, cruzó el patio y subió al porche. Alzó la mano para llamar a la puerta, pero se lo pensó mejor y giró el pomo. Sorprendentemente, la puerta se abrió. Susan estaba demasiado enojada y herida como para pensar racionalmente, se dijo mientras entraba en la cocina.

—Susan, cariño, ¿dónde estás? Tenernos que hablar.

Fred y Ricky lo recibieron en el vestíbulo, ladrándole en los talones. En un rincón, Lucy lo miraba como si fuera un ratón atrapado en una trampa y, por detrás, Hank oía el siseo de la respiración de Ethel. ¡Estupendo! Sólo le faltaba eso… ser atacado por los animales de Susan.

—¿Susan? Lo siento. ¿De acuerdo?

No hubo respuesta.

—No tenía derecho a decirte esas cosas. Lo siento de veras —

Hank buscó en la planta baja pero no la encontró. Subió las escaleras, seguido por dos perros rugientes y dos felinos de ojos diabólicos.

Abrió la primera puerta que encontró y halló una habitación vacía, salvo por dos latas de pintura sin abrir y dos rollos de papel de pared tumbados en el suelo. De repente, Hank comprendió que había entrado en el cuarto donde Susan planeaba instalar a su hijo. Salió apresuradamente y se dirigió hacia la siguiente puerta. Al abrirla de par en par, descubrió un enorme dormitorio que, a todas luces, había pertenecido a la señorita Alice. Una enorme cama antigua dominaba la habitación que, aparentemente, igual que la anterior, estaba siendo redecorada.

Susan yacía tumbada de través en la cama. Sus hombros se estremecían mientras lloraba en silencio.

¿Cómo iba a afrontar la situación?, se preguntó Hank. No había querido herirla. Ni hacerla llorar. Pero, ¿acaso ella le había dejado alternativa?

—¿Susan? —la llamó desde la puerta.

Ella levantó la cabeza levemente y lo miró, con los ojos enrojecidos y las mejillas congestionadas y empapadas en lágrimas.

Hank notó un fuerte nudo en el estómago. Jamás pensó que llegaría a hacer llorar a una mujer. Deliberadamente evitaba las circunstancias que podían desembocar en aquella clase de episodios emocionales.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Susan entre sollozos.

—Vengo a disculparme —contestó él adentrándose dubitativamente en el cuarto.

Los perros de Susan lo siguieron. Las dos gatas se subieron a la cama y flanquearon protectoramente a su dueña. A Hank no le gustaba que los animales montaran guardia para protegerla de él. No pensaba hacerle daño.

«Ya se lo has hecho, imbécil» le recordó su conciencia. «Ya le has hecho daño.»

—No necesitas disculparte —Susan se sentó en el borde de la cama y lo miró directamente—. No me di cuenta de lo que pensabas… de cómo te sentías. Nunca pretendí agobiarte. No espero nada de ti, Hank. Sé que no te ofreciste a ocupar el lugar de Lowell como marido y como padre.

—No debí haber dicho eso —Hank dio unos cuantos pasos vacilantes hacia la cama.

—Sí, debías decirlo. Tenías todo el derecho a decir lo que pensabas. Soy yo quien…

ha reaccionado de forma exagerada —Susan se puso en pie, con movimientos lentos y cautos.

—Debes saber cuál es la realidad de la situación

—Hank salvó la distancia que los separaba, deteniéndose a unos cuantos centímetros de ella—. No estoy hecho para casarme ni para ser padre, cariño. De modo que, si es eso lo que buscas, te has equivocado de hombre.

—Sí, lo sé —Susan alargó una mano temblorosa y le acarició la mejilla—. Sé cuál es la realidad de la situación. Soy la viuda de Lowell y tú su mejor amigo, y está mal que nos deseemos. Pero, nos deseamos.

—Sí, nos deseamos, ¿verdad? —Hank notó que el corazón le rugía en los oídos como el motor de un avión. Su miembro se endureció y comenzó a palpitar. Su cabeza le decía que huyera. Su cuerpo le exigía que se quedase.

Susan le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y acercó los labios a los suyos.

—Los sentimientos que despiertas en mí me asustan. Siempre me han asustado. He intentado huir de esos sentimientos desde que era una' adolescente. Pero inc he cansado de huir. De fingir que no te deseo tanto que me siento destrozada por dentro.

—Nada de promesas —dijo él con voz ronca—. Nada de compromisos. Limitémonos a vivir el momento y a dar rienda suelta a lo que sentimos.

—Sí —con esa palabra, Susan se rindió a Hank y a las indómitas sensaciones que había mantenido sepultadas en su interior desde siempre.

El la envolvió con sus brazos, agachó la cabeza y se apoderó de su boca. ¡Cielo santo! Sentirla apretándose contra su cuerpo fue su perdición. Susan se aferró a Hank, emitiendo suaves y femeninos sonidos con la garganta mientras él hundía la lengua en su boca y exploraba la calidez de su inhterior. Ella reaccionó instantáneamente, fervientemente, frotándose con su cuerpo.

Hank la recostó en el borde de la cama. Luego se echó encima de

ella, apoyándose en los codos, y contempló su cuerpo vulnerable, pequeño y totalmente indefenso.

—Si no quieres hacerlo, dímelo ahora —gruñó las palabras, como si pronunciarlas le produjera un enorme dolor.

Susan veía hacerse realidad su más valiosa fantasía… y su pesadilla más aterradora. Sucumbir a su irrefrenable pasión por Hank. El le estaba brindando la última oportunidad de escapar.

—Quiero hacerlo —dijo—. Siempre lo he deseado. A ti Hank. A ti.

Aquellas palabras parecieron liberar algo dentro de él.

Inclinando la cabeza, le cubrió los labios y la besó apasionadamente. Ella notó mariposas en el estómago. Los dedos de sus pies se curvaron y su feminidad comenzó a palpitar.

Hank concluyó el beso y se puso en pie. Con gran rapidez se despojó de la camisa y la arrojó al suelo.

Susan contuvo el aliento al ver su pecho desnudo. Ancho, musculoso, poblado de vello. Sus hombros le parecieron inmensos, sus brazos enormes. Era, sin duda, el hombre más atractivo que había visto nunca. Su hombre. El hombre de sus sueños.

¿Cuántas mujeres tenían una oportunidad así? ¿Cuántas pasaban la vida entera sin siquiera conocer el goce de estar con el único hombre del mundo al que amaban?

Hank se arrodilló encima de ella y la sentó en la cama. Ella lo dejó hacer. El le sacó el jersey beige de cachemira por la cabeza y lo dejó en el suelo.

La respiración de Susan se aceleró, haciendo que sus senos se agitaran. Hank le desabrochó el sujetador de satén y contempló sus pechos. Los pezones se le endurecieron bajo su escrutinio.

—Cielo bendito —jadeó él.

Le cubrió un seno con la boca. Lamió el pezón con la lengua. Susan sintió que se derretía cuando Hank le acarició el otro pezón con el pulgar. Un agradable calor se propagó por todo su cuerpo, aumentando rápidamente su temperatura, humedeciendo el vértice entre sus muslos.

Hank besó su vientre, y luego le alzó las caderas lo suficiente para quitarle las braguitas. A continuación, buscó con los dedos y halló el núcleo de su sexo. La acarició íntimamente, arrancándole un chillido de puro placer antes de introducirle dos dedos, como si

quisiera comprobar que estaba preparada.

—Cariño, estás tan húmeda y caliente… —musitó, y sin pérdida de tiempo enterró su rostro en el triángulo de vello que florecía entre sus piernas.

Susan jamás había experimentado nada tan increíblemente sensual, tan insoportablemente delicioso. Se aferró a la sábana crispando las manos mientras elevaba las caderas y se sumía en un abandono total. Hank intensificó sus caricias, acercándola más y más al dulce éxtasis.

Finalmente, ascendió y se tumbó sobre ella. Susan contempló sus ojos negros…

unos ojos ardientes que expresaban elocuentemente sus intenciones.

Hank se quitó los zapatos y, con un veloz movimiento, se desabrochó los pantalones y se los quitó junto con los calzoncillos. Y, repentinamente, sin previo aviso, la penetró.

Le agarró las caderas y las alzó mientras se enterraba en ella, fundiendo sus cuerpos. Una vez en su interior, se detuvo y esperó a que Susan se ajustara a su tamaño.

Ella se sintió llena. Lo acarició. Palpó su pecho. Jugueteó con el oscuro vello rizado y luego colocó las manos sobre sus anchos hombros, disfrutando de la fuerza que sentía bajo la yema de los dedos.

Hank salió de ella. Gimiendo, Susan se aferró a él.

Volvió a penetrarla profundamente, por completo, ella gritó de puro gozo. El primitivo y rítmico movimiento empezó de nuevo, y pronto su velocidad aumentó hasta alcanzar una cadencia salvaje.

Aún unidos, se dieron la vuelta y Susan comenzó a cabalgar frenéticamente sobre Hank. Por fin alcanzaron el clímax, con el cuerpo empapado en sudor, y se derrumbaron exhaustos en la cama.

Cuando Hank se despertó era casi medianoche. La luz de la luna se filtraba por entre las cortinas de las ventanas del dormitorio. Incorporándose sobre un codo, contempló a Susan mientras dormía. El suave resplandor lechoso iluminaba el contorno de su cuerpo, los suaves rasgos de su rostro.

Gimió y se removió ligeramente. Las sábanas se retiraron de sus senos. Hank apretó los puños para reprimir el impulso de alargar la

mano y tocarla, de acariciar aquellos pechos perfectamente redondos, aquellos pezones rosados y tentadores.

Su vientre era totalmente liso, salvo por una levísima prominencia. La mano de Hank se cernió, dubitativa, sobre dicha prominencia. Luego, como atraída por el hijo que crecía en su interior, se posó posesiva y protectoramente en el vientre de Susan.

Ella empezó a murmurar en su sueño. El contuvo el aliento. ¿Cómo se sentiría, se preguntó, si pronunciara el nombre de Lowell?

Pero no fue el nombre de Lowell saliendo de sus labios lo que lo devolvió duramente a la realidad. No el de Lowell, sino el suyo.

—Hank —Susan musitó su nombre en un susurro—. Oh, Hank, te quiero.

El notó que todos los nervios de su cuerpo gritaban. Sus músculos se tensaron.

Aquello era lo que más había temido, lo que había querido evitar. «Debiste darte cuenta. Debiste saber que una mujer como Susan se entregaría a un hombre a menos que lo amase. Le has hecho el amor a la viuda de tu mejor amigo, y ella se cree enamorada de ti».

Hank salió de la cama y recogió su ropa del suelo. No quería marcharse así. Como un ladrón. Deseaba quedarse, despertarla y hacerle el amor una vez, y otra, y otra.

Pero Susan no buscaba una aventura pasajera. Deseaba y necesitaba un marido y un padre para su hijo.

«Tu hijo», le dijo atormentadoramente una voz interior.

Tras vestirse, se detuvo en la puerta y contempló a la mujer que yacía dormida.

Notó que el miembro se le endurecía, y maldijo a su traicionero cuerpo por desear a una mujer sobre la que no tenía ningún derecho.

«Espera un hijo tuyo» se recordó nuevamente te da eso ningún derecho sobre ella.

No Sería así en el caso de que estuviera dispuesto a casarse con Susan y reclamar la paternidad de su hijo. Pero no tenía intención de hacerlo. Se había convencido, hacía mucho tiempo de que el matrimonio y los hijos no eran para él. No pensaba traer hijos al mundo para hacerlos desgraciados, como hizo su padre.

«Ya es demasiado tarde, ¿no te parece?» dijo. burlona, su

conciencia. «Susan va a tener un hijo tuyo que crecerá sin padre. Lowell hubiera sido el padre perfecto para él. Pero tú no. Tú serías probablemente un padre horrible.»

Miró por última vez a Susan.

—Lo siento, cariño —musitó en un susurro que se perdió en el viento del invierno.

De repente lo asaltó un agudo dolor interior y se preguntó si aquella agonía volvería a abandonarlo alguna vez.

Susan retiró las gruesas cortinas observó cómo Hank subía las escaleras del apartamento. Llevaba la camisa desabrochada y en las manos sostenía los calcetines y el cinturón. Parecía huir aterrado. Huir de ella y de lo que acababa de ocurrir entre los dos.

Susan sabía cómo se sentía. Ella también se había pasado la vida huyendo… del amor y la pasión que siempre sintió por él.

Cuando Hank hubo cerrado la puerta del apartamento, Susan soltó la cortina y se sentó en el sillón de orejas situado junto a la chimenea.

—¿Qué voy a hacer? —dijo suspirando mientras sus animales la rodeaban—. Estoy enamorada de él. Pero tiene miedo de comprometerse conmigo —se cubrió el rostro con las manos—. Oh, Dios, ayúdame, por favor. Lo quiero más que a nada en el mundo. Tía Alice tenía razón. Esta clase de amor sólo acarrea dolor a la larga.

Susan lloró hasta que se quedó dormida en el dormitorio de su tía, acompañada por sus fieles animales.

Capítulo Ocho

Susan oyó a Hank cuando salió del apartamento al día siguiente. Desde la puerta de la cocina, observó cómo se subía en el Jeep y se alejaba por la carretera.

¿Adónde iría tan temprano? No estaba previsto que volviera a trabajar hasta el lunes siguiente.

Deseó llamarlo a gritos, preguntarle por qué no se había pasado a verla, como todas las mañanas, por qué huía de ella.

Porque eso era lo que estaba haciendo. Huir asustado.

Habían compartido algo muy especial, algo tan maravilloso que el simple hecho de recordarlo la llenaba de un cálido y hondo placer.

Por fin había dejado atrás sus miedos y había aceptado que amaba a Hank Bishop.

Lo amaba sin reservas, con una pasión salvaje y atormentadora.

Quizá Hank no la amaba a ella. O quizá sí, pero no estaba preparado para asumir el compromiso que ese amor entrañaba.

De lo que Susan estaba segura era de que la deseaba tanto como ella lo había deseado a él.

Decidió esperar a que regresara al apartamento. Adondequiera que hubiese ido, tarde o temprano tendría que volver. Y, cuando volviera, ella estaría esperándolo.

Si por fin había logrado hacer acopio de valor para vencer sus miedos, era el momento de que Hank superara también los suyos propios.

—No entiendo por qué no quisiste quedarte a desayunar en la granja —gruñó Caleb mientras colocaba la cazadora de piel en la silla de la cafetería Dawn's.

—No quería hablar contigo teniendo cerca a Sheila —dijo Hank,

y luego alzó la mirada hacia la camarera rubia que apareció a su lado—. Dos cafés, por favor.

Haciendo un gesto de asentimiento, la chica formó una pompa con el chicle que tenía en la boca y se alejó.

—¿Bueno, qué sucede? —Inquirió Caleb—. Tienes un aspecto espantoso. ¿No has dormido? ¿Acaso la cicatriz aún te molesta?

—La cicatriz está sanando perfectamente. Mi problema es mucho más serio —Hank miró hacia la calle a través de la luna de la cafetería. Eran las seis de la mañana y todo estaba desierto.

—¿Más serio que una herida de hala? Debe de ser cosa de faldas. ¿Qué pasa entre Susan y tú?

—Baja la voz, ¿quieres? —Dijo Hank agachando la cabeza—. No quiero que la gente oiga nuestra conversación. Bueno, voy a mudarme al apartamento de Grove Avenue en cuanto pueda, pero necesito un lugar donde quedarme hasta entonces.

Odio pedírtelo, pero…

—Sabes que puedes quedarte con nosotros —Caleb sonrió a la camarera, que depositó en la mesa las dos tazas de café—. Pero, ¿por qué tienes tanta prisa? Sólo faltan dos semanas para el día uno.

Hank bajó los ojos y alzó la taza de café. Sopló el hirviente líquido y a continuación tomó un sorbo.

—Necesito alejarme de Susan. Y necesito hacerlo hoy mismo.

—Comprendo —dijo Caleb—. Bueno, prepara tus cosas y yente a la granja cuando estés listo.

—Gracias.

—¿Vas a hablar con Susan para decirle que te vas?

—Sí, por supuesto. Se lo debo.

—¿Es muy serio lo que sucede entre vosotros dos?

—Muy serio.

—¿Y seguro que es eso lo que deseas hacer? Quizá podáis resolver la situación llegando a un acuerdo.

—No

—Mmm.

—Supongo que Sheila se extrañará y empezará a hacer preguntas —dijo Hank.

—Le pediré que no lo haga. Pero estoy seguro de que Susan le contará su versión de lo sucedido. Ya sabes, las mujeres suelen

compartir esas cosas.

—Iré a la granja dentro de unas horas. Gracias de nuevo —Hank se puso el abrigo mientras iba hacia la puerta. Se subió en el Jeep, arrancó el motor y luego golpeó el volante con ambas manos.

¡Estúpido! ¡Maldito estúpido! ¿Por qué no se había mantenido alejado de ella? ¿Por qué había tenido que hacerle el amor? Si tanto necesitaba a una mujer… ¿no podía haberse buscado a otra? ¿A otra que no lo amase?

Susan había empezado a trabajar temprano para poner al día las cosas que había desatendido mientras Hank estuvo en el hospital.

Echó un vistazo al calendario. Tendría el niño a principios de junio. Seguramente, Hank ni siquiera aceptaría ser padrino del pequeño, se dijo abatida. ¿Acaso lo sucedido la noche anterior no lo había cambiado todo?

Al oír que llamaban a la puerta, el corazón se le subió a la garganta. Supo instintivamente que era Hank.

—Adelante, por favor —dijo.

Hank abrió la puerta levemente, se asomó al interior y esperó.

—Tenemos que… hablar. ¿Dispones de unos minutos?

—Naturalmente —Susan retiró la silla y se levantó—. Por favor, pasa.

Hank entró en el despacho, cerró la puerta y se situó delante de ella. Durante unos momentos, clavó la vista en el suelo, y por fin la miró.

—Voy a quedarme en casa de Caleb y Sheila hasta que me entreguen el nuevo apartamento.

—Oh.

—Después de lo de anoche, he pensado que… Bueno, será mejor que pongamos algo de distancia entre nosotros.

No era lo que Susan deseaba, pero sí lo que había esperado.

—Si crees que es lo mejor…

—Lo sucedido fue culpa mía. Y me…

«Por favor, Dios mío, que no diga que lo lamenta.»

—Me siento culpable por haberme aprovechado de ti de esa manera. Te deseaba —

siguió diciendo Hank—. Aún te deseo… y ése es el problema. No sería justo para ti que tuviéramos una aventura. Cuando acabe el período de servicio de Lowell, volveré al FBI. Necesitas a un

hombre que desee casarse contigo y ser el padre de… tu hijo.

—A ver si lo entiendo. ¿Haces todo esto por mi bien? ¿Huyes a la granja de Caleb y Sheila para no sentir la tentación de hacerme el amor, porque no crees conveniente que tengamos un romance?

—Sí, más o menos.

—¿Y yo no tengo voz ni voto en todo esto? —inquirió Susan.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si yo no quiero que te vayas? ¿Y si deseo que vuelvas a hacerme el amor? ¿Y si deseo que tengamos una aventura?

—No lo dices en serio. ¿Qué diría la gente? No querrás que hablen de ti como si fueras una… una…

—Una mujer a la que le importa un comino lo que piensen o digan de ella.

—Susan, cariño, tú no eres de esa clase de chicas que tienen aventuras con los hombres. Eres de las que se casan.

Ella lo empujó hacia la puerta, le rodeó el cuello con los brazos y dijo:

—En primer lugar, Hank Bishop, no soy una chica. Soy una mujer. Y siempre te he… siempre te he deseado.

Hank se quitó sus brazos del cuello, pero no sin antes besarla. Luego respiró hondo, alargó la mano hacia la puerta y la abrió.

—Nena, eres peligrosa.

Susan lo observó mientras se marchaba prácticamente corriendo de la oficina. No sabía si echarse a reír o a llorar. Estaba segura, en lo más hondo de su corazón, de que si Hank lograba asumir el compromiso, sería un marido fiel y cariñoso, y el mejor padre del mundo. Simplemente tendría que vencer sus propios demonios internos. Igual que había hecho ella.

Hank trató de evitarla, pero Susan aprovechó todas las ocasiones posibles para estar cerca de él, para recordarle sus sentimientos, para hacerle ver lo que se estaba perdiendo. Ya no iba a verla, pero la llamaba a diario. Eran llamadas breves, pero ella siempre hacía algún comentario personal que sabía que lo excitaría. Se estaba convirtiendo en toda una experta en la seducción telefónica.

Toda la familia Bishop, a excepción del siempre ausente Jake, pasó la Navidad en la granja. Susan incluida. Hank, naturalmente, había hecho lo posible por rehuirla, pero ella lo había sorprendido más de una vez mirándola. Y su mirada le decía que seguía

deseándola tanto como siempre.

El frío viento de enero azotaba la calle donde estaba situado Sophie's, el único restaurante italiano de Crooked Oak. Susan y Donna entraron apresuradamente y se limpiaron el barro de los zapatos en el enorme felpudo del vestíbulo.

—Una mesa para dos, por favor —pidió Donna, y luego se miró el vientre—. En la sección de no fumadores —la camarera las acompañó a un cálido rincón, al final de la sala—. Me alegra que hayamos ido al cine esta noche. Necesitaba salir un rato.

Bueno, ¿sigue Hank evitándote?

—Sí. Pero no he perdido la esperanza. Creo que cuando vea al niño y lo tenga en sus brazos, será incapaz de alejarse de nosotros.

—¿Sabes ya si será niño? —inquirió Donna.

—Sí. Acaban de hacerme una ecografía. Y tengo incluso fotografías que lo demuestran.

Permanecieron un rato calladas, mientras la camarera les servía la comida. Justo cuando Susan tomaba el tenedor, miró hacia el otro extremo del salón, donde la camarera acomodaba a un nuevo cliente. Estaba de espaldas a Susan, pero ella reconoció de inmediato aquellos hombros anchos y aquellas piernas esbeltas.

El corazón se le aceleró. El estómago le dio un vuelco. Hank Bishop estaba sentado a unos cuantos metros de ella. Sólo tenía que atravesar el salón para saludarlo.

Pero no lo haría. Aún conservaba algo de orgullo.

—¿Qué miras con tanta atención? —Donna se giró rápidamente y siguió la mirada de Susan—. Aja. ¿Sabías que Hank iba a venir aquí esta noche?

—No. Sé que suele comer fuera, pero no sabía que vendría a Sophie's hoy.

—¿Quieres pedirle que se siente con nosotras?

—Creo que no.

—Está mirando hacia aquí —dijo Donna—. Nos ha visto. Sonríe y salúdalo.

Susan y Donna sonrieron y saludaron con la mano. Hank se limitó a asentir con la cabeza.

—Va a cenar solo —observó Donna—. Me pregunto por qué no habrá venido acompañado…

—No está saliendo con nadie —contestó Susan—. Sheila me ha

dicho que no lo han vuelto a ver con ninguna mujer desde aquella vez que salió con Kendra Camp.

Aunque estaba deliciosa, Susan apenas probó la cena. No dejaba de lanzar miradas furtivas a Hank, quien al parecer también tenía dificultades para concentrarse en la comida. Cuando la camarera coqueteó con él, Hank la ignoró y miró directamente a Susan, como si quisiera comprobar si evidenciaba algún atisbo de celos. No fue así.

Ella se limitó a sonreírle. Frunciendo el ceño, él miró hacia otro lado y alzó la taza de café.

Tras pagar la cuenta, Susan y Donna se levantaron para marcharse, y en ese momento Hank Bishop se acercó a ellas.

—Buenas noches, chicas —dijo con aquel tono sureño de barítono que siempre le producía a Susan un hormigueo en el estómago.

—Hola, sheriff —dijo Donna—. ¿Ha disfrutado de su cena?

—Sí. Estaba exquisita —girándose hacia Susan, Hank se inclinó levemente ‘ le preguntó—: ¿Has venido en tu coche o en el de Donna?

—En el de Donna. ¿Por qué lo preguntas?

—Me preguntaba si… Bueno, ¿te importa que te acompañe a casa? Me gustaría ver las fotos de la ecografía. Sé que te la han hecho hoy.

—Cómo no —Susan miró a Donna con los ojos muy abiertos—. ¿Te importa que Hank me lleve a casa?

—No, en absoluto. Adelante —dijo Donna.

—¿Te apetece un café, o…? —preguntó Susan después de entrar en la casa.

—No quiero tomar nada, gracias —contestó Hank.

Susan encendió las luces del estudio, dejó el bolso en el sofá y empezó a quitarse el abrigo. De repente, notó que tenía a Hank detrás, y que le había posado una mano en el hombro. Ella se tensó al sentir su contacto. El le quitó el abrigo y lo colgó en el armario del vestíbulo. Susan se sentó, abrió el bolso y extrajo las láminas de la ecografía.

—Estas son las primeras fotos de nuestro hijo —dijo.

Hank se quedó petrificado, mirando fijamente las fotografías que le ofrecía Susan.

—¿Nuestro hijo? ¿Es un niño?

—Échales un vistazo y compruébalo por ti mismo. Si te fijas bien, verás que se distingue la cabeza y la parte que lo señala como varón.

Hank tomó las fotografías y se sentó junto a ella en el sofá. Fue mirando las fotos, una por una, y luego repitió el proceso. Mientras tanto, Susan contuvo el aliento.

¿Le afectarían aquellas fotografías tan profundamente como a ella?

—Ojala Lowell estuviera aquí para verlas —dijo por fin Hank devolviéndole las fotos —. Habría sido un padre estupendo. Habría llevado al niño a cazar y a pescar, y hubiese entrenado a su equipo de béisbol. Hubiera sido un buen ejemplo para el pequeño.

—Lowell hubiera sido un padre excelente para mi hijo, sí — Susan dejó las fotografías en la mesita de café—. Y fue un marido excelente. Pero ya no está con nosotros, ni tendrá la oportunidad de ser el padre de mi hijo —alargó la mano y tomó la de Hank. Luego se la llevó al vientre—. Pero tú sí puedes ser un padre para tu hijo. Puedes ser…

Hank retiró la mano bruscamente, agarró a Susan por los hombros y la interrumpió con una mirada abrasadora.

—Yo no puedo ser la clase de padre que habría sido Lowell. ¿No lo comprendes?

Ese niño no debía ser mío. Nunca he querido tener hijos. Y sigo sin…

Susan estaba llorando. Maldición. La había hecho llorar. ¿Por qué diablos había ido a su casa? Había conseguido evitarla durante las vacaciones de Navidad. ¿Por qué había permitido que su curiosidad por la ecografía, por el sexo del niño, lo atrajera a casa de Susan?

«Porque te importa —se dijo—. Te importa Susan y te importa el niño. Su hijo. Tu hijo.»

Le recorrió los brazos con las manos, acariciándola tiernamente.

—No llores, cariño. Por favor, no llores.

Ella lo miró con ojos lagrimosos. De pronto, le tomó de nuevo la mano y la posó sobre su vientre.

—Se está moviendo —dijo—. ¿Lo notas?

De repente, Hank se sintió como si le hubieran extraído toda la

fuerza del cuerpo.

Dios del cielo, aquello que se movía dentro de Susan era su hijo. Exhaló un largo y profundo suspiro.

Ella colocó la mano sobre la suya y dijo:

—Es una sensación increíble.

—Susan… yo no debería estar aquí.

—Puedes rechazar al niño —dijo ella—. Pero eso no cambia el hecho de que es tuyo.

—Cariño, yo nunca he querido…

Susan le cubrió los labios con los dedos.

—Te he echado tanto de menos… No puedo olvidar la noche en que hicimos el amor. Fue la noche más maravillosa de mi vida —se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y susurró contra sus labios—:

Pero con una vez no he tenido bastante. ¿Tú sí?

«Huye. Márchate ahora mismo. Te está cautivando con su hechizo, y si no te vas ahora, lo la mentará eternamente.»

Susan le acarició los labios con los suyos. El respiró hondo. Ella le desabrochó los dos primeros botones de la camisa, sin dejar de mirarlo seductoramente. El no se movió. Permaneció sentado, rígido como una estaca, temeroso incluso de respirar.

Susan acabó de desabotonarle la camisa, la abrió y extendió la mano sobre su pecho. Le pellizcó un pezón y luego el otro. A continuación, besándole el cuello, le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera. Cuando introdujo la mano para agarrar su miembro a través de la fina tela de los calzoncillos, Hank le asió la muñeca.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida —respondió ella.

En cuanto él le soltó la muñeca, Susan siguió acariciándolo, y obtuvo como recompensa un profundo y ronco jadeo. Pero antes de que pudiera seguir, Hank la abrazó y la besó como un hombre sediento que bebiera el agua necesaria para vivir. Saqueó su boca mientras la tumbaba en el sofá. Una vez que le hubo quitado la blusa y el sujetador, se recreó en sus senos, más redondos y voluminosos que la otra vez, y se situó encima de ella con cuidado de no lastimarla con su peso.

Se despojaron mutuamente de la ropa hasta que estuvieron desnudos del todo.

Susan chilló de placer al sentir cómo Hank la penetraba. Cuando ambos hubieron alcanzado el éxtasis, él se dejó caer a su lado y los dos se quedaron agradablemente dormidos por espacio de una hora.

Hank se despertó lentamente, notando el cálido contacto del cuerpo que tenía entre sus brazos. Susan. El miembro empezó a palpitarle. ¡La deseaba otra vez!

La despertó con un beso. Ella abrió los ojos y le sonrió.

—Puedo irme o quedarme un poco más, si quieres —dijo Hank —. Tú decides, cariño.

Susan bajó la mano cerró los dedos en torno a su miembro.

—Quédate.

Y Hank se quedó. Pasaron otro par de horas haciendo el amor lentamente, explorando mutuamente sus cuerpos, aprendiendo a distinguir los puntos más sensibles.

Alrededor de la una, Hank se levantó y empezó a vestirse.

—¿De veras tienes que irte? —inquirió Susan.

—Sí, cariño. Y esta vez ha de ser para siempre.

No puedo seguir haciéndote esto. Utilizándote y dejándote luego.

—Pero pensé… Creí que podríamos…

El le dio un rápido beso.

—Me encanta hacerte el amor. Pero la gente empezaría a criticarnos. Además,

¿cómo le explicarías a tu hijo nuestro romance?

—Supongo que puedo decirle que estaba enamorada de su padre y que no me avergonzaba de hacer el amor con él.

—Maldita sea, Susan, no me hagas esto No supongas que el niño, tú y yo podemos tener un futuro juntos.

—De veras serás capaz de abandonarnos. ¿Sin sentir remordimientos?

—Claro que tengo remordimientos, cariño. Muchos. Quisiera ser la clase de hombre que tú deseas. Quisiera poder amaros a ti y al niño, y vivir con vosotros en Crooked Oak. Quisiera poder ser la clase de marido que era Lowell. Pero no lo soy. Lo siento.

Hank sacó el abrigo del armario, dirigió a Susan una última mirada de despedida y salió por la puerta.

Susan observó cómo se marchaba, con las palabras que deseaba gritarle atascadas en la garganta.

«Yo no quiero que seas la clase de marido que era Lowell. El jamás me hizo sentir como me haces sentir tú. Nunca lo amé ni la mitad de lo que te amo a ti. Y no espero que seas el padre que él hubiera sido. Sólo quiero que seas tú mismo. Te necesito. Tu hijo te necesita. Por favor, por favor no nos abandones.»

Capítulo Nueve

El juicio de Carl Bates duró doce días. Susan asistía diariamente al proceso, y no sólo tenía que soportar la tortura de oír los detalles del asesinato de su marido, sino también la silenciosa mirada de desaprobación de Hank. Pero, ¿quién era él para censurar sus actos? Quizá estaba verdaderamente preocupado por ella y por el niño. Pero, por lo que a Susan respectaba, Hank no tenía derechos de ninguna clase. Había dejado perfectamente claro que su futuro no los incluía ni a ella ni a su hijo.

Aunque Susan les había asegurado que no necesitaba su compañía, Sheila y Donna se turnaban para acompañarla al juzgado a diario.

Aquel día habían ido ambas, además de Caleb. Tallie y Peyton habían viajado desde Nashville aquella misma mañana para estar presentes cuando el jurado emitiese el veredicto.

Hank, por su parte, permanecía de pie junto a la pared del fondo de la sala, acompañado de sus agentes.

Susan notó que el corazón se le aceleraba cuando los miembros del jurado regresaron con caras solemnes y los ojos clavados en el suelo. Un leve murmullo se extendió por la sala.

Finalmente, el juez tomó asiento, dio un golpe con el martillo y llamó al orden.

Susan sintió un fuerte ramalazo de náuseas. Se dijo que debió haber desayunado algo. Pero estaba tan nerviosa que ni había pensado en comer.

«Por favor, Dios mío, que no me ponga mala precisamente ahora.»

Donna se inclinó hacia ella y le susurró:

—¿Estás bien? Te has puesto blanca corno un fantasma.

—Tengo un poco de náuseas, eso es todo —le aseguró Susan.

Cuando por fin se emitió el veredicto y Bates fue declarado culpable, Susan dejó escapar un sonoro jadeo. Los ojos se le inundaron de lágrimas mientras agarraba el brazo de Donna.

«Gracias, Dios mío. Gracias. »

Una explosión de júbilo se apoderó de los presentes. El juez llamó al orden. Los ciudadanos del condado de Marshall guardaron silencio hasta que el juez dio por concluido el juicio con un golpe de martillo. En ese momento, los presentes se acercaron en tropel a la viuda de Lowell, al que tanto habían querido, conforme ésta se levantaba de su asiento. Caleb rodeó a su esposa y agarró a Susan del brazo. Donna se apartó ante la estruendosa avalancha de gente.

—Para que vean cómo nos encargamos de los asesinos en el condado de Marshall

—comentó el alcalde.

—Ahora Lowell puede descansar en paz —dijo alguien.

—Debemos agradecer a Hank Bishop la captura de Bates —vociferó un tercero.

—Supongo que se sentirá satisfecha con el resultado, ¿verdad, señora Redman? —

preguntó Sammv White, un periodista del Marshallton Chron irle.

—¿Algún comentario, señora Redman? —un reportero de la televisión local acercó un micrófono a la cara de Susan—. ¿Cómo se ha sentido al oír el veredicto?

El ruido de centenares de voces resonó en la cabeza de Susan, uniéndose a los desenfrenados latidos de su corazón. Las rodillas se le aflojaron. La habitación empezó a darle vueltas y más vueltas.

«Oh, Dios mío, Dios mío »

Hank vio desde lejos la expresión aterrada de su semblante, similar a la de un animal atrapado que no tuviera a donde huir. A empujones, fue abriéndose paso por entre el gentío. Al verla tambalearse, supo que se iba a desmayar. Caleb se apartó momentáneamente de Susan, tratando de alejar a la gente.

«Sujétala, Caleb! ¡Maldición, sujétala!», gritó Hank mentalmente.

Susan empezó a derrumbarse poco a poco. Caleb se volvió, alargó los brazos y la agarró, impidiendo que cayera al suelo. La multitud se apartó conforme Hank corría hacia ella. Todos

retrocedieron y observaron cómo la tomaba de los brazos de su hermano y, acurrucándola contra su pecho, la llevaba al exterior.

Susan volvió en sí justo cuando Hank la acomodaba en el asiento trasero del Lexus.

Abrió los ojos y lo miró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te desmayaste, cariño —él le acarició la mejilla con ternura —. Y no me extraña.

La mitad de los habitantes de Crooked Oak te tenía rodeada, y esos malditos periodistas no dejaban de hacerte preguntas.

—No… no desayuné nada esta mañana. Empecé a sentir náuseas, y.

—Creo que debería llevarte al doctor Farr para que te eche un vistazo.

—No. De veras, Hank. Me encuentro bien. ¿Puedes pedirle a alguien que me lleve a casa?

—Yo te llevaré.

—Pero no deberías…

—Podrán manejar la situación sin mí —Hank cerró la portezuela, rodeó el capó y se sentó tras el volante. Quiso decir que ya le había advertido que no acudiera todos los días al juzgado. ¿Le había hecho caso? No, por supuesto que no. Susan era terca como una mula—. ¿Quieres que pare y te compre algo de comer o de beber?

—inquirió mientras se alejaban del juzgado.

—No me apetece comer nada aún. Pero una tónica me sentaría bien.

—Tú no te muevas de ahí, cariño. Yo me ocupo de todo.

Veinte minutos más tarde, Hank detuvo el Lexus en el patio delantero de la casa.

Susan sostenía en la mano la botella de tónica casi vacía. Ninguno de los dos había hablado mucho en el trayecto. Hank no sabía por qué Susan estaba tan callada, pero sí por qué él había mantenido la boca cerrada. Si decía lo que pensaba, ella se enfadaría. Y no deseaba disgustarla, dadas las circunstancias.

Exhaló un suspiro de alivio al comprobar que no había ninguna de las habituales vecinas merodeando cerca. Susan no necesitaba que la agobiaran con más comentarios o preguntas.

Hank abrió la portezuela del pasajero y cuando ella empezó a relajarse la tomó en brazos.

—Puedo caminar —dijo Susan.

—Cállate, ¿quieres?

Maldición, no se daba cuenta de cómo se sentía? ¿De cómo se había sentido mientras duró el juicio, viéndola en la sala, contemplando el dolor que se reflejaba en sus ojos, sabiendo el alcance de su sufrimiento? Le preocupaba que el estrés mental y emocional acabara haciéndoles daño a ella y al bebé. Y no se había equivocado.

Pero Susan había estado en su derecho al decirle que aquello no era asunto suyo. O todo o nada. Eso era lo que Susan quería. Lo que esperaba. Pero él no podía dárselo todo… ni el matrimonio, ni la vida de felicidad que hubiese tenido con Lowell.

Hank se detuvo al llegar a la puerta.

—Dame la llave para que pueda abrir.

—Si me soltaras, podría abrir yo misma —Susan se retorció entre sus brazos.

—Estate quieta —le ordenó él con voz suave pero firme. Si no dejaba de discutir, no sería responsable de sus actos—. Dame la maldita llave.

Susan se acercó el bolso al pecho. A desgana, rebuscó dentro y extrajo la llave.

—Aquí la tienes.

Cuando hubieron entrado, los perros corrieron a su encuentro, olfateándolos y dirigiéndoles ladridos de bienvenida. Las dos gatas los miraron atentamente desde el rellano de la escalera. Susan siguió abrazada al cuello de Hank mientras él cruzaba la cocina y la llevaba al salón. Finalmente, la soltó en el enorme y cómodo sofá. Cuando trató de quitarle la chaqueta, ella le apartó las manos, se quitó la prenda y se la entregó.

Fred y Ricky se echaron en la alfombra próxima al sofá.

—¿Y ahora qué? —preguntó Susan—. Ya estoy en casa, sana y salva. No hace falta que te quedes.

—Me quedo.

—¿Por qué?

—Ya me estoy cansando de tu actitud —advirtió Hank. Al reparar en su expresión de sorpresa, hizo un esfuerzo por no sonreír

—. Quédate ahí. No quiero que te muevas. ¿Entendido?

—No, no lo entien…

—Vas a descansar, a relajarte, y dejarás que yo cuide de ti. Te preparé algo de comer.

—No tengo…

—Me da igual que tengas hambre o no. Necesitas comer algo. ¿Qué tal una sopa y unas galletas de soda?

—Oh, de acuerdo. Me parece bien.

—¿Por qué no te echas? Quizá puedas dormir un poco. Seguro que no has dormido bien últimamente, ¿verdad?

—No, no he dormido bien.

Hank colocó dos almohadones cuadrados en un extremo del sofá, agarró a Susan por los hombros y la acostó suavemente. A continuación le quitó los zapatos y la tapó hasta la cintura con el cobertor del respaldo del sofá.

—Cierra los ojos —le susurró.

Ella obedeció, sucumbiendo al placer de estar recibiendo los cuidados de Hank.

«Disfrútalo mientras dure» se dijo. «Todas las atenciones que está teniendo contigo no significan nada. Sólo cumple con su deber… cuidar de la viuda de Lowell.

Oyó cómo abría y cerraba la puerta del armario. Había colgado su chaqueta. Luego, los suaves acordes de un tema de Shumman llenaron la habitación. Hank había puesto un CD.

Susan suspiró.

Al cabo de unos minutos, su cuerpo comenzó a relajarse. El dolor de cabeza que la había atormentado durante todo el día empezó a aliviarse. Oyó los ecos de los armarios de cocina al abrirse, y el ruido de los cazos y los platos. Hank Bishop andaba haciendo de las suyas en la cocina. ¡Dios bendito! Aunque, ¿qué daño podía hacer abriendo una lata de sopa?

Lowell siempre la había colmado de cariño y ternura. Había sido el hombre más tierno y atento del mundo. Ya menudo Susan se había sentido indigna de él. Pero jamás le había mentido acerca de sus sentimientos, ni había fingido que lo amara apasionadamente. A Lowell, sin embargo, eso no parecía importarle. La había amado y la había tratado como a una reina. El cariño, el respeto y la comprensión que compartían habían compensando la falta de

pasión en su matrimonio.

«Mi pobre y querido Lowell. Si estuvieras aquí… Si no hubieras muerto y no me hubieras abandonado…»

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. Permaneció allí quieta, sollozando en silencio para que Hank no la oyera.

Casi se había adormilado cuando él regresó al salón. Susan percibió su presencia, abrió los ojos y lo miró. Estaba de pie junto a ella, con una bandeja en las manos, contemplándola atentamente.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

—Mucho mejor, gracias.

—¿Quieres comer ya? Te he traído una sopa de verduras… —señaló con la barbilla el tazón de la bandeja—. Y un sandwich de queso y un vaso de leche.

Como en respuesta, el estómago de Susan emitió un quejido. Sonriendo, ella se incorporó y deslizó las piernas por el borde del sofá.

—La verdad es que tengo hambre.

Hank le colocó la bandeja en el regazo y luego se sentó a su lado.

—Intenta no pensar más en el juicio. Carl Bates pasará en la cárcel el resto de su vida. Imagino que el juez Ware lo condenará a cadena perpetua. Así que ya terminó todo, cariño. Es hora de que sigas adelante con tu vida.

—El hecho de que Carl Bates pase el resto de su vida en la cárcel no traerá de vuelta a Lowell. Pero así se evitará que pueda asesinar a nadie más. En cuanto a eso de que va terminó todo… bueno, terminó al morir Lowell. Nunca será nada lo mismo sin él.

—Sí, lo sé —Hank deseó estrecharla entre sus brazos y consolarla, pero sabía que si la tocaba haría algo mucho más peligroso—. Vamos, cométela antes de que se enfríe.

La sopa de verduras estaba deliciosa, e incluso el sandwich de queso, ligeramente quemado, sabía bien. Cuando Susan hubo apurado hasta la última gota del vaso de leche, Hank tomó la bandeja y regresó a la cocina. Ella consiguió levantarse para seguirlo. Lo encontró delante del fregadero, fregando los platos.

—Podías haberlos metido en el lavavajillas —le dijo.

—Son muy pocos, y prefiero no molestarme con ese cacharro —

respondió él—.

¿Qué haces aquí? Se supone que debes descansar.

—Ya me encuentro bien —Susan se detuvo en la puerta, esperando que él se volviera y la mirase—. ¿Hank?

—¿Sí? —él seguía de espaldas a ella.

—Te he echado de menos.

Sus hombros anchos y fuertes se tensaron. Soltó el tazón y el vaso y se giró lentamente.

—Yo también te he echado de menos, cariño.

—¿No crees que podrías llegarte por aquí de vez en cuando? ¿Podríamos sentarnos a charlar, y No crees que podremos resistir la atracción mutua que sentimos, ahora que ya no estoy tan atractiva?

—¿Cómo que ya no estás tan atractiva?

—Bueno, mírame —Susan se pasó las manos por el voluminoso vientre—. Ya estoy de seis meses y medio, y…

—Y estás bellísima —Hank atravesó la cocina rápidamente y se detuvo justo delante de ella.

Susan respiró hondo al percibir el deseo que se reflejaba en sus ojos.

—¿De verdad me crees bellísima?

Hank sabía que si la tocaba, estaría perdido. Pero, que Dios lo ayudase, deseaba tocarla más que nada en el mundo.

—Creo que eres la criatura más bella que he visto nunca. Con tripa y todo —esbozó una sonrisa.

Susan notó que el estómago le daba un vuelco. ¿Por qué tenía que decirle palabras tan condenadamente hermosas?

—Cuando te marches hoy, no volverás, ¿verdad?

—No.

—Es tan injusto —ella alargó la mano para tocarlo, pero él retrocedió—. Lowell debería estar vivo y yo debería amarlo. Y éste… —se posó la mano en el vientre—, debería ser su hijo.

—Tienes razón. Lowell se merecía un destino mejor que el que tuvo.

—El sabía que yo no estaba enamorada de él

—Susan miró atentamente los ojos negros de Hank, deseando ver más allá de su superficie—. Pero nunca supo lo que sentía por ti. Y lo extraño es que, de habérselo dicho, creo que lo habría entendido.

—Lowell estaba loco por ti —Hank cerró los ojos para no verla —. Recuerdo cuando fue a yerme para pedirme que donara mi esperma. No dejaba de hablar de lo mucho que deseaba tener un hijo, pues tú eras de esas mujeres que no se sentirían completas sin ser madres. Hubiera caminado sobre carbones encendidos por ti.

—Sí, lo sé —Susan recorrió la distancia que los separaba, alzó las manos y enmarcó con ellas el rostro de Hank—. Tú y yo éramos las personas más importantes en la vida de Lowell. El nos quería, y nosotros lo queríamos a él. Hubiese querido vernos felices. ¿No comprendes que, si pudiera, Lowell te diría que no debes sentirte culpable por quererme? —bajó la mano, tomó la de Hank y se la acercó al vientre

—El hubiera deseado que amases a este hijo y fueras su padre.

Hank la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza, acariciando su cabello, susurrando su nombre una y otra vez. Susan se fundió con él, como si el calor de su cuerpo se filtrara en el suyo y los uniera. Hank le besó la frente, las sienes y luego las mejillas.

Ella alzó el rostro, ofreciéndole sus labios.

—No te vayas. Quédate conmigo esta noche. Te necesito tanto, Hank…

El poseyó su boca con un cálido y ansioso beso que manifestaba todo su deseo.

Susan se aferró a su cuerpo mientras Hank la envolvía en la seguridad de su poderoso abrazo.

De repente, oyeron que alguien llamaba a la puerta trasera. Hank giró la cabeza a tiempo de ver cómo alguien se asomaba por el panel de vidrio de la puerta de la cocina. ¡Dios todopoderoso! Era Caleb. Y Sheila estaba a su lado.

—Es mi maldita familia —dijo—. Debí imaginar que vendrían para ver cómo estás.

Susan era muy consciente de que tenía el cabello revuelto, las mejillas sonrojadas y los labios hinchados cuando Caleb, Sheila, Tallie y Peyton entraron en la cocina.

—Menos mal que hemos sido los primeros en llegar —dijo Tallie —. Hubierais tenido dificultades para explicar la situación, de haber llegado antes los demás.

Hank se paseó incómodo. Susan se sonrojó todavía más.

—La mitad de Crooked Oak viene hacia aquí —explicó Caleb—.

La gente quiere celebrar esta victoria con la viuda de Lowell.

—Traen comida y piensan montar una fiesta —añadió Sheila.

—Oh —Susan miró a Hank—. No lo sabía. La puerta se abrió de repente. La señora Dobson y la señora Brown entraron con toda la frescura del mundo, como si su presencia no constituyera una intrusión. Cada una llevaba una bandeja cubierta con un paño.

—Veo que habéis empezado sin nosotras —comentó la señora Brown—. Susan, querida, ve a la puerta principal a recibir a tus invitados. Teenie y yo nos ocuparemos de la comida y pondremos la mesa.

—Sí, gracias —Susan siguió mirando a Hank, deseando que reaccionara, que dijera algo.

Tallie la tomó del brazo la sacó de la cocina. Cuando llegaron al salón, el timbre empezó a sonar.

—¿Quieres que abra yo? —preguntó Sheila.

—Si eres tan amable… —respondió Susan.

Al cabo de quince minutos, la casa estaba llena a rebosar de la misma gente que, cinco meses antes, habían compartido con ella el dolor por la muerte de Lowell.

Ahora deseaban compartir su satisfacción por que el asesino de Lowell hubiese sido juzgado y condenado.

Hank se quedó una hora más, alternando con los vecinos. Luego se acercó a Susan.

Ella supo que se marchaba antes de que él se lo dijera.

—Me voy. Tengo que pasarme por la oficina —no la tocó. Ni siquiera le tomó la mano. Pero Susan sabía, por su mirada, que deseaba tocarla, llevarla al cuarto y hacerle el amor—. Te llamaré por la mañana.

—Sí, por favor. Llama.

—Si me necesitas…

—No vas a volver, ¿verdad? —dijo ella en un susurro.

El no respondió. No era necesario. Ella sabía la respuesta.

Hank la abandonaba de nuevo. Otra vez huía asustado. Y Susan no sabía qué hacer o qué decir para que cambiase de opinión. No podía obligarlo a que la amase. No podía obligarlo a dejar de lado sus miedos e inseguridades. El tiempo se les estaba acabando.

Perder a Lowell había sido difícil, pero Susan había sobrevivido.

Pero si perdía a Hank…

Susan se excusó y se retiró al cuarto de baño. Una vez dentro, se sentó en el banquillo acolchado y descansó la cabeza en el tocador. Donna abrió la puerta, entró y se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Susan levantó la cabeza y miró a su amiga.

—No, no me encuentro bien. Y si pierdo a Hank, no creo que vuelva a encontrarme bien nunca más.

Capítulo Diez

—Tengo que sentarme —se quejó Donna—. Los pies me están matando.

Susan miró a su amiga, que con su embarazo de siete meses y medio parecía un barril.

—¿Por qué no te vas al despacho y descansas un rato? Ya me has ayudado bastante hoy. Creo que Scooter y yo podremos arreglárnoslas solos hasta que llegue Sheila. A mediodía será cuando llegue más gente. Todos adoran el estofado de pollo de Ella Higgins y el asado de Jerry Smith, así que nadie faltará al almuerzo.

—Ah, olvidé decirte que trajeron las máquinas expendedoras de Coca Cola mientras ayudabas al señor Murphy a montar los altavoces —Donna levantó un pie y luego el otro—. Creo que tengo los tobillos hinchados. Dios, nadie me dijo que el embarazo la convertía a una en una vaca —miró a Susan—. Claro que no todas nos ponemos redondas como globos. Mírate. Estás de siete meses casi, y sigues como un fideo.

—Un fideo con un melón a cuestas —Susan se rió mientras se frotaba el vientre—.

Anda, vete ya. Te avisaré si te necesito.

Mientras Donna se dirigía hacia el despacho, Sheila Bishop detuvo el coche en el aparcamiento del refugio de animales. Tras apearse y saludar a Donna, le hizo a Susan una señal con la mano.

Susan se sentía afortunada al tener tantos amigos y conocidos que apoyasen la labor del refugio. Sin su ayuda, no hubiera podido organizar la jornada anual de recaudación de fondos que proporcionaba una cuarta parte de los ingresos de la institución. Dicho evento se había hecho muy popular en todo el condado y las zonas aledañas.

—Caleb y Danny llegarán dentro de una hora —dijo Sheila.

—Celebro que hayas venido temprano —dijo Susan—. Donna lleva aquí desde las siete y está hecha polvo.

—Pobrecilla. ¿Parece que va a tener gemelos, verdad?

—No, sólo una niña, pero es muy grande.

—Me pregunto si el padre de esa criatura será muy corpulento.

—¿Donna te ha hablado de él? —preguntó Susan.

—No mucho más que a ti. Sus amigos lo llaman J.B. Es un vaquero duro y curtido, y Donna y él hicieron el amor como locos durante un par de días. Es lo único que sé.

Susan soltó una risita.

—Dios mío, tal como lo cuentas suena espantoso.

—Tengo, eh, algo que decirte —comentó Sheila.

—Así que por eso has venido más temprano. Y yo que pensaba que querías ayudarme.

Sheila le dio una desenfadada palmadita en el brazo.

—Traigo dos tartas y tres pasteles en el maletero del coche. Y ya estoy dispuesta y preparada para seguir tus órdenes. Pero…

—¿Pero qué?

—Puede que deba excusarme si empiezo a sentir las náuseas matutinas que vengo padeciendo desde hace unos días.

—¿Qué? Náuseas matutinas—Susan lanzó un chillido, y luego abrazó a Sheila—.

Estás embarazada. Caleb y vais a tener otro hijo.

—Caleb está tan contento… —dijo Sheila—. Lamenta no haber estado conmigo durante el embarazo de Danny, así que le entusiasma la perspectiva de compartir éste.

—Eres muy afortunada —Susan volvió a abrazarla—. Caleb es el único hombre al que has amado siempre, y ahora te quiere tanto corno tú a él. Tus sueños se han hecho realidad.

—Cariño, quizá las cosas puedan arreglarse entre Hank y tú. Es un maldito cabezota. Todos los Bishop lo son. Caleb tampoco se creía capaz de ser un buen marido. Pero, en realidad, yo diría que Jake es el único que no ha nacido para casarse. Compadezco a la mujer que se enamore de él.

—Te agradezco que nos invitaras a Hank y a mí a cenar en la granja la semana pasada. Pero me temo que de poco sirvió. Ni siquiera intentó acercarse a mí.

—Oh, yo no diría eso —repuso Sheila—. Cualquiera con dos dedos de frente notaría, por cómo te mira, que Hank está loco por ti. Más tarde o más temprano, seguro que supera su temor al matrimonio y a la paternidad.

—¿Crees sinceramente que Hank está enamorado de mí?

—Sí, lo creo. Y Caleb opina lo mismo. Pero me parece que Hank aún no es consciente de ello. Nunca había estado enamorado, así que ignora que lo que siente es amor.

Susan sonrió, repentinamente llena de esperanza.

—Me pregunto si vendrá hoy

—Seguro que sí —dijo Sheila—. Es el sheriff. Tiene que hacer acto de presencia.

Hank saludó y habló con varias personas mientras se abría paso por entre el gentío que se había congregado en la jornada de recaudación de fondos. Consultó su reloj.

Las cinco menos cuarto. La fiesta terminaba al anochecer, o sea muy pronto.

Hank había esperado deliberadamente hasta última hora para presentarse, pues no tenía más remedio que asistir. Pero no deseaba pasarse el día entero viendo a Susan y deseándola. Porque la deseaba.

Pasó junto al tenderete de la adivina, y se sorprendió al descubrir que la gitana, pintorescamente vestida, no era otra que la señora Dobson, la vecina de Susan.

La mujer le hizo una señal con la mano. El le sonrió.

—Venga, sheriff, le diré la buenaventura —dijo ella—. Sólo son dos dólares, y es para una buena causa.

A desgana, Hank se acercó al tenderete, sacó la cartera y le dio el dinero a la señora Dobson.

—Tenga, dígale la buenaventura gratis a otra persona —dirigió a la bola de cristal una mirada cargada de intención.

—¿Qué dices, Susan? Quieres que te diga la buenaventura gratis, cortesía del señor Bishop?

Hank giró rápidamente la cabeza. Susan estaba a unos cuantos centímetros, tras él. Llevaba unos tejanos y una blusa de premamá roja. Se había recogido la larga melena castaña en una coleta, y los rizos le enmarcaban el rostro.

Maldición, cada vez que la miraba, la deseaba.

—¿La buenaventura gratis? —Susan se acercó al tenderete—. ¿Cómo voy a rechazar semejante oferta? —Sonrió a Hank—. Hola, ¿cómo estás? Empezaba a pensar que no vendrías.

—Pues ya ves, he venido. ¿Cómo va todo? Parece que aún queda mucha gente.

Susan lo agarró del brazo y lo condujo al interior del tenderete.

—Vamos, Hank. Acompáñame mientras la señora Dob…, quiero decir, Madam Yolanda me lee el porvenir.

—Siéntate, querida, y te revelaré los secretos de tu futuro —dijo la señora Dobson con lo que, indudablemente, ella consideraba un acento extranjero.

Susan tomó asiento y extendió la mano. La señora Dobson le pasó el dedo por las diminutas líneas de la palma y sonrió.

—Veo que se avecina para ti una gran felicidad. Un bebé sano y hermoso. —Susan miró a Hank y sonrió. El se encogió de hombros, como diciendo: «Todo el mundo sabe que esperas un hijo».

—Y veo un nuevo amor. Un amor para toda la vida. Un hombre bueno que cuidará de ti y de tu hijo —la señora Dobson señaló a Hank con la mirada.

Susan se ruborizó. ¿Acaso todos sabían que estaba enamorada de Hank Bishop?

¿Se delataría a sí misma cada vez que lo miraba?

—¿Y cuándo aparecerá en mi vida ese nuevo amor? —Inquirió Susan—. ¿Cómo podré reconocerlo?

—Ya ha aparecido, querida. Y tu corazón lo reconocerá.

Susan esbozó una cálida sonrisa. Al parecer, la señora Dobson había adivinado que entre Hank y ella había algo más que amistad, o quizá la anciana era sólo una romántica que jugaba a casamentera.

—Veo más hijos en tu futuro —prosiguió la señora Dobson haciendo gestos teatrales y exagerados—. Otro niño, y luego una niña. Una niña de cabello y ojos negros, como su padre.

Hank se removió incómodo. La señora Dobson lo señalaba como futuro compañero de Susan. ¿Era la anciana una auténtica pitonisa, o simplemente expresaba su deseo de que se casara con Susan y la cuidara?

—Gracias —dijo Susan—. Me gusta mucho mi futuro.

—Sé feliz, hija —dijo la señora Dobson—. Es lo que Lowell

hubiese deseado.

Susan abrazó a la anciana. Luego se levantó y tomó de nuevo el brazo de Hank.

—Vamos. Te enseñaré los alrededores.

—De acuerdo.

—¿Has comido? —preguntó Susan.

—Todavía no.

—Bueno, ya no queda estofado de pollo, pero podemos servirnos un poco de asado y cenar juntos en el despacho.

—Susan, no creo que sea una buena idea —dijo Hank—. Es decir…, espero que no te hayas tomado en serio los vaticinios de la señora Dobson.

Susan se detuvo, alzó los ojos para mirarlo y sonrió.

—Hank Bishop, realmente me tienes miedo, ¿verdad?

—¿Miedo? No sé de qué estás hablando —Susan había lanzado un desafío, y él lo sabía. Si se negaba, le demostraría que estaba en lo cierto. Si accedía, corría el riesgo de acabar haciéndole de nuevo el amor—. Vamos por ese asado —dijo al fin.

Susan se limpió la boca con una servilleta de papel. A renglón seguido jadeó satisfecha.

—Jerry Smith hace los mejores asados del estado de Tennessee.

—Debo darte la razón —dijo Hank mientras apuraba los últimos tragos de cerveza.

Había aceptado el desafió de Susan, y habían pasado veinte minutos a solas en la oficina, cenando y charlando de temas insustanciales.

—¿Te ha contado Caleb la noticia? —preguntó Susan.

—Hace días que no hablo con Caleb —contestó Hank—. ¿Qué noticia?

—Sheila está embarazada.

Hank asintió. La expresión de su rostro delataba su sorpresa.

—Parece que Caleb se está habituando muy deprisa a la vida doméstica. Me alegra que todo saliera bien entre Sheila y él. Debo reconocer que tuve mis dudas cuando me dijeron que iban a casarse.

—¿Por qué tuviste dudas? —preguntó ella—. Se querían, y deseaban pasar el resto de sus vidas juntos.

—Sí, lo sé. Pero no estaba seguro de que Caleb fuera capaz de

casarse y sentar la cabeza.

—Es un marido maravilloso y un buen padre para Danny.

—Mira, Susan, yo… —Hank bajó los pies de la mesa—. He estado pensando sobre el niño. Sobre tu hijo.

—¿Qué pasa con mi hijo? —Susan notó que el corazón se le detenía durante una milésima de segundo.

—Bueno, un niño necesita a un padre, y puesto que… técnicamente es hijo mío…

—Sí, técnicamente lo es —convino Susan.

—No sé qué clase de padre puedo ser —Hank retiró la silla y se levantó—. No tuve un buen ejemplo. Mi abuelo era un hombre honesto y trabajador, pero también demasiado frío e inflexible. Y ya sabes el fracaso que fue mi padre.

—Pero el hecho de que tu padre y tu abuelo no fueran los mejores padres del mundo no significa que tú no puedas ser un buen padre.

—No quiero convertirme en parte de la vida de ese niño y después decepcionarlo abandonándolo

—Hank rodeó la mesa y se acercó a Susan.

Ella aguardó, con el corazón acelerado.

—¿Quieres ser el padre de este niño?

Cuando él se sentó a su lado, Susan le tomó la mano y se la llevó al vientre. Su hijo eligió ese preciso momento para hacer manifiesta su presencia.

—¡Caramba! ¡Menuda patada! Este niño va a ser futbolista. Esas patadas no te duelen, ¿verdad?

—No, la verdad es que no. Pero a veces tu hijito se concentra en un lugar concreto y la presión puede resultar molesta. Parece que es tan terco como tu.

Hank no sabía cómo hacer frente a los sentimientos que experimentaba. La iminuta vida que crecía en el interior de Susan era la de su hijo. Al final, comprendió lo que deseaba en realidad.

—Deseo ser algo más que el padrino de mi hijo —dijo.

Susan le rodeó el cuello con los brazos y lo miró amorosamente a los ojos.

—Serás un padre maravilloso. Ya lo verás.

Lo único que Hank podía ver en aquellos momentos era a Susan… suave, hermosa, cálida. La atrajo hacia sus brazos. Dios

bendito, cómo adoraba sentirla. Adoraba su físico, su manera de moverse y de hablar. Incluso su olor. Dulce y fresco como las flores en primavera.

La besó con tierna pasión, consciente de que iba a hacerle el amor. Siempre ucedía así cuando se tocaban. Un incontrolable deseo los consumía.

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió de golpe.

—Susan, querida, acabo de contar el dinero recaudado, y… —los pies de la señora Brown resbalaron sobre el suelo de madera al detenerse bruscamente—. Oh, cielos, cielos.., perdonad… No sabía… no sabía que… Lo siento mucho —se dio media vuelta y salió como una exhalación de la oficina, con tanta prisa que olvidó cerrar la puerta.

Hank musitó un taco. Susan se mordió el labio inferior. Los dos se miraron y estallaron en carcajadas.

—No deberíamos reírnos, cariño. La señora Brown dirá a todo el mundo que nos ha sorprendido besándonos.

—No me importa —respondió Susan—. No me importa que todo el mundo sepa que nos estábamos besando.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco. Total, el pueblo acabará enterándose de nuestra relación antes o después.

—¿Tenemos una relación? —inquirió Susan.

—Sí, creo que sí —contestó él—. Si hoy paso la noche contigo, todos sabrán que entre nosotros hay algo más que simple amistad.

—¿Vas a pasar la noche conmigo?

—Si me dejas, sí.

Un placer más cálido que el sol de abril se extendió por el cuerpo de Susan e inundó su corazón. Hank no iba a abandonarla. No iba a dejar que criara sola a su hijo. Deseaba ser su padre. Susan sabía, en el fondo de su corazón, que sólo era cuestión de tiempo que le propusiera matrimonio.

Rodeándole el cuello con los brazos, cerró los ojos y entonó una silenciosa plegaria de agradecimiento. A partir de ahora todo iría bien, se dijo. Hank, el niño y ella serían una familia.

El sonido del teléfono sacó a Susan de un maravilloso sueño.., un sueño en el que Hank y ella estaban felizmente casados. Al alargar la mano hacia la mesita de noche golpeó sin querer el despertador. Tras descolgar el auricular, contestó y miró hacia el

otro lado de la cama. Vacío. Hank había desaparecido. Agotada tras la fiesta de recaudación de fondos y una sesión de amor plenamente satisfactoria, Susan se había quedado dormida como un tronco, y ni siquiera notó que Hank hubiese salido de la cama.

—¿Susan? ¿Estás ahí? —preguntó Sheila.

—Eh? Oh, lo siento. Sí, estoy aquí.

—¿Sigue Hank ahí contigo?

—¿Qué? ¿Cómo has sabido que…?

—Las noticias se difunden muy deprisa —contestó Sheila—. ¿Está Hank ahí?

—No lo sé. Puede que esté abajo.

—He pensado que debéis saberlo. La señora Brown ha ido diciendo por ahí que os sorprendió besándoos.

—Oh, cielos, me lo temía.

—Bueno, la señora Brown estaba encantada. Está segura de que pronto sonarán campanas de boda. Opina que Hank y tú hacéis una pareja perfecta. Pero me temo que no todo el mundo está de acuerdo.

Susan se deslizó hacia el borde de la cama, se coló las zapatillas y se levantó.

—¿Cómo es posible que se haya corrido la voz tan deprisa? La señora Brown nos vio ayer por la tarde.

—Eso no es lo peor —Sheila exhaló un suspiro.

—¿A qué te refieres?

—Al parecer, han visto el Lexus de Hank aparcado en el patio de tu casa, y todos saben que ha pasado la noche contigo. Eso, unido al relato de la señora Brown, ha hecho que los rumores corran como la pólvora por el pueblo. Hoy ya he recibido cuatro llamadas telefónicas, y son sólo las ocho.

—Maldición ¿Por qué se meterá la gente en los asuntos de los demás?

—He creído que debía avisaros. Así estaréis preparados para lo peor.

La puerta del dormitorio se abrió de pronto, y Hank entró con dos tazas de cerámica.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acercaba a Susan.

Ella tapó el auricular con la mano y dijo:

—Sheila. Quería avisarnos de los cotilleos que corren por el

pueblo. Parece ser que la señora Brown ha contado a todo el mundo que nos vio juntos ayer. Y alguien vio tu Lexus aparcado en el patio en plena noche.

Hank le pasó a Susan una taza de chocolate caliente y luego le quitó el auricular de la mano.

—Sheila, soy Hank.

—Mira, Susan y tú debéis saber que en el pueblo se han formado dos bandos… con opiniones contrarias sobre vuestra relación. Algunos se muestran encantados de que seáis pareja. A otros les es candaliza que hayáis ido tan deprisa, estando aún reciente la muerte de Lowell.

—A Susan y a mí no nos importa lo que piensen los demás. Pero puedes decirle a quien te pregunte que vamos a casarnos lo antes posible.

—¿Qué? —gritó Sheila.

—¿Qué… qué has dicho? —murmuró Susan, mirando a Hank con los ojos abiertos de par en par.

—Susan te llamará más tarde —le dijo Hank a Sheila, y luego colgó.

—¿Hank? —Susan soltó la taza en la mesita de noche—. ¿Qué has querido decir con eso de que vamos a casarnos lo antes posible?

El soltó su taza junto a la de ella, y a continuación la agarró por los hombros con ternura.

—Lo he pensado mucho, cariño. Y es lo mejor. Estás embarazada de mí, y el niño necesita un padre. Reconozco que me da miedo la idea de intentar ser un buen padre y un buen marido, pero no se me ocurre otra solución. Es mi deber ocupar el lugar de Lowell. Naturalmente, tendrías que venirte conmigo a Alexandria cuando regrese al FBI.

Susan lo miró fijamente mientras hablaba. Las palabras que más resonaban en su mente eran «lo mejor», «solución» y «deber». Pero no había mencionado la palabra

«amor». Hank le estaba ofreciendo aquello con lo que ella había soñado… el matrimonio. Pero en sus sueños Hank la amaba.

Susan se retiró de él. Hank la miró inquisitivamente.

—Quiero que te vayas —dijo ella con voz serena y controlada. El se limitó a seguir mirándola con ojos interrogantes—. No quiero que te cases conmigo porque no encuentres otra solución. Porque

creas que es lo correcto —poco a poco, fue alzando la voz—. ¡No quiero que me hagas favores! ¡No tienes que sacrificar tu bendita soltería por mí y por mi hijo!

—Susan, cariño, no te disgustes —Hank alargó la mano, pero ella la rehuyó—. Creía que deseabas casarte, y…

—Márchate —le gritó Susan.

—¿Susan?

—Maldita sea, Hank Bishop, desaparece de mi vista ahora mismo! —lo miró con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Está bien. Cálmate. Me iré y te daré tiempo para que te lo pienses —Hank se dirigió presuroso hacia la puerta. Luego se detuvo—. Sólo trato de hacer lo mejor para los dos.

Susan agarró una figurilla de cristal de la mesita de noche y se la arrojó a la cabeza. Fallando por muy poco, la figurilla se hizo añicos contra el marco de la puerta y cayó al suelo.

Hank salió rápidamente. Susan se derrumbó en la cama, apretó los puños y golpeó con furia las almohadas.

¡Maldito fuera! ¿Cómo se atrevía a proponerle matrimonio de una manera tan fría y calculada? Deber. Responsabilidad. Lo correcto. Al diablo con todos aquellos nobles sentimientos. Ella los hubiera intercambiado gustosamente por una única palabra.

Amor.

Necesitaba hablar con alguien que la ayudara a decidir qué hacer. ¿Tenía derecho a rechazar la oferta de Hank y privar a su hijo de un padre?

Susan descolgó el auricular del teléfono, marcó un número y esperó.

—¿Sí? —respondió una voz de hombre.

—Reverendo Swan, soy Susan Redman. Necesito hablar con usted enseguida.

¿Puedo ir de aquí a una hora?

—Por supuesto que sí, Susan. Ven.

Tras darse un baño, Susan se vistió rápidamente, bajó a echarles de comer a los animales y dejó salir a los perros unos minutos. Al entrar en la cocina oyó el retumbo de un trueno. Estupendo. Iba a llover. Se acercó al frigorífico para sacar una botella de leche y reparó en la nota prendida en la puerta.

—Les he echado de comer a los perros y a los gatos —leyó en

voz alta—. Tenemos que hablar esta misma noche. Te llevaré a cenar fuera. Hank.

Susan arrugó la nota y la arrojó al cubo de la basura. Tras ponerse el abrigo, se dirigió al coche. De pronto, el cielo pareció abrirse, descargando una lluvia torrencial.

Susan condujo despacio, tomando precauciones extra, pues la carretera estaba resbaladiza y la visión era casi nula. Al llegar a un cruce, vio que un coche se acercaba por la izquierda a gran velocidad. El conductor no aminoró la marcha.

Susan comprendió lo que iba a ocurrir, sabiendo que no podría hacer nada para impedirlo. El descontrolado vehículo golpeó de lleno el costado del coche de Susan con una fuerza mortífera. El air bag se activó. Ella gritó. Y e pronto todo se volvió negro

Capítulo Once

Hank contestó escuetamente a los saludos que recibió al entrar en la oficina.

Esperaba que la jornada fuese tranquila, porque no le apetecía en absoluto tratar con problemas ajenos.

Cerró el despacho dando un portazo, comprobó la máquina de café situada sobre la mesita del rincón y agradeció que alguien hubiera tenido el detalle de dejarle café preparado. Tras servirse una taza, retiró la silla de la mesa y se sentó.

¿Qué había hecho mal? Estaba seguro de que Susan quería casarse con él. ¿Por qué, entonces, se había puesto hecha una furia cuando le propuso matrimonio esa misma mañana? No comprendía a las mujeres, sobre todo a una en particular.

«Vamos, Bishop, admítelo» lo aguijoneó una voz interior. «Tu proposición no fue precisamente de ésas con las que una mujer sueña durante toda su vida. Sin rosas.

Ni velas. Ni música romántica endulzando el ambiente. Debiste esperar el momento adecuado. Diablos, ni siquiera le has comprado aún el anillo.»

De acuerdo, en primer lugar necesitaba hacer un par de reservas para cenar en un sitio romántico. Luego llamaría a alguna joyería de Marshallton para encargar un anillo de diamantes. Y también pediría a la floristería local dos docenas de rosas…

No, de lilas. Un enorme ramo de lilas.

Justo cuando alargaba la mano hacia el teléfono, alguien llamó a la puerta del despacho.

—¿Sí?

—Hank, soy Richard —contestó el agente conforme abría la puerta.

—¿Qué sucede? —Hank se fijó en la expresión grave del agente y supo que algo terrible había ocurrido—. ¿De qué se trata?

—Acabamos de recibir una llamada del departamento de policía. Ha habido un grave accidente de automóvil. Un conductor ebrio se saltó un semáforo en rojo y chocó con el costado de un coche que había pasado el semáforo en verde.

—Maldición Me gustaría meter a todos los conductores borrachos entre rejas. ¿Y ha sido muy grave? ¿Algún muerto?

—El borracho ha fallecido. No llevaba puesto el cinturón de seguridad.

—La mujer que conducía el otro vehículo ha sido ingresada urgentemente en el hospital. Estaba inconsciente y ha perdido mucha sangre. El air bag no la protegió.

Dios, Hank… lo siento. Se trata de Susan Redman.

El mundo se detuvo de repente, despojado de sonido, de luz, de movimiento. Hank oía los latidos de su propio corazón. Veía moverse los labios de Richard Holman, pero no entendía nada de lo que decía. Su cuerpo había sido engullido por un gélido pavor.

Susan había sufrido un accidente. ¿Y si estaba herida de gravedad? ¿Y si perdía el niño? ¿Y si moría?

Notó una mano en el hombro. Se giró para mirar al agente.

—Vamos —dijo Richard—. Te llevaré al hospital.

—¿Está…? —Hank se aclaró la garganta—. ¿Está muy mal?

Richard le dio un palmadita en la espalda.

—Me temo que sí.

Llegaron a la sala de urgencias del hospital quince minutos más tarde. El personal informó a Hank que la señora Redman estaba siendo intervenida en la segunda planta. No se detuvo a hacer ninguna pregunta. Cuando Richard y él entraron en el ascensor, se giró hacia el agente y le dijo:

—Quiero que me hagas el favor de llamar a Caleb y Sheila.

—Ya me he ocupado de eso —respondió Richard—. Antes de salir de la oficina, pedí a Helen que llamase a tu hermano.

—Gracias.

¿Por qué diablos tardaba tanto el maldito ascensor en subir una condenada planta?

Tenía que llegar hasta Susan. Tenía que estar con ella. Hacer algo para salvarla.

Mientras se recordaba a sí mismo lo irracionales que eran sus pensamientos, la puerta del ascensor se abrió. Hank salió corriendo y enfiló el pasillo, seguido de Richard. Kendra Camp salió inmediatamente a su encuentro.

—La señora Redman está en el quirófano. La metieron hace diez minutos.

—Dime lo que sepas. Por favor —Hank crispó los puños. Su mandíbula se tensó. Los ojos se le empañaron levemente.

—Acompáñame a la sala de espera —Kendra lo tomó del brazo y luego saludó a Richard con un escueto gesto de asentimiento. Llegaron a la sala de espera en pocos segundos—. ¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Kendra.

—No puedo sentarme —respondió Hank—. Dímelo. ¿Está muy mal? ¿Qué posibilidades tiene?

Kendra miró nerviosamente a Richard.

—Ha sufrido una hemorragia interna y el embarazo complica las cosas. El doctor Hall y el doctor Farr la están interviniendo —Kendra tomó la mano de Hank entre las suyas—. Es muy posible que tengan que practicarle una cesárea.

—¿Una cesárea? Pero si ni siquiera está de siete meses —dijo Hank—. Es muy pronto para que el bebé nazca.

Kendra le apretó la mano.

—Los niños prematuros tienen más posibilidades de sobrevivir ahora que hace unos años.

—No puede perder el niño —dijo Hank—. No sabes lo que ese hijo significa para ella.

—Entiendo —los ojos de Kendra se llenaron de lágrimas—. Sé que es lo único que le ha quedado de su marido. Créeme, los doctores harán lo posible por salvarlos a los dos.

Hank deseó gritar a los cuatro vientos «No es hijo de Lowell, sino mío ¡Mi hijo!».

—¿Quieres decir que existe la posibilidad de que tengan que elegir entre salvar a uno o a otro?

—Intenta no pensar en…

Hank retiró las manos de Kendra y la miró con severidad.

—Maldita sea, dímelo.

—Sí. Si deciden practicar la cesárea, puede que el niño corra peligro, pero Susan se salvará.

—Entonces, diles que le hagan la cesárea —Hank asió a Kendra por los hombros—.

¿Me oyes? Entra ahí y diles que Susan es lo primero. Tienen que salvarla.

—Oh, Hank —las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Kendra.

—Hank, ella no puede entrar ahí y decirles a los médicos lo que deben hacer —

terció Richard posándole una mano en el hombro—. Además, tus órdenes no cuentan. Contarían si fueras el marido de Susan o el padre del niño.

—No soy el marido de Susan aún —Hank se apartó del agente y se volvió para mirarlos a los dos—. Pero me casaré con ella muy pronto. Es mi prometida. ¿No cuenta eso para algo?

—Oh, Hank, comprendo que te preocupes por ella, pero… —empezó a decir Kendra.

—La amo —la profundidad de sus sentimientos por Susan se le hizo repentinamente clara. Sí la amaba… más que a nadie en el mundo—. Y si alguien tiene derecho a decidir sobre el hijo de Susan, soy yo. Yo les di a ella y a Lowell ese hijo. Pero Lowell murió. Y no pienso permitir que Susan muera también. ¿Me oís?

—Hank, estás trastornado —Richard miró nerviosamente a Kendra—. No sabes lo que dices…

—Yo soy el padre del hijo de Susan —declaró por fin Hank.

Kendra emitió un jadeo. Un silencio absoluto se hizo en la sala de espera. Un silencio interrumpido al cabo de unos segundos, cuando entraron Caleb y Sheila.

—Hemos venido en cuanto pudimos —Sheila abrazó a Hank.

—Gracias a Dios que habéis llegado —dijo Kendra—. Me temo que Hank está muy trastornado.

—Kendra y Richard creen que me he vuelto loco —explicó Hank.

—Hank no está loco —dijo Caleb—. El es el padre del niño.

—Lowell era estéril —prosiguió Hank—. Yo doné mi esperma para que Susan pudiera ser inseminada artificialmente. El hijo que espera es mío.

—Iré a decírselo al doctor Farr —anunció Kendra, y se alejó corriendo por el pasillo.

—¿Cómo se encuentra Susan? —Inquirió Sheila mientras acompañaba a Hank hasta el sofá—. Sentémonos.

—Sufre una hemorragia interna. Es lo único que sé. La están operando. Y… es posible que tengan que practicarle una cesárea.

—Oh, Dios mío —exclamó Sheila con un jadeo sofocado.

—Será mejor que llame a Tallie —dijo Caleb.

—Sí —convino Sheila—. Y hay que decírselo a Donna antes de que se entere por otras personas.

Hank no podía permanecer quieto. Se removió en el sofá durante unos minutos, y luego se levantó y empezó a pasearse por la sala. Se sentía como encerrado en una jaula. Deseaba correr… huir de la posibilidad de perder a Susan. Y al niño.

«Por favor, Dios, no lo permitas» rezó en silencio. «<Ahora que Susan tiene la oportunidad de ser verdaderamente feliz. No me la arrebates. Por favor, que viva. Y también nuestro hijo. Te prometo que seré tan buen marido y padre como me sea posible. Jamás los decepcionaré. « ¡Lo juro!».

Los ojos se le inundaron de lágrimas. No había llorado desde que era niño. Ni siquiera al morir Lowell, que había sido como un hermano para él. Pero aquélla era Susan. Su Susan. La mujer a la que amaba.

Los minutos fueron pasando, y Hank siguió rezando con toda su fuerza de voluntad.

Media hora más tarde. Donna Fields entró en la sala, hinchada como un globo, y lo abrazó sin decir nada. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

La sala de espera estuvo llena a rebosar al cabo de tres horas.

—Todo el pueblo está rezando por Susan, hijo mío —dijo el reverendo Swan—.

Ahora todo está en las manos de Dios.

De pronto, la abarrotada sala se quedó en silencio. Hank percibió de inmediato el cambio en el ambiente. Se volvió y vio al doctor Farr, que acaba de cruzar la puerta.

—Hemos practicado la cesárea y hemos extraído al bebé —comunicó el doctor Farr —. Es muy pequeño… Apenas pesa kilo y medio —le colocó a Hank la mano en el hombro—. Está arriba, en la unidad de incubadoras.

—¿Cómo está? —inquirió Hank—. ¿Qué… posibilidades tiene?

—Ha habido suerte. Es muy probable que el niño sobreviva, aunque aún es pronto para hacer predicciones. Si quieres, puedes subir a verlo.

Hank agarró el brazo del médico.

—¿Y Susan?

—El doctor Hall saldrá a hablar contigo muy pronto.

Caleb se colocó al lado de Hank.

—Susan se recuperará. Tienes que tener fe.

—Estaba tan disgustada conmigo esta mañana —dijo Hank—. Le pedí que se casara conmigo, pero metí la pata. Ni siquiera le dije que la amaba —se pasó los dedos por el cabello—. He sido un imbécil. La he hecho sufrir con mi maldito temor al matrimonio y a la paternidad.

—Susan lo comprende —dijo Caleb—. Te perdonará. Fíjate en lo que yo le hice pasar a Sheila. Y me perdonó.

—Dios, espero tener la oportunidad de pedirle perdón.

«Y de decirle que la amo. Que ella es mi vida.» Al cabo de unos minutos, el doctor Hall encontró a Hank y a Caleb paseándose por el pasillo de la segunda planta. Por un terrible instante, Hank pensó que Susan había muerto.

—Susan está en la UCI —les comunicó el doctor Hall—. El doctor Farr ya les habrá dicho que la cesárea salió perfectamente. Hemos hecho lo que hemos podido por ella. Detuvimos la hemorragia, y…

—¿Va a vivir? —preguntó H.ank.

—No lo sé —contestó el doctor Hall—. Las próximas veinticuatro horas serán decisivas. Si consigue llegar a la noche, diría que tendrá muchas posibilidades.

—¿Puedo verla?

El doctor Hall asintió.

—Les diré a las enfermeras que le permitan entrar unos minutos.

—Gracias —Hank estrechó la mano del médico, y luego se giró hacia su hermano—.

¿Quieres explicarles la situación a Sheila y a Donna… y a todo el mundo?

—Claro —respondió Caleb—. Adelante, ve a verla. Yo me ocuparé de todo aquí abajo.

Hank titubeó antes de entrar en la UCI.

«Susan se pondrá bien. Susan se pondrá bien.»

Repitió la frase como si fuera una letanía, un cántico sagrado que pudiera protegerla de la muerte. Finalmente, abrió la puerta, entró y miró los numerosos cubículos cerrados.

—Sheriff Bishop, la señora Redman ocupa el número —le dijo una enfermera de mediana edad—. Sígame.

Hank sintió un doloroso nudo en el estómago al entrar en el pequeño cuarto. Susan yacía inmóvil, con el rostro amoratado e hinchado, y el cuerpo conectado a un sinfín de cables y tubos. Parecía muy pequeña, totalmente indefensa.

—El doctor Hall ha dicho que puede quedarse diez minutos —dijo la enfermera—.

Luego podrá volver en el horario regular de visita.

Hank asintió, y luego se acercó a la cama. Se inclinó sobre Susan, deseando con todas sus fuerzas que viviera. Alzó su lánguida mano y se la llevó a los labios. Tras besarla tiernamente, la apretó contra su mejilla.

—Hay algo que quiero que sepas —dijo—. Te quiero, Susan. ¿Me oyes? Te quiero.

Ella no se movió.

—Tienes que ponerte bien, cariño. Nuestro hijo necesita a su madre. Está arriba, recibiendo los mejores cuidados del mundo. Es pequeño, pero saldrá adelante —

una pequeña mentira piadosa, se dijo Hank. Una media verdad.

Permaneció a su lado hablándole, animándola, diciéndole una y otra vez cuánto la amaba.

Por fin, la enfermera apareció en la puerta y carraspeó.

—Tendrá que irse ya, sheriff Bishop. Pero podrá volver dentro de un par de horas.

Hank se inclinó para besar la frente de Susan y luego salió de la habitación. Su familia lo esperaba en la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó Sheila.

—Duerme —contestó Hank—. Podré entrar a verla otra vez dentro de dos horas.

—¿Qué tal si almuerzas algo? —Sugirió Caleb—. Podemos ir todos a la cafetería.

—Quiero ver a mi hijo —dijo Hank.

A Sheila y a Tallie se les saltaron las lágrimas. Las dos le pasaron

los brazos por la cintura, flanqueándolo.

—Subamos todos a ver a mi sobrino —dijo Tallie—. Tal vez no nos dejen entrar, pero podremos asomarnos por el panel de la puerta.

Tras ponerle una bata verde y unos guantes, las enfermeras dejaron pasar a Hank.

Su hijo yacía en la incubadora, con el cuerpecito conectado a una serie de tubos y de cables, igual que su madre.

El pequeño tenía unas piernas y unos brazos perfectos, y la cabecita cubierta de pelo negro.

Un sentimiento distinto de cualquiera que hubiese experimentado hasta entonces abrumó a Hank.

Aquella cosita que yacía en la incubadora, luchando por su vida, era su hijo.

—Sigue luchando, hijo mío. ¿Me oyes? Soy tu padre. Y no creas ni por un momento que no te quiero. Porque, Dios, te quiero muchísimo. Muchísimo —las lágrimas le rodaron por las mejillas. Sus hombros se estremecieron al intentar reprimir los sollozos—. Tienes que vivir por mí y por tu madre. Ella está abajo, luchando tan duramente como tú. Y cuando se despierte, lo primero que me preguntará será cómo estás. Quiero poder decirle que estás bien.

Dicho esto, Hank salió de la unidad de incubadoras, pasó junto a su familia y entró en el aseo de caballeros más próximo. Apoyó la cabeza en la pared durante un par de minutos, luchando por dominar sus emociones.

Cuando Peyton y Caleb entraron en el lavabo, Hank se estaba lavando la cara con abundante agua fría. Se sonó la nariz, arrojó el pañuelo de papel a la basura y respiró hondo.

—¿Hank algo que podarnos hacer? —preguntó Peyton.

—Estoy bien —respondió Hank—. Sólo necesitaba unos minutos para… para…

—¿Quieres que vayamos a comer algo? —Sugirió Caleb—. Aún falta media hora para que puedas entrar a ver a Susan otra vez.

—Sí —dijo Hank—. Un café me sentará bien.

Al regresar a la UCI Hank encontró a Susan aún dormida. Preguntó a las enfermeras por qué no se había despertado, y ellas le explicaron que Susan estaba en coma.

Permaneció en el hospital durante todo el día y toda la noche.

Aguardando.

Rezando. Esperando contra toda esperanza que Susan despertara. Subió varias veces a ver su hijo. El niño era todo un luchador, le dijeron. Saldría adelante.

La gente entraba y salía. Todos estaban preocupados. Hank habló con los médicos varias veces. Y siempre le decían lo mismo. Que ya se había hecho lo posible por el niño, y por Susan.

Caleb le llevó una muda de ropa el segundo día. Tenía el rostro cubierto de barba y el cuerpo dolorido de dormir en el sofá de la sala de espera.

Setenta y dos horas después de que hubieran ingresado a Susan en la UCI, la enfermera salió a la sala y despertó a Hank.

—¿Sheriff Bishop?

El abrió los ojos y la miró.

—¿Qué sucede? ¿Algo va mal?

—No, nada va mal —le aseguró la enfermera—. El doctor Hall está con la señora Redman. Ha vuelto en sí.

Hank corrió hacia la UCI.

—Aquí lo tienes —dijo el doctor Hall a Susan, y luego se giró hacia Hank—. Ha preguntado por ti.

Hank se acercó a ella, sintiendo una felicidad tan grande que temió que el pecho le estallara. Susan alzó la mano. El la tomó, la besó y la sostuvo con ternura.

—¿Nuestro hijo? —preguntó ella.

—Está arriba, en la incubadora. Es pequeño. Pesa apenas un kilo y medio. Pero está formado del todo. Creen que podrá respirar por sí solo dentro de un día o dos.

Tiene diez dedos en las manos y diez en los pies. Con uñitas y todo. Y una buena mata de pelo negro en la cabeza.

—Quiero verlo —pidió Susan.

—Aún no estás preparada para levantarte, y mucho menos para subir a la planta de arriba —dijo el doctor Hall—. Tendrás que dejar que Hank te siga informando durante unos días.

—¿Pero me encuentro bien, verdad? Quiero ver a mi hijito —los ojos de Susan se llenaron de lágrimas.

Hank se acercó su mano a los labios y le besó los nudillos una y otra vez.

—En cuanto puedas levantarte, te llevaré a verlo. Te lo prometo.

—Lo mejor que puedes hacer por vuestro hijo, Susan, es recuperarte del todo —dijo el doctor Hall—. Hank puede quedarse contigo todo el tiempo que quieras. Y te trasladaremos a una habitación individual por la mañana.

Hank acercó una silla y se sentó junto a la cama. Susan volvió la cabeza para mirarlo.

—Tienes un aspecto horrible —dijo—. ¿Cuánto hace que no duermes?

—He echado algún que otro sueñecito en estos tres días.

—¿Llevas aquí tres días?

—Tres y medio.

—Oh, Hank, debiste ir a casa a dormir un poco —Susan le pasó los dedos por la barba de varios días—. Y debiste afeitarte.

—¿Qué pasa con mi barba? .No te gusta?

—¿Por qué no has ido a casa?

—¿Córno puedes preguntarme eso? —Hank se inclinó para besarla—. No podía dejaros solos a ti y a mi hijo. De haber estado yo inconsciente, ¿me habrías dejado?

—No, pero yo te…

—Y yo te quiero a ti, Susan —le enmarcó el rostro tiernamente con las manos—. Te amo.

—¿Me amas?

—Sí. Y quiero que te cases conmigo. ¿Sabes lo que estaba haciendo cuando recibí la noticia del accidente?

—No. ¿Qué estabas haciendo?

—Me disponía a reservar mesa para cenar en un restaurante, a comprarte flores y un anillo de compromiso.

—Oh, Hank, pensé que… Cuando hablaste del deber y la responsabilidad.., bueno, no dijiste que me amabas.

—Sí, soy un idiota. No soy tan buen hombre como Lowell, cariño. El era amable, atento, y…

Susan le cubrió los labios con los dedos.

—Chist. Quería a Lowell. Sé lo maravilloso que era. Y creo que deberíamos ponerle su nombre a nuestro hijo. Pero tú eres el hombre al que he amado desde que era una adolescente. El hombre al que siempre he querido.

—Creo que es una buena idea ponerle al niño el nombre de Lowell. A él le hubiera gustado, ¿verdad?

—Y hubiera entendido nuestro amor —dijo Susan—. Hubiera querido que estemos juntos. Tú, yo y el pequeño Lowell Redman Bishop.

—Saldrá adelante —dijo Hank—. No vamos a perder a nuestro hijo.

Al día siguiente, Susan fue trasladada a una habitación individual, y dos días más tarde Hank la llevó en una silla de ruedas a la unidad de incubadoras para que viera a su hijo por primera vez.

Un gozo indescriptible inundó a Susan. Miró a su hijo, al hijo de Hank, y el corazón se le llenó de gratitud.

—Hola, Lowell, soy tu madre. Tú y yo tenemos que ponernos mutuamente al día en muchas cosas.

Permanecieron junto a su hijo durante una hora, hasta que Susan empezó a sentirse cansada.

—Te quiero, cariño —le dijo al pequeño—. Mamá está aquí, junto a ti. Para siempre.

—Te quiero, hijo —dijo Hank—. Y yo también voy a estar a tu lado. Iremos a cazar y a pescar, y jugaremos juntos al béisbol. Y me ayudarás a cuidar de tu madre y a hacerla feliz —se inclinó y besó a Susan.

Cuando regresaron a la habitación, la encontraron llena de amigos parientes, que les expresaron su alegría y les transmitieron su cariño.

—Tengo algo que anunciaros —dijo Susan mientras Hank le tomaba la mano—.

Hank y vamos a casarnos en cuanto el pequeño Lowell pueda abandonar el hospital

—tras la explosión de felicitaciones y buenos deseos, Susan se aclaró la garganta, y todos volvieron a guardar silencio—. Creo que es hora de que todos lo sepáis. La familia de Hank va lo sabe, pero… bueno, quiero que todos nuestros amigos conozcan la verdad —respiró hondo—. Lowell era estéril, pero deseaba darme un hijo. Así que pidió a su mejor amigo que donara su esperma. Hank es el padre biológico de mi hijo.

Hank sabía cuánto coraje había necesitado para hacer frente a sus amigos y comunicarles la verdad. No creyó que pudiera amarla más de lo que la amó en ese momento. Sabía que probablemente no se merecía a Susan, pero eso no iba a impedir que se casara con ella

y pasara el resto de su vida intentando ser digno de su amor.

Epílogo

El pequeño Lowell Redman Bishop fue dado de alta a las cinco semanas y cuatro días de edad. Todos estuvieron de acuerdo en que era el vivo retrato de Hank.

Tenía el pelo negro, los ojos oscuros y la barbilla terca de su padre.

Susan lo vistió con un trajecito blanco de encaje y un gorrito a juego. A continuación lo envolvió en la toca blanca que la señora Dobson había tejido a mano, y lo dejó en brazos de su «tía’> Donna mientras durase la ceremonia de la boda, a la que asistían los parientes y los amigos más cercanos.

El día era perfecto.

Con Caleb a su lado, Hank se volvió hacia Susan, transmitiéndole su felicidad con una sonrisa. Mientras Sheila y Tallie ocupaban sus respectivos lugares junto a Susan, Donna se acercó con el pequeño Lowell en brazos.

—Yo os declaro mando y mujer —dijo por fin el reverendo Swan, concluyendo la ceremonia—. Hank, puedes besar a la novia.

Fue un beso íntimo, apasionado, que selló eternamente su amor. Caleb carraspeó.

Tallie se echó a reír. Hank soltó finalmente a Susan, y ambos se giraron hacia sus amigos.

De repente, Tallie gritó desde la puerta, y luego prorrumpió en carcajadas.

—Dios mío, Jake, no puedo creer que hayas venido! Llegas demasiado tarde para la ceremonia, pero el banquete está a punto de empezar.

—No me digas que nuestro hermano mayor ha regresado a casa para asistir a la boda —dijo Caleb a Hank—. Vaya milagro. No fue a

la boda de Tallie, ni a la mía.

—Que me aspen —exclamó Hank—. ¡Es Jake!

—Bueno, es lo que faltaba para hacer el día perfecto, ¿verdad? —dijo Susan—. Los tres hermanos Bishop reunidos por primera vez en… ¿cuánto tiempo?

—Diecisiete años —respondió Hank, pasándole el brazo por la cintura para acompañarla a saludar al recién llegado.

—Viejo canalla —dijo Jake, dándole a Hank una fuerte palmada en la espalda—.

Dijiste que nunca te casarías ni tendrías hijos, pero parece que has hecho ambas cosas. Esa chica debe de ser muy especial, si ha atrapado a mi hermano.

—Cariño, quiero presentarte a la oveja negra de la familia. Mi hermano mayor, Jake.

Susan se acercó aJake y lo abrazó. El sonrió de oreja a oreja, y luego besó a la novia en la mejilla.

—Eres un hombre afortunado —dijo Jake—. ¿Qué tal si me presentáis a mis sobrinos? Ya tengo otro más, ¿verdad? Al menos, eso me dijo Caleb cuando lo llamé ayer.

Susan se giró para pedirle a Donna que acercara al pequeño Lowell, pero su amiga se había retirado a otra habitación. Danny el hijo de Caleb, acudió con su primito en brazos.

Jake se agachó para contemplarlo.

—Sí, es un Bishop, de eso no hay duda —revolvió el cabello de Danny—. Y tú también lo eres, hijo —se echó a reír—. Una segunda generación de Bishops. Que Dios nos ayude.

—Amén. Bueno, dame al bebé antes de que se te caiga —Tallie tomó en brazos al pequeño Lowell—. Venid todos. Va a empezar el banquete. Con música, comida y champán.

Hank se llevó a Susan a un rincón apartado y la recostó en la pared.

—La quiero, señora Bishop.

—Y yo a usted, señor Bishop —Susan le acarició la mejilla—.. Lamento que tengamos que posponer nuestra luna de miel, pero hasta que Lowell crezca un poco más y yo me haya recuperado del todo…

Hank le cubrió los labios con los suyos.

—El doctor Hall dijo que sí podíamos tener noche de bodas,

¿verdad? —la asió por las caderas y la atrajo hacia sí.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Oh, sí, desde luego. Eso dijo.

—Pues vamos, cariño. Acabemos con el banquete cuanto antes e iniciemos la parte divertida del matrimonio.

—Adelante —convino Susan.

El señor y la señora Bishop se unieron a sus familiares y amigos, e iniciaron su feliz vida de casados.

FIN